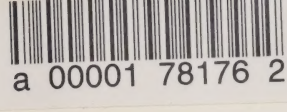
THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT CHAPEL HILL

ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

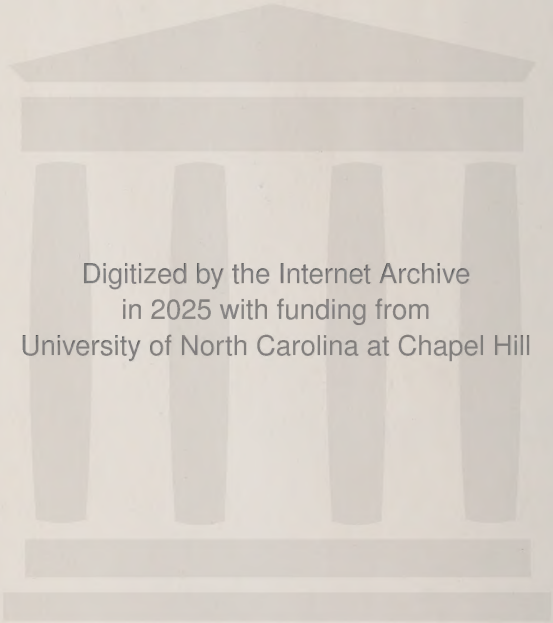
PQ6625
.E8
D6
1929


a 00001 78176 2

This book is due at the LOUIS R. WILSON LIBRARY on the last date stamped under "Date Due." If not on hold it may be renewed by bringing it to the library.

DATE DUE	RET.	DATE DUE	RET.
OCT 13 2003			
OCT 22 2003			
MAR 08 2005			
MAR 28 2005			

Form No. 513



Digitized by the Internet Archive
in 2025 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/doncloratodepota00nevi

Edgar Neville sosteniendo en equilibrio al gran artista de Cine Douglas Fairbanks.

HESPERIA
LIBROS HISPANICOS
PLAZA JOSE ANTONIO,10
ZARAGOZA

PQ6625
E8
D6
1929

COLECCIÓN DE GRANDES
NOVELAS HUMORÍSTICAS

DON CLORATO DE POTASA

(ANDANZAS DE UN HOMBRE QUE SE REIA MUCHO DE TODO)

POR

EDGAR NEVILLE

BIBLIOTECA NUEVA
CALLE DE LISTA, 66.—MADRID
1929

LIBRERÍA RIVAS
MALAGA

Establecimiento tipográfico de «El Adelantado de Segovia»

DEDICATORIA

A Charles Chaplin, a RAMON
y a Juan Belmonte

EL AUTOR.

OBRAS DEL AUTOR

EVA Y ADAN (Caro Raggio, editor).

DON CLORATO DE POTASA (Biblioteca Nueva).

PEQUEÑA AUTOBIOGRAFIA

(CARTA A RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA)

Querido RAMON: Me pide usted, en nombre de la «Biblioteca Nueva», una pequeña autobiografía para encabezar CLORATO, y me pone usted en un compromiso. Por una parte, tengo algunas cosas divertidas que contar, pero no me acuerdo bien de ellas cuando quiero ir a escribirlas. Por otra parte, siento que mi vida, hasta ahora, sólo ha sido un prólogo; veo inminente mi entrada en nueva vida, tal vez pintoresca, y que achicará, desde luego, la precedente.

Sin embargo, le apuntaré al vuelo cosas que recuerdo de diferentes épocas. Son vulgarcillas, pero no tengo yo la culpa, sino la realidad que es sosa.

El recuerdo más lejano que tengo fué el de un día—debía tener dos años—en que me mandaron al rincón. Veo la escena y la colocación de los personajes, y me veo, vestido de blanco, de pie, en el rincón, cumpliendo el arresto. Conservo el

choque del castigo en el corazón con la misma limpidez que si se acabara de producir.

Una tarde volvía del Retiro—debía tener tres años—; bajaba cantando por la acera de la izquierda del trozo de calle de Alcalá que hay entre la plaza de la Independencia y la Cibeles. De pronto, vi que subía un coche blanco con su cajita blanca.

—¿Qué es eso?—pregunté.

—Un niño muerto—me contestaron—. Cuando volví a casa le conté a mi madre que había visto un niño muerto, y se me quedó grabado para siempre la imagen de aquel cochecito blanco que subía hacia la puerta de Alcalá.

Yo pasé por la Cibeles cuando asfaltaban por primera vez Recoletos. Me veo de luto en aquella época, y no es verdad que lo estuviera, sino que la visión de unos niños de caricatura que había visto en *Blanco y Negro* vestidos de oscuro, me dejó la impresión de que yo estaba vestido así. Era una historieta de Rojas o de «Atiza», que representaba una familia a la que el viento la volvía el paraguas del revés.

Entonces tuve un cinturón charolado con una hebilla que era un casco de caballo entrando en una herradura.

Por aquella época poseía dos grandes caballos

de cartón, que entonces me parecían de tamaño natural; uno era blanco y el otro negro. Al blanco le faltaba la cola, y por el boquete se tiraban cosas al interior, tales como las piezas de las cajas de construcción. Había un tercero, que era un caballo de picador: la venda del ojo era también de cartón.

Al cabo de algún tiempo me di cuenta de que éste no tenía tanto sitio en mi corazón como los otros dos. Me dió una pena infinita, y aquella tarde abracé al caballo de picador, jurándole un cariño igual al que sentía por sus compañeros.

Sin embargo, en cuanto me dormía, me ponía a soñar que sólo quería a los dos grandullones y me llevaba unos disgustos terribles.

. . . . . .

Mis ocho años coincidieron con el centenario del 2 de Mayo. Leí los *Episodios Nacionales* y me sentí inflamado de ese patriotismo de niño tan insoportable en las personas mayores. Pasé largas horas en el Museo de Artillería y cuando me llevaron a Alfafar (Valencia), sabía de memoria aquellos versos de «Oigo Patria tu aflicción...»

Me los hicieron recitar una noche en el jardín para que los oyese mi abuelo. Yo me lancé a ello con frenesí, pensando en el entusiasmo que despertarían en aquel militar retirado; pero me equi-

voqué. Mi abuelo, que tenía el sentido del ridículo, me escuchaba, mirándome muy azorado por mí.

Me di cuenta de esto y trabuqué las últimas estrofas. En aquel momento no comprendía bien el caso. Sin embargo, no sentí despecho; un algo me advertía de que él tenía razón.

Además, era una noche de calor y llena de mosquitos.

. . . . . .

A los diez años me dijeron que iba a tener el día más feliz de mi vida.

Me citaron en el colegio muy temprano y fuimos a la iglesia del Buen Suceso, de dos en dos, y sin hablar, para evitar pecados. Era una mañanita del invierno madrileño: el cielo azul, muy alto, y un vientecillo de la sierra afilándose en las esquinas.

Nos tuvieron esperando un gran rato en el patio de la iglesia. La ceremonia se celebró normalmente. Cantaron esas señoritas de voces tan altas que sólo abren la boca en la iglesia, y luego nos fuimos a retratar a la calle de Fuencarral. No me sentía bien, pero no decía nada. Creía era la agitación del día. Al siguiente, nos íbamos a Alfafar, donde caí en cama malísimo.

Fué muy grave la pulmonía. Los médicos se

iban para no volver, meneando la cabeza, poniéndose el abrigo, sin pensar en lo que hacían y cogiendo al revés ese bastón con puño de plata que se les regala el día de su santo.

Yo deliraba, me resistía a tomar una repugnante «agripina» o algo que suena así y pedía me dejasen morir antes que me pusieran más inyecciones. Una noche, fué horrible. Me morí; noté cómo todo el mal se iba y cómo toda la fuerza se me iba también. Los médicos se habían marchado y mi madre y mi abuela lloraban a los pies de la cama.

Yo sólo notaba que me iba quedando frío; no sufría nada.

Entonces se oyó una voz que venía del cuarto de al lado y que preguntaba:

—¿Qué día nació este niño?

Era mi abuelo, que estaba escribiendo mi esquela para los periódicos.

. . . . . .

Mi abuelo era un perfecto tipo de su época. Cuando se sintió viejo para las mujeres, se retiró a su caserón de Alfafar y no se le volvió a ver; yo he sentido siempre una gran admiración por él, y algún día intentaré dar su silueta en forma literaria.

Había comprado media Exposición de Pa-

rís 1899 y con ello había amueblado el enorme Alfafar. En aquella época resultaba precioso. Ahora también, sólo que en diferente sentido.

Había en la casa una capilla muy fea, en la que todos los que se han casado llevaron una vida conyugal desastrosa. Tenía una sacristía que daba miedo por lo oscura, y porque había en ella una calavera: la calavera de un amigo de mi abuelo. Yo acabé por perder a aquella calavera el miedo y jugaba con ella con el perro, y la metía dentro de la cama de los invitados. Lo fastidioso es que siempre se le estaba cayendo la mandíbula.

Desde luego, tanto mi casa de Madrid (Trujillos, 7) como la de Alfafar, eran casas de miedo. Por la noche aquello era terrible: los muebles se desperezaban con unos estampidos que atemorizaban mis pocos años. Además había una Dolorosa que no se sabía donde poner. No tenía más que la cabeza, el cuello y los brazos; lo demás era un armazón de madera. Al principio había estado cubierta por un manto negro, pero en una ausencia nuestra, las criadas o ese geniecillo del hurto que anda por las casas, debieron aprovechar el manto para algún menester. El caso es que la Dolorosa quedó en esqueleto de madera. Su rostro era pálido y con una terrible expresión de dolor, realzada por lágrimas de bulto; pero no

reflejaba un dolor interno. Era más bien el espanto de algo que estaba viendo; con sus brazos desnudos e implorantes, estaba sencillamente aterradora.

Tuvo que ceder su puesto en la capilla a otra imagen nueva, y la colocaron de cualquier manera en la sacristía, pero esa cualquier manera era detrás de una puerta. Allí estuvo muchos años dando sustos, pues nadie se acordaba de ella al entrar. Luego comenzaron a cambiarla de sitio so pretexto de que ocupaba el lugar necesario para colocar algo, y emprendió una disparatada peregrinación por cuartos de baúles, de armarios y por los desvanes... El caso es que cuando menos se acordaba uno de ella, se la encontraba, a la vuelta de una esquina, con su expresión de espanto. Dió innumerables sustos y produjo algunos ataques de nervios entre las criadas nuevas que llevábamos de Madrid.

. . . . . .

Mi abuelo hizo la última guerra carlista con una *Correspondencia de España* en el pecho. Ella le libró de las pulmonías y tal vez de las balas.

No le gustaba hablar de aquella guerra; no tenía gran concepto del valor de las tropas. —Unos y otros—decía—en cuanto oían tiros y podían, se escapaban.

En su despacho tenía una panoplia con armas de esa guerra y una boina colorada recuerdo de la campaña. No la enseñaba a nadie; nunca tuvo e demasiado aprecio las glorias militares; es lo r jor que he heredado de él.

Luchó del lado liberal, y murió en 1919, sospechar que acabarían triunfando los carlistas.

Aún no es tiempo de que escriba recuerdos más recientes. Me acuerdo de demasiados, pero es mejor esperar que el tiempo los pase por su tamiz y me queden los que tengan alguna calidad. Sin embargo, ahí van unos pocos más.

Al principio de la gran escalera de nuestra casa de Madrid había una cueva cubierta por una reja. La escalera era una aparatosa escalera llena de espejos, arañas, tapices y alfombras; los cristales que daban a la calle tenían escudos de armas, coronas, etc.

Yo, sin pensarlo, siempre que bajaba solo aquella escalera, al llegar a la rejilla, me ponía a hacer pipí por ella. Aquella cueva debía estar llena de tradiciones.

. . . . . .

La primera cosa que escribí fué inspirado por una maravillosa faena de Belmonte, en la plaza de Madrid, 1917. No se publicó nunca. Era desastrosa.

A media tarde vimos pasar un jinete moro caballero en un precioso tordo. Le sacudimos una descarga y caballo y jinete cayeron: todos nos apuntamos el tanto y comenzaron las discusiones en nuestro parapeto. En esto vimos cómo el moro se levantaba con su caballo, volvía a montar y proseguía tranquilamente su galope. Debió haber tropezado con una piedra.

En la retirada es cuando apretaban los moros. Yo me quedé con mi sección a proteger la retirada de una batería, y cuando había que marcharse, los caballos salían al galope casi sin darnos tiempo a montar. Eso sí, después, mi caballo, que era cojo de las cuatro patas, se acostaba en cuanto oía tiros. Era una especie de caballo de circo que me tuvo comprometido toda la temporada.

Podría contar más cosas de aquella guerra, pero no son heroicas: cuando unos centinelas se liaron a tiros con los fuegos fatuos del cementerio de Zeluán tomándolos por *moros que venían fumando;* cosas así que no merecen la letra impresa. Entré de los primeros en Monte Arruit, después del desastre. Era tremendo ver aquellos cuatro mil muertos, y difícil andar sin pisarlos. El espectáculo producía pena e indignación.

A la vuelta de Africa terminé mi carrera y comencé a publicar cosas con frecuencia. Ya he vis-

to mi firma (en todas las mejores farmacias), en los mejores diarios y revistas de España y en varias extranjeras. Hice teatro: estrené cositas cortas. Publiqué *Eva y Adán* (pedidos a Caro Raggio). ¿No lo han leído ustedes? Comprenlo. A lo mejor a ustedes les gusta. A mí hay cosas que encuentro que no están mal, pero no olvidemos que soy un optimista.

Belmonte me brindó en 1927, en Málaga, el toro que ha toreado y matado mejor de su vida. Aún tiemblo de emoción.

Ahora estoy en Hollywood escribiendo argumentos y aprendiendo a dirigir películas.

Usted, Ramón, que me conoce hace tantos años y bajo cuya influencia me he formado para luego ir poco a poco adquiriendo mi manera, podrá llenar esos huecos que dejo. Pepe López Rubio también ha estado estos últimos años muy cerca de mí, y antes Antonio Marichalar, con quien pasé toda mi adolescencia. Ellos pueden decirle si hay algo que pueda ser interesante decir sobre mi vida.

Un abrazo, querido RAMON, de

NEVILLE.

Hollywood, 1929.

PRIMERA PARTE

I

APARECEN DON CLORATO DE POTASA Y ALGUNOS DE SUS AMIGOS

Ya sólo quedaban los íntimos con la baronesa de la calle de Fuencarral. A partir de la una, se habían ido marchando todos los demás invitados a los saraos del domingo.

El señor Hernán Cortés había sido expulsado a las doce y cuarto por haber reventado un huevo crudo en el espejo del salón de baile, interrumpiendo así unos preciosos Lanceros que bailaba la propia baronesa. El señor Curro Cúchares había sido regañado por arrojar colillas sobre la cola de la señora, y además por escupirse en las manos cuando le correspondía en una figura del baile darle la suya a la baronesa.

Paco el Grosero había sido sorprendido por el criado, que miraba a los invitados, desde la puerta, con gemelos de teatro, en el momento de desarmar la estufa e introducirla dentro de la pianola.

Al presentado con el nombre de «El difunto señor Landru» se le había descubierto en el momento de lanzar su terrible silbido de cochero con los dedos en la boca; cosa que hacía preferentemente cuando se bailaban las Virginias.

A Guillermo Tell habían tenido que lanzar a la calle entre el criado y el sereno, por haber leído un drama original en el que se faltaba con palabras soeces a la dueña de la casa, y por haberse paseado en actitud obscena durante todos los Lanceros, aprovechándose de la miopía de la señora y de la excesiva prudencia de las señoritas invitadas.

De nada le había servido el arrodillarse delante de la baronesa, recitándole ese precioso romance de su composición que comenzaba:

Soy un caballero español...

al tiempo que se le iluminaba el clavel eléctrico que llevaba en la solapa.

Apenas había habido más disgustos aquella noche, como no sea que consideremos como tal la pelea habida entre la baronesa en persona y la jamona del tercero, ayer su amiga y hoy su enemiga, al saber que había instalado en el piso que le había alquilado (la baronesa era la casera) un negocio del cual es mejor no hablar.

En fin, que había sido la de aquel domingo lo que se llama una fiesta deliciosa, si se tiene en cuenta la invasión de los borrachos desconocidos del domingo anterior, o la broma de imitar el volcán tirando el brasero al alto, del otro domingo.

A esa hora gustaba la baronesa retirarse al saloncito de la pianola, *que le había costado veinticinco mil duros,* con los íntimos de aquella noche; siendo de advertir que los íntimos cambiaban por semanas, dada su propensión a tomarse confianza en seguida y romper algo.

En aquel saloncito estaban las obras maestras de la baronesa, que, a su decir, era «pintora, médica y Jurisprudencia».

De su última carrera nada había allí que atestiguase los excelentes méritos que sin duda alguna podía ostentar la dama, y en cuanto a la de *médica* un Diccionario enorme, editado en el año setenta y en el cual venían reseñadas todas las enfermedades, con sus correspondientes tratamientos de curación, era, aunque firmado con otro nombre («Mi seudónimo médico», decía ella), una prueba irrefutable de su competencia.

En lo que ya no cabía duda era en la parte pictórica. Tres o cuatro retratos de cuerpo entero y tamaño natural lo atestiguaban.

Investigando las obras de arte se ponía en claro el procedimiento seguido.

El fondo era una fotografía de Dulce; después, en la parte correspondiente al traje, la baronesa había recortado y engomado trozos de tela y tul, y hasta algunos encajes amarillentos y con huellas de mosca. En la cabeza, lo adherido era crepé y algún bucle de distinto color, y en cuanto al rostro y a las manos, habían sido sagazmente iluminados a la acuarela por la artista.

También había piedras de colores en los lugares precisos en que debían representar costosas alhajas.

Al cabo de tantos años de reuniones, apenas quedaba nada más en las paredes, ya que, o se lo habían llevado los invitados, o lo habían arrojado a la estufa, como aquel caballito de celuloide, para dar mal olor.

La baronesa se sentaba en un terrible sofá purulento que había junto a una caja de caudales de tipo arcaico. Y los íntimos se clavaban en unos taburetes de tres patas que constituían el resto del mobiliario de la salita.

Aquel día, en que empieza esta narración, Paco Vighi había presentado a tres nuevos señores. Eran gente joven, pero ya llegados a esa edad en que se desprecia el Algebra y se tiene que volver

a repasar la Gramática; edad a la que el autor de estas líneas llegará en breve.

Tres eran los nuevos contertulios, presentados a la baronesa con nombres escogidos por ellos mismos, como de costumbre en la casa: el señor Clorato de Potasa, el señor Arzobispo de Londres y el señor Margarita de Borgoña.

Los tres supieron captarse la simpatía de la baronesa, asegurando no saber silbar y dando fe de adorar las Virginias, y por eso fueron escogidos por ella aquella noche para formar su tertulia íntima, en la que ella relataba la muerte de su marido con tanto éxito, que le hacían repetir el momento final varias veces.

II

EL SUCESO

—Aquella noche no había querido ir a la Opera, sintiéndose fatigado después de comer—decía la baronesa hablando de su marido—. Yo, le dije: «Parece que estás pálido».

Aquí hacía un alto la señora y llamaba al criado.

—Santiago: repíteles a estos señores lo que le dije al señorito la noche fatal.

Santiago, que era feo y antipático como la arquitectura de los jesuítas, confirmaba maquinalmente: la señora le dijo: «Parece que estás pálido».

—Está bien; puedes retirarte.

El criado se iba, y ella se volvía hacia los íntimos con una sonrisa de triunfo, y acto seguido, continuaba:

—Me pidió las zapatillas, y cuando se las traje, se las puso, mientras yo le decía zalamera: «Oye, maño: ¿sabes que estás hoy muy guapo?» El me contesto: «¡Calla, tonta!»; y se quedó muerto.

En este momento los invitados solían aplaudir, entre carcajadas, y le hacían repetir a la señora su historia.

Aquella noche, en que la baronesa se encontraba ante tres personas a las que veía por vez primera, comenzó a narrarles los orígenes de su fortuna y el valor incalculable de sus alhajas con una minuciosidad en los detalles que irritaba.

De vez en cuando, señalando la caja de caudales, decía a voz en cuello:

—Todo, todo lo tengo ahí.

Los tres jóvenes seguían esa conversación como se sigue un entierro: pensando que tiene un fin.

—¿No tiene usted miedo a que la roben?—insinuó el señor Clorato de Potasa.

A continuación se desvió la charla sobre los robos; después se pasó a los asesinatos.

La baronesa no se apartaba de su tema e insistía en lo fácil que sería desvalijarla:

—Estas son las llaves. El día que quieran me lo quitan todo.

Y volvía a contar desde el principio la historia de su fortuna y el valor de sus alhajas.

Había en el ambiente una extraña atmósfera criminal; aquellos jóvenes, que se veían por primera vez, se sentían unidos por el aburrimiento

de tal manera, que era algo así como si fuesen compañeros de colegio.

El señor Arzobispo de Londres bromeó:

—¡Mire que si nosotros la robásemos a usted!...

Hubo una risa nerviosa, y la baronesa volvió a contar su larga historia de nuevo con todo detalle.

—Ahí está todo mi dinero. Ahí, en esa caja.

El señor Margarita de Borgoña, insinuó, en tono de disculpa:

—Nosotros, bien comprendemos que la debíamos desvalijar. Pero no nos atrevemos. ¡Como somos nuevos!... Tal vez otro domingo.

Volvió a vaciarse la botella de la risa nerviosa.

La baronesa recomenzó su historia. Clorato hizo un gesto de angustia a sus amigos. El Arzobispo aseguró:

—Tenemos que robarla.

—No hay otro remedio—contestó el señor Margarita de Borgoña.

La baronesa tenía risas como aplausos.

De repente, y por instinto, se levantaron los tres. Cesó la risa. El salón quedó silencioso, como un bosque tras un disparo.

El Arzobispo de Londres fué hacia la baronesa y extendió su mano derecha hacia las llaves que pendían de su cuello. La vieja imprudente tuvo un grito, que ahogó la misma mano derecha aga-

rrando el cuello. Después se volvió hacia sus compañeros y preguntó:

—Señores, ¿qué hacemos ahora?

El señor Clorato:

—Si nos vamos sin hacerle nada, va a armar un escándalo.

El señor Margarita de Borgoña sentenció:

—Más vale que nos llevemos algo; lo estaba deseando.

—Pero esto nos va a unir en estrecha amistad. Sepamos antes quiénes somos.

La baronesa se agitaba desesperadamente.

Cada uno fué explicando su oficio. El señor Clorato de Potasa vivía de lo que le enviaba la familia desde el fondo de un pueblo. El Arzobispo no supo aclarar la procedencia de sus medios de vida, y en cuanto al señor Margarita de Borgoña, vivía de organizar banquetes y vendiendo cosas en comisión.

Hubo un momento en que la baronesa interrumpió la charla, cerrando los ojos y dejando de agitarse. El Arzobispo aflojó la mano y cayó la cabeza de la señora doblada sobre el pecho, como en los Pim-Pam-Pum de la verbena.

El señor Margarita de Borgoña abrió la caja y se apoderó de cuatrocientas mil pesetas y de un puñado de joyas que allí había.

Volvieron a la baronesa, que estaba derrumbada en el sofá en una postura incomodísima. Clorato la puso el oído en el pecho y dijo, mientras trataba de descubrirse, olvidando que no tenía el sombrero:

—Ha muerto. Mala salud.

El Arzobispo, que se mordía una uña, añadió:

—Mala salud y lo fuertes que tengo las manos.

El señor Margarita de Borgoña pensó en no dejar rastro, y llamó al criado, que al llegar ante él se inclinó con gesto servil. Entonces se le dió con un candelabro de plata sobredorada en la cabeza, y cayó sobre la alfombra al írsele al cielo el gas del alma que lo tenía de pie.

—Vámonos ya—dijo el Arzobispo.

Y se marcharon de la casa, precipitadamente y azorados, como se sale de las peluquerías perseguido por el niño que os quiere cepillar.

III

EL ARZOBISPO DE LONDRES

Cuando los tres muchachos salieron a la calle, en lo primero que pensaron fué en tomar un «taxi»; no es que viviesen lejos, pero que, compenetrados con su nueva profesión de asesinos, sabían perfectamente que todos los caballeros que se hallaban en sus circunstancias procedían de ese modo. Lo que mejor marca la época moderna de los crímenes es el «taxi» que facilita la fuga. Casi se puede decir que están para eso.

Como no sabían dónde dirigirse, comenzaron a recorrer calles y finalizaron en el paseo del Prado.

Entonces es cuando hicieron más íntima su amistad y convinieron repartir el botín.

Sin embargo, mientras despistaban a la policía, el señor Margarita de Borgoña tendría las alhajas, y el señor Clorato de Potasa el dinero. Al

Arzobispo de Londres, su plan de fuga le impedía por el momento llevar nada en los bolsillos.

Se alejaron de aquel lugar, pues dada la gente sospechosa que se recostaba en las rejas del Botánico, pensaron que estaban a merced de algún atraco.

El automóvil dejó al Arzobispo delante de la Inclusa. Allí se despidió de los amigos, se metió en el torno y llamó. Giró el aparato, y suavemente se encontró depositado entre los brazos de la hermana tornera.

La llegada de una criatura tan crecida chocó mucho en el Establecimiento; la hermanita, asustada, corrió a avisar al director. Al poco tiempo se puede asegurar que todo el alto personal se hallaba congregado ante el recién venido.

—¿Su nombre?—le preguntaron.

Pero la nueva criatura, poseída de su papel de recién nacido, no contestaba.

—Buenó, bueno—decía como cuando las cosas van mal, el director—. Realmente, a ninguno se le pregunta el nombre. Veamos si trae prendido algún papel.

Le registraron y el nombre fué sabido. Hallaron diez y seis tarjetas idénticas.

—Se llama Gustavo—anunció el director.

—Gustavito—suspiró un ama de cría con ternura de perra de caza.

El director continuó:

—Pues bien; Gustavito será puesto de nuevo en la vía pública, dado su crecimiento exagerado.

Alguien dijo:

—No tenemos derecho a expulsar a una criatura llegada por el torno.

El director reflexionó:

—Es cierto—dijo al fin—. Consultaré el caso con el Ministerio. Ahora, a dormir todos. Que lleven a Gustavito al pabellón de recién llegados.

La gallega láctea condujo a Gustavo a un amplio local repleto de niños que lloraban por turno.

—Aquella es su cuna—le dijo, señalando una encantadora camita, blanca como la confesión de una niña.

Todas las encargadas de la sala se habían reunido en derredor del recién nacido. El las miraba contento y sin decir palabra. Ellas le sonrieron, y Gustavo entonces comenzó a cantar.

Era el primer niño que hacía allí semejante cosa; quizás el único, y aquello le captó todas las simpatías femeninas.

Diez o doce niños se despertaron, lloraron diez minutos y se volvieron a dormir; la cosa era como

esos coros de marineros que cruzan la escena en las zarzuelas.

Después que lo hubieron metido en la camita, y cuando hubo bebido el biberón que le correspondía, pues las amas no quisieron sustentarlo directamente, se durmió y soñó que en un cuarto oscuro encontraba magníficos juguetes olvidados; soñó que le regalaban una caja de soldados y, por fin, volvió a ver en sueños toda la escena del crimen, lo cual le hizo despertarse con un fuerte acceso de risa, que se acrecentó, ya despierto, al recordar los detalles del suceso.

Esa misma mañana el director del Establecimiento dió parte de lo ocurrido al Ministerio correspondiente, rogándole se sirviese tomar una providencia.

Relataremos de modo sucinto el camino y las etapas que recorrió la citada comunicación, para explicar la larga permanencia del Arzobispo en el local.

Primero se dictó a la mecanógrafa, y ese mismo día se envió a registro. Allí desapareció entre un millar de Reales órdenes, y sólo fué descubierta, tres meses más tarde, por un oficial segundo, que la colocó en otro montón de notas, entre las que permaneció otra temporada.

Por fin llegó a manos del secretario del subse-

cretario, que la devolvió porque faltaba la E a Excelentísimo señor. Después...

Gustavito, a los pocos días de estar en la Inclusa, estaba considerado como el niño más despabilado del local. Todas las celtas de leche lo consideraban como su favorito, y ni que decir tiene lo mimado que estaba.

Su espíritu de investigador le hizo hacer un descubrimiento sensacional, el cual le sirvió para aplicarlo en beneficio del local que lo criaba.

Su invento era un aparato que, aprovechando la fuerza desarrollada por el llanto de los niños, la transformaba en fuerza motriz, con lo que aseguró el consumo de luz eléctrica de la Inclusa, ya que continuamente había un grupo de niños con la burbuja del llanto en los labios.

Era el principio del movimiento continuo...

IV

EL SEÑOR MARGARITA Y EL OTRO

Tanto Clorato de Potasa como el señor Margarita de Borgoña, habían seguido en el «taxi», comentando con regocijo el alegre crimen. Pagaron el vehículo con una pequeña parte de las cuatrocientas mil pesetas, y se separaron, citándose para un mes más tarde, con el fin de arreglar las cuentas definitivas.

El señor Margarita de Borgoña fué quien encontró antes la ocupación que le ponía al abrigo de las pesquisas de la Policía. Merced a una recomendación del presidente del Tribunal Supremo, entró en la Compañía de Tranvías en calidad de conductor. Sólo circuló dos días vestido de paisano y llamando la atención; pero como tenía gran costumbre de jugar a la rueda de la Fortuna dando vueltas con la mano sobre un abanico, aprendió en seguida el oficio de conductor, y a los dos días

conducía un elegante Sol-Hipódromo con gran estilo.

Para los agentes hubiera sido muy difícil dar con un domicilio tan variable, y aun en el caso en que le hubieran descubierto, la prohibición de hablar con el conductor, que rezaba el letrero de su puesto, le ponía al abrigo de cualquier interrogatorio indiscreto.

En cuanto al señor Clorato, marchó a su casa, y desde aquel día se dedicó a leer en todos los periódicos los relatos del crimen.

No perdía un detalle y seguía las pistas con avidez, deseando la pronta captura para oir las declaraciones de los autores.

La Prensa de la ciudad había acogido el crimen con el natural alborozo, y había prescindido de los pisapapeles de que servían las grandes letras, para componer unos encabezamientos gordos como una presidenta de Juegos Florales.

Las pistas más diversas eran dadas, y las detenciones se sucedían en las fronteras y en los caminos, y no pasaba día sin que ingresasen en la cárcel menos de una quincena de presuntos autores.

Al poco tiempo hubo que aclarar la cosa, pues de ser todos culpables, no hubiesen cabido en la habitación del crimen y menos en el «taxi» necesario que facilitó la fuga.

La reconstitución deductiva también la daba la Prensa con todo detalle.

Los asesinos, siete lo menos y avezados en el crimen, habían asaltado la casa por el balcón. La baronesa había gritado, llamado al sirviente para que los echase, tomándolos por invitados espontáneos, y los malhechores, lejos de ofenderse y marcharse dando un portazo, habían asesinado a dueña y criado, y luego desaparecido por la chimenea.

Los lectores se estremecían de espanto.

El señor Clorato seguía todas esas noticias con interés creciente, y poco a poco sentía nacer en él una vocación detectivesca que le devoraba. Un día ya no pudo más y se presentó en la Dirección de Policía con el propósito de ingresar en el Cuerpo y contribuir a la detención de los culpables.

Como no pedía sueldo, fué admitido al momento, y desde aquel día no descansó en su busca.

Clorato no pensaba detener a sus amigos: primero por amistad, y también por ignorar dónde se hallaban; pero a lo que estaba decidido era a detenerse a sí mismo.

Lo primero que hizo fué recordar en dónde había estado el día anterior, y por allí empezar su propia pista.

Se fué, pues, al restaurante en donde había co-

mido la noche anterior y se sentó a la misma mesa que había ocupado. Como llevaba un bigote postizo para despistar, aquella noche no se reconoció y hubo de volver tristísimo a su casa.

Pero la perseverancia tiene su premio, y a la noche siguiente, que había ido al mismo sitio sin bigote, se descubrió, viéndose en el espejo en el preciso momento en que se disponía a pagar para marcharse, huyendo tal vez del policía.

—¡Alto!—se dijo, poniéndose la mano derecha sobre el hombro izquierdo—. ¡Queda usted detenido!

Y desabrochándose la chaqueta, mostró al espejo la cruz de la autoridad.

—Si yo no he hecho nada.

—¿Conque nada?—se contestó.

—Tire usted *palante* y ya veremos quién ha sido el asesino de la baronesa.

—¡Oh!—dijo al verse descubierto—. ¡Estoy perdido!

Y se echó a llorar.

Un camarero se le acercó:

—¿Está malo el señor?—fué su pregunta.

Pero qué había de estar malo. Salió, todo sonrisa de triunfo, llevándose derecho a la Comisaría.

V

SE ACLARA EL CASO

A medida que se acortaba la distancia que le separaba de la Comisaría, el señor Clorato de Potasa sentía disminuir el encono que había puesto en su propia captura.

Al principio todo habían sido bravatas de aprehensión; pero cuando éste había pasado al capítulo del castigo, su voluntad se había debilitado de tal forma que sólo se oía la voz del delincuente que pretendía escapar.

—Le espera a usted la pena de muerte—decía la autoridad.

Y el asesino respondía tristón:

—Me espera la pena de muerte.

A los pocos pasos, la autoridad se apiadaba del detenido.

—Si no hubiera usted asesinado, no le ocurriría nada.

Y el deliecuente:

—Suélteme y me escaparé.

—No puedo; mi deber me impone el sacrificio de llevarle a la justicia.

—Porque no tiene usted buen corazón.

—¿Y tú? ¿Lo tuviste acaso al asesinar a la pobre vieja?

Soltaron ambos la carcajada al recordar el suceso. Y por fin se sentaron en un banco a descansar.

—Bueno; ¿cuánto quiere usted por mi libertad? —dijo resueltamente el detenido—. Le doy cincuenta duros.

—¿Por quién me tomas, miserable?—respondió Clorato.

—Le doy mil duros—ofreció el otro.

—Ni veinte mil—afirmó el honesto funcionario.

—¿Y si le diese cuarenta mil?—insistió el asesino.

El señor Clorato vaciló, y por fin dió su aceptación.

—Esa es una cantidad que disculpa mi acción; no habrá Tribunal que en conciencia me condene. Todo el mundo haría lo mismo.

Su mano derecha sacó de la cartera la referida cantidad, y la mano izquierda la introdujo en el bolsillo del pantalón, al tiempo que el funcionario agradecía con un ligero gesto.

Clorato quedó con la cabeza entre las manos, reflexionando, y cuando se incorporó estaba solo. Se desperezó y se puso a pensar en qué pensaría, cuando llegó una señora muy mal vestida, con un sombrero de plumas muy cursi y muy pretencioso. La señora se sentó a su lado y le dió un mordisco en la cara.

—Señora, cómo se atreve...

Le interrumpió un gesto de la dama, que habló:

—Parece mentira. ¡Yo que te creía una persona decente! Me indigna lo que has hecho.

—¡Pero señora! ¿Y usted quién es para meterse en mis asuntos?

—Soy tu conciencia, que te remuerde—y le tiró otra dentellada.

Clorato estaba desolado. Sin esa señora tan inoportuna, él no hubiera recordado del caso más que los cuarenta mil duros que llevaba en el bolsillo; pero aquella especie de máscara no le dejaba tranquilo, repitiéndole una serie de lugares comunes sobre el deber y la probidad, que no le dejaban un momento de calma. Al fin, y harto de sermoneo, la calmó diciéndole:

—No te preocupes, buscaré de nuevo al ladrón, le devolveré el dinero y lo llevaré detenido.

La señora le acarició el cogote, y le contestó:

—Te acompaño.

Emprendieron una peregrinación por los lugares en que Clorato creía poder encontrarse a sí mismo; pero esta vez no tenía éxito en sus pesquisas. Sólo pudo lograrlo al volver a su casa.

—Toma tu dinero, y mañana te llevo detenido —se dijo. Y se durmió.

A la mañana del día siguiente se despertó recordando la misión que tenía pendiente. Estaba cómodo, iba a desayunar, entraba el sol por la ventana, y la verdad es que no sentía grandes deseos de llevarse a la cárcel en ese momento en que se está tan bien de salud.

Llamaron a la puerta.

—¿Quién es?

—¡La Conciencia!

—¡No se puede. Me estoy vistiendo!

Y dando una vuelta en la cama, dimitió su cargo de policía.

* * *

La Prensa continuaba dando gran extensión a los relatos del crimen de la calle de Fuencarral, y la gente ardía de impaciencia por conocer al asesino. Las reconstrucciones del suceso eran cada vez más pintorescas.

El señor Margarita de Borgoña se enteraba, por

las conversaciones que se armaban en su plataforma, de la marchà del asunto. Aquel día eran dos señoras las que relataban el crimen a su manera.

—Se asegura que uno de los asesinos llevaba monóculo; se ha encontrado el cristalito roto en el suelo de la habitación.

El tranvía se detuvo de un frenazo brusco, y el conductor, indignado, se volvió hacia el público vociferando:

—¡Eso es falso! ¡Falso! ¡Nadie usaba monóculo, y menos, yo! ¡El cristalito roto era del reloj del criado!

Los viajeros se incorporaron y huyeron despavoridos.

El señor Margarita de Borgoña descarriló el tranvía y se fué conduciéndolo por la acera a la Dirección de Seguridad.

—Vengo a desmentir lo del monóculo. Yo soy el asesino, y juro no haberlo usado nunca.

Lo detuvieron y llevaron a la cárcel, y desde aquel día los periódicos doblaron su información con las declaraciones del señor Margarita.

Una de las cosas que más sobrecogió a la gente fué lo extraño del apodo; pero el encarcelado se negó a dar otro nombre, fundándose en que llevaba ése cuando el suceso.

Otra cosa que hizo es no hablar nada de sus compañeros. Esto, aunque a ellos les ofendió algo, terminaron por agradecérselo.

El fiscal, cuando supo la detención, se frotó las manos, y con la carrerilla que había tomado en aquellos días de espera, hizo citar a declarar a todos los vecinos de la calle de Fuencarral.

Nunca se sabrá hasta qué punto puede influir en los individuos el vivir en la misma calle; es un sentimiento íntimo, del mismo origen que el amor a la patria chica. Pero es más: podemos asegurar que los vecinos de la misma calle reaccionarán del mismo modo ante idénticas circunstancias.

Aquellos compatriotas de la calle de Fuencarral respondieron, sin ponerse de acuerdo, de igual forma; y el suceso extrañó a los psicólogos que asistieron al acto.

Daremos una declaración que vale por todas.

Fiscal.—¿Vive usted en la calle de Fuencarral?

Testigo.—Sí.

Fiscal.—¿No vive usted en el paseo de Ronda?

Testigo.—No, que vivo en la calle de Fuencarral.

Fiscal.—¿Conoce usted al acusado?

Testigo.—No tengo el gusto; preséntemе.

Fiscal.—¿Conque conoce usted al acusado?

Testigo.—No, señor; no lo conozco.

Fiscal.—¿Se enteró usted del crimen por los periódicos?

Testigo.—Sí.

Fiscal.—¿Y qué le pareció a usted?

Testigo.—Ni fu ni fa.

Fiscal.—¿Lo lamentó usted?

Testigo.—Apenas.

Fiscal.—Está bien. Puede retirarse.

Así desfilaron tres mil setecientos testigos.

VI

JUICIO Y SENTENCIA

A los pocos días de estar en la cárcel, el señor Margarita de Borgoña ya le había vendido al director un saloncito Luis XV que anhelaba, y a los empleados unos uniformes nuevos y unas llaves de aluminio que apenas pesaban.

Su abogado estaba entusiasmado con tal cliente y le había comprado un Alcubilla encuadernado a mitad de precio. Además había hecho cuestión de honor el salvar a su defendido, y así lo proclamaba en todas partes, después de asegurar que el señor Margarita era el culpable. Tenía el caso mucho de juego de manos: aquí está una tortilla de patatas, hago así, y... una paloma.

El procedimiento del abogado no podía ser más perfecto. Desde el primer día había analizado la psicología de su cliente.

—Usted es medio bueno, medio malo—le dijo.

—Es cierto—contestó el aludido.

—Pues nada más sencillo: presentemos sólo el lado bueno a los jueces, y no podrán condenarle.

Y en efecto: cuando llegó el primer día de juicio se presentó el abogado con un serrucho bajo la toga, y con limpieza cortó a su cliente por la mitad, de arriba a bajo.

—La parte buena es la izquierda—le dijo.

Y disimulando la herida con la toga, lo llevó a la sala.

—Buenas tardes nos dé Dios—dijo la mitad buena del señor Margarita no más entrar.

Y acto seguido comenzó a rezar el rosario con su única mano.

El fiscal le comenzó a hacer preguntas capciosas.

Fiscal.—¿Le gusta a usted ver sufrir a la gente?

Medio acusado.—No; yo amo a todos los seres vivos, y preferiría mi desdicha a la de los demás.

Fiscal.—¿Conocía usted a la baronesa?

Medio acusado.—Sí; era una excelentísima señora, pintora, médica y jurisprudencia.

Fiscal.—¿Qué entiende usted por esto último?

Medio acusado.—No entiendo nada; pero de seguro estoy de acuerdo con la opinión del preclaro fiscal.

No había medio de condenar a aquel muchacho,

y conforme avanzaban las sesiones, más simpatías conquistaba en el Tribunal y hasta en los acusadores; al fiscal se le saltaban las lágrimas cuando tenía que dirigirle la palabra.

El abogado, por otra parte, pronunciaba apasionados discursos ensalzando las virtudes del acusado y la poca importancia de la víctima.

—Consideren, señores, que aquella dama no servía para nada; que la paciencia de los herederos tiene un límite, y los de esa señora estaban a punto de enloquecer, a consecuencia de su salud pertinaz. Y digo yo: ¿qué vale más: una momia, o la razón de las familias necesitadas?... Siempre, señores, siempre nos hemos de decidir por esto último. Por humanidad y por decoro.

El Tribunal asentía; el que más o el que menos esperaba una herencia. Todo hacía prever un buen final, cuando un día fatídico entró el abogado en la sala acompañado de la mitad de su defendido, que venía pisando fuerte.

Fiscal.—Levántese el acusado.

Medio acusado.—No quiero.

Fiscal.—¿Cómo ha dicho?

Medio acusado.—Que no me da la gana.

Fué la consternación; a todo el mundo se le aceleró el pulso, y el presidente del Tribunal despertó sobresaltado.

Fiscal.—¿Es cierto que usted no mató a la baronesa?

Medio acusado.—¿Quién ha dicho que no la maté yo? ¡Algún envidioso será! Pues sí, la maté yo, con esta mano, que está dispuesta a hacer lo mismo con ustedes todos hasta la quinta generación...

La gente lloraba. El abogado se había equivocado y se había traído la otra mitad...

Todo se vino al suelo y se le condenó a muerte.

Lo primero que hizo el señor Margarita de Borgoña al ser encarcelado de nuevo fué ocuparse en encontrar una fábrica de garrotes para ejecuciones y ganarse la comisión que resultase del que iban a comprar para él.

Esperó en su celda hasta el domingo por la tarde, que le tocaba salir, y aprovechó el permiso para comprar uno en buenas condiciones, que le revendió por la noche, más caro, al director de la cárcel.

Después se entrevistó con el verdugo.

Este era un hombre simpático, de familia acomodada, y rico. Había abrazado esa carrera movido por una vocación irresistible. Y se ufanaba de ser verdugo «amateur», a pesar de las muchas y excelentes proposiciones que recibía a diario, dado su prestigio.

Había ganado el campeonato de verdugos en torneo internacional de Selfridge, y conservaba en una urna la flor natural obtenida.

Tenía su prestigio cimentado en la manera de tratar a sus clientes, ya que los asistía con verdadero cuidado y mimo.

En su casa podían verse infinidad de retratos dedicados, de sus víctimas, en el momento final. Y en todos sus rostros se observaban las muestras de regocijo que les producía un chiste o un gesto del artista.

Este, a veces, para amenizar el acto, se disfrazaba de destrozona o de señor de levita y chistera, con un enorme bigote, y entonces era morirse de risa.

Los condenados ricos o «snobs» lo hacían venir desde donde estuviese para asistirles.

Como era hombre de afable trato y buenas costumbres, pronto intimó con su próxima víctima, y ambos aprovechaban sus horas de asueto para ir a los teatros y a los dancings.

El verdugo contaba recuerdos de su profesión, jocosísimos. En la tertulia del despacho del director de la cárcel era el más ocurrente, y sus historias hacían la felicidad de los presos, del director y de su hija Petra, que lo amaba en secreto.

El señor Margarita de Borgoña y su amigo

combinaron varios trucos para el acto final que habían de tener mucho éxito, sin duda alguna, pero que, a pesar de ser acosados a preguntas por el director y por los demás presos, se negaron a adelantar detalles.

—Si se sabe antes se le quita la gracia—decía el condenado.

Y ante esa promesa de reírse, todos respetaban el silencio.

Una tarde que estaba el preso solo en su celda esperando la hora del tresillo del director, se vió sorprendido por la presencia de una señora de alguna edad, bastante derrotada y vestida de negro. Llevaba también un sombrerito de ese tono, con un cuervo disecado, qne cubría con un largo velo remendado.

—¿Quién es usted?

—La Muerte.

—Tome asiento y diga lo que quiera.

VII

LA DAMA NEGRA

Aquella muerte de aspecto de pensionista se había instalado en un rincón de la celda, y después de estirarse las faldas para que no se le viesen las piernas, comenzó a hablar con el señor Margarita de Borgoña.

—Vengo—dijo—porque me he enterado que tienen el propósito, usted y el verdugo, de tomarme a broma, y no estoy dispuesto a consentirlo. Desde unos años a esta parte se ha emprendido una campaña violentísima contra mí, y estoy decidida a defenderme con todas mis fuerzas. Primero han sido los médicos, empeñados en fundar hospitales y en dictar reglas de higiene, y usted comprenderá que no es que a una se le escape el cliente, pero que le causa un trastorno al variarle su última hora.

—¿Los lleva usted apuntados?

—Claro; en este cuadernito. Aquí está anotada

la última hora del cliente; pero con esta manía de la higiene ya no se sabe a punto fijo si la cosa podrá ser. Ya ve usted: ayer, sin ir más lejos, le tocaba coger una pulmonía a don Marcial Rodríguez. Pues bien; lo esperé en una esquina y le soplé cinco minutos con todas mis fuerzas. Pero... precisamente era el día que estrenaba un traje interior de bayeta.

—¡Pobre señora!

—Hace usted bien en compadecerme, pues no sabe usted lo que paso, siempre corriendo de un lado a otro; que a éste le doy una zancadilla, que al otro lo empujo de un andamio, que al de más allá lo meto en una bronca con tiros.

—¡Y los peligros que correrá usted!

—Por supuesto. Anteayer, por ejemplo, tuve que hacer descarrilar el expreso de Vigo poniéndole un pie; pues casi se me cae encima.

—¿Y no le gustan a usted las bromas de vez en cuando?

—Las bromas, sí; pero fuera de mi profesión. No quiero que se rían de mí, porque si me desprestigio me quitarán el puesto y se lo darán a otra.

—¿Hay competidoras?

—No lo sabe usted bien: todas las señoritas de compañía que se mueren aspiran al puesto.

—¿Qué flor prefiere usted?

—El crisantemo.

—¿Y de amores?

—¡Uy, de amores! ¡Usted bromea! Pasó la hora en que yo enamoraba en el baile del Real.

La señora se puso en pie, y el penado la acompañó hasta la puerta.

—Adiós.

—Adiós.

—¡Cuidado con la escalera, que está muy oscura!

Se oyó un grito y un ruido de rodar escaleras abajo. Todo el mundo se precipitó a recoger a la buena señora. La llevaron al hospital; pero era inútil; había fallecido.

—Bueno; mañana hacemos «el número», don Margarita—le dijo el verdugo.

—A ver cómo te portas, guasón—le respondió el reo dándole con la punta de los dedos en la barriga.

VIII

ÚLTIMAS HORAS

El señor Margarita fué despertado por los acordes de un alegre pasacalle. Eran los presos, que, dirigidos por el verdugo, inauguraban así aquel día festivo por excelencia.

El preso fué a la percha, donde estaba su ropa, y sacando del bolsillo del chaleco la llave de su celda, abrió la puerta y entraron en tropel los de la murga.

Allí formaron en semicírculo ante el reo y cantaron coplas alusivas al acto:

> Al señor don Margarita
> venimos a saludar,
> aunque dentro de un momento
> la lengua nos va a sacar.

Y esta otra, también muy ingeniosa, que cantaba el propio verdugo con gran lujo de gorgoritos:

> Para mujeres, Getafe;
> Mérida, para el futbol;
> para ajusticiar a un hombre
> con delicadeza, yo.

El condenado se las aprendió en seguida de memoria y engrosó el número de los cantantes.

Después de cantar un buen rato, llegó el director de la cárcel con su esposa, que llevaba en brazos al niño pequeño, y con su hija Petra, que miraba amorosamente a Amador, el verdugo.

—¿Por qué no bailan ustedes un poquito?—preguntó el señor director.

Y en un periquete se organizó el baile.

El primer tango lo bailó el propio director, con su señora, que había dejado el niño en brazos del penado. Petra, enlazada con el verdugo, recorría la celda cadenciosamente.

Después, y por indicación del director, el señor Margarita de Borgoña danzó consecutivamente con Petra y con su mamá.

Todo era alegría en la estancia, cuando se oyeron unos lamentos por el pasillo. Eran los hermanos de la Paz y Caridad, que venían a consolar al asesino.

Se les hizo pasar. Venían desolados, por lo triste del caso, y fué en vano que el señor Margarita tratara de consolarlos quitándole importancia a su situación.

Se sentaron en un rincón, y llorosos esperaron el final del baile, cosa que ocurrió a la hora de almorzar.

Se convino en comer todos juntos el «menú»

clásico del condenado a la última pena: huevos con tomate, merluza frita, bistec con patatas y naranjas de postre.

El almuerzo fué devorado alegremente y con gran apetito de todos; el reo no tomó mostaza para no estropearse el estómago.

Llegó la hora de los brindis, y los hubo muy elocuentes, todos refiriéndose al suceso que iba a acontecer. Con el café vinieron los chistes y cuentos verdes, y Petrita rogó a sus padres que salieran de la estancia, pudiendo contarse así los más divertidos. Al poco tiempo, y como los narradores prometieran seriedad, los padres de Petrita fueron autorizados a volver a la mesa, y entonces Amador, el verdugo, narró los casos más curiosos de su carrera:

«Fué en Belfast, en donde se celebra cada cinco años la feria de verdugos. Allí acudimos todos los del oficio con los últimos adelantos de nuestra profesión. La feria se celebra en el parque que posee en la ciudad la benéfica Asociación «La Protectora del Niño», y que nos es cedido galantemente para nuestro fin.

»Aquel año nos reunimos unos doscientos ejecutores de la Justicia, mas los admiradores que habían acudido de todas partes por el interés de estrechar nuestra mano.

»La feria era muy curiosa, ya que las principales Casas del mundo en ese género de industria habían enviado sus más perfeccionadas novedades.

»Había, desde el sillón eléctrico que al funcionar iluminaba un letrero donde ponía «Ya está», hasta la horca musical.

»También se habían instalado barracas de diversiones. Las del «Pim-Pam-Pum» se hicieron ricas, sin que esto quiera decir que «El salto de la muerte» perdiera dinero. Como número de fuerza en ese Congreso solíamos los representantes de los diversos países realizar nuestro trabajo con el perfeccionamiento de nueva aportación.

»Para el caso nos hacíamos acompañar de algún condenado a la última pena, que, a cambio del viaje de recreo, consentía en aplazar su ejecución hasta después de celebrarse el Congreso.

»Aquel año me ocurrió algo muy desagradable, y es que mi acompañante, un joven criminal castellano, había perdido el tren en una estación francesa en la que yo le había enviado a comprar el periódico, y que, según supe después, desesperado por el perjuicio que me había causado, había aceptado la plaza de director de un Banco en Burdeos.

»El caso es que me encontraba sin reo con quien

lucir mis facultades ante mis compañeros de oficio, y ello revestía gran importancia, ya que en aquel momento de mi vida estaba haciéndome la reputación y no me convenía irme del Congreso con las manos vacías.

»Busqué, pues, en la ciudad quien quisiera servirme para el caso; puse anuncios en los periódicos ofreciendo pagar caro; pero en aquella época, antes de la guerra, en que la vida era tan barata, la gente no le concedía su debida importancia al dinero, y nadie respondió a mi llamamiento.

»Se acercaba la fecha en que tenía que hacer mi exhibición, y no sabía con quién la podría celebrar, cuando sucedió un caso curioso en Belfast.

»El verdugo de la localidad ejecutó a su señora y a los siete hijos que ésta había tenido en un desliz.

»Como el hecho no había sido precedido de condena judicial, no le valió al compañero el decir que obró en comisión de servicio, y, procesado a su vez, fué condenado a la última pena.

»El Tribunal, que conocía mi aventura, me lo envió a mí para resolver mi situación. Y me encontré teniendo que ejecutar a un verdugo.

»Llegó el día de la ejecución y subí con mi compañero al cadalso. Primero lo presenté a los espectadores, y después di una amena conferencia

sobre el procedimiento que iba a seguir; terminada ésta, me disponía a comenzar mi trabajo, cuando el procesado me dijo: «Se olvida usted de preguntarme mi última voluntad.»

»Era verdad, y como se lo preguntase, expuso su deseo de ser ahorcado con cintas de las que se usan en los zapatos.

»El arreglo fué sencillo, ya que en una zapatería me confeccionaron la lazada en un momento.

»Colgué, pues, a mi cliente; y cuando ya me volvía a saludar al público por la ovación con que me demostraba su entusiasmo, oí un golpe a mis espaldas: era el ahorcado, que había caído al suelo, conquistando así el derecho a la vida.

»Luego, que fuimos buenos camaradas, me explicó cómo su gran experiencia le había dado la idea de hacer emplear cintas de zapatos nuevas, sabiendo la tremenda propensión que tienen a desátarse, como así había sucedido.»

Al terminar Amador su relato, Petrita lo miraba con los ojos anegados de lágrimas y de amor, y su papá deslizaba a su esposa por el sacacorchos del oído:

—Este es, Rosalía, el hombre que nos conviene para yerno.

Pero ya había llegado el momento de dar fin con el señor Margarita de Borgoña, como lo ad-

vertían los redoblados lloros de los hermanos. Iban a salir, cuando se abrió la puerta y apareció, todo sonrisas, el señor Clorato de Potasa.

—He estado llamando en la puerta de la cárcel largo rato, y como no venía nadie y estaba abierta, me he metido solo hasta aquí. Ustedes dispensen.

—Es que la muchacha ha salido a hacer un recado—dijo la señora del director para disculpar el descuido.

A los cinco minutos, Clorato se había hecho íntimo de los allí reunidos, y por lo bajo le había preguntado a Margarita por su situación, y éste se la había explicado en dos palabras.

—¡Ah! ¡Menos mal!—fué la contestación de Potasa, que no había encontrado a mano otra frase de consuelo.

Y en seguida hizo unos juegos de manos que llamaron mucho la atención.

—Quisiera ver tu garrote—le dijo al señor Margarita.

El director lo llevó a verlo y le enseñó su funcionamiento.

Clorato estuvo manipulando largo rato, y al fin, y al parecer satisfecho, regresó al calabozo.

Todos estaban listos; pero entonces era el verdugo el que había desaparecido, acompañado por

Petrita. Se les estuvo buscando largo rato, hasta que al fin los descubrió el padre de la chica en una celda de castigo.

—¡Estos chicos!—dijo sonriendo.

Y marcharon todos hacia el cadalso al son del pasodoble de la banda de presos.

IX

EL MOMENTO

Aquella noche la tuvo que pasar el verdugo en el calabozo, como es práctica y como castigo al crimen que iba a cometer al día siguiente. Antes de ello se le llevó detenido, y ante el juez hubo de prestar declaración.

Juez.—¿Es cierto que se propone usted quitar la vida a un semejante mañana, a las tres y cuarto de la tarde?

Verdugo.—Sí, señor; es cierto.

Juez.—¿Luego confiesa usted que existe premeditación? ¡No intente negarlo! Confiéselo.

Verdugo.—Sí, lo confieso.

Juez.—¿Es cierto que le llevarán al detenido amarrado y lo sentarán a la fuerza en el aparato con que usted realizará su crimen?

Verdugo.—Sí, es cierto; y es más: en el caso en que la víctima se escapase, lo prenderían en seguida y me lo volverían a traer.

Juez.—¿Luego hay alevosía?

Verdugo.—La hay.

Juez.—¿Obra usted por propio impulso, o por inspiración de otras personas?

Verdugo.—Por inspiración de unos señores muy respetables que así me lo han ordenado.

Juez.—¿Y qué fin persiguen al mandar quitar la vida a un semejante?

Verdugo.—Dar ejemplo de que no se debe quitar la vida al prójimo.

Juez.—¿Tiene usted algún atenuante que hacer valer?

Verdugo.—La ley, que me lo ordena.

Juez.—¿Quién la hizo?

Verdugo.—Un señor Rodríguez y otro que se llamaba Pérez.

Después de esto se condenó al verdugo a una noche de reclusión y se le mandó a la cárcel.

A la mañana siguiente fué cuando ocurrió toda la escena relatada en «Ultimas horas».

* * *

Cuando subieron el señor Margarita de Borgoña y el verdugo Amador al cadalso estalló una ovación ensordecedora en el numeroso público que había acudido a presenciar la ejecución. Los

dos protagonistas saludaron a la manera de los futbolistas uruguayos, y acto seguido se procedió a la suelta de globos grotescos con que principiaba el acto.

Después subió al estrado una cupletista telonera, que cantó algo muy picaresco. Cuando terminó, fué el turno de los «Hermanos Freres», que realizaron su trabajo de argollas y saltos mortales con gran contento del público, que aplaudía rabiosamente. El número del imitador de «estrellas» fué muy gustado, así como el señor que se traga los peces y los devuelve.

Pero cuando mayor fué el entusiasmo de la concurrencia fué en el momento en que se anunció el número de fuerza del programa.

El condenado, que había presenciado la primera parte de la función reclinado en el aparato y piropeando a las artistas, se incorporó y, después de saludar al público, se sentó en el banquillo.

Amador realizó su obra con tal limpieza y tanta elegancia, que, al terminar, la multitud se puso en pie y enronqueció de aclamarle. Las señoras agitaban los pañuelos, los niños de las escuelas municipales tiraban sus gorras al aire y la Junta de Damas Feas dirigía al artista sus mejores sonrisas.

Por todas partes se oía el grito de: «¡Bis! ¡Bis! ¡Que se repita! ¡Que se repita!»

Pero ya no podía ser, y la gente se retiró haciendo comentarios, mientras que junto al señor Margarita, extendido en el suelo, el bondadoso Clorato de Potasa le decía, levantándole la cabeza con las manos:

—¡Vamos hombre, despierta; vuelve en ti; ya se han ido todos!

X

ASCENSION

El alma del ejecutado salió del cuerpo violentamente proyectada. En el aire se había reducido su velocidad, y quedó un momento en círculos, como el humo de un cigarro, que planeaban, tal un lazo americano, sobre el cuerpo hueco.

Luego se había agrupado en bola o, mejor dicho, en globo, y, poseída por su nueva forma, había ascendido hasta engancharse en los hilos de la luz eléctrica.

Había sido breve la lucha, y una vez desasido de aquel abrazo, el globito había continuado su ascensión en busca de un techo en el cual rebotar suavemente.

Así había llegado el alma de Margarita a las puertas del cielo.

En el cielo, como está reservado el derecho de admisión, no se entra así como así. Y el señor Margarita, que lo sabía, se quedó en la puerta,

observando el trajín de la continua entrada de gente por aquella puerta de oficina americana que, abriéndose para los dos lados, sacudía un latigazo al que venía detrás y quería introducirse por piernas.

El señor Margarita no tenía tiquet, y el portero lo exigía; así es que pasó largo rato en observación antes de dar con el medio de entrar allí.

Llegaban gentes de todos los países, con los más extraños atavíos, uniformes, monjes, levitas, y todos ellos rasgados por la espalda.

Margarita tenía muchas ganas de entrar para quitarse el abrigo y también para beber algo, pues la única sensación que conservaba de la Tierra era la sed. Sabía que al portero, y cuando no se tiene autorización para entrar, hay que hablarle con voz entera y rostro serio y, además, no dejar de caminar hacia dentro. Pero no daba con la disculpa que iba a hacer valer.

Pensó en decir que iba a buscar un amigo; pero temió que le enviasen un recado y le hicieran esperar en un cuartito incómodo, con otros señores muy aburridos también.

Su anhelo aumentó al ver llegar una expedición de ingleses que venían capitaneados por un «Baedeker» y un hombre que lo leía.

Entraron todos como en su casa y comenzaron

a subir a un autocar que, repleto de letreros en inglés, les esperaba. Y entonces vino la idea, y Margarita se lanzó resueltamente hacia la puerta, la cual atravesó al tiempo que decía: «Pase de Prensa».

El portero se llevó la mano a la gorra, y nuestro amigo subió al coche de los ingleses, que no se enteraron porque estaban leyendo un folleto en su idioma titulado *Visitors of Paradise,* en el que venía descrito todo lo que iban a ver.

Así daba gusto visitar el cielo, porque entrando solo se pierde uno allí. Por de pronto, no se sabe hacia dónde encaminarse, y a veces se encuentran los bienaventurados perdidos por los jardines de nubes. Los del coche se enteraban de todo gracias a la detallada charla del guía, que iba junto al conductor.

—Esta es la nube de los brutos—decía señalando a la derecha.

Y se veía una inmensa multitud de brutos dedicados a los quehaceres propios de su mentalidad. Un grupo, por ejemplo, cantaba a coro una marcha guerrera, de la que siempre olvidaban el final.

Margarita los observó un momento. Había mucha gente conocida. También estaba el inventor del silbato.

En una mañana lo recorrieron todo. Aquello, a decir verdad, le hacía el efecto a Margarita de estar algo pasado de moda; por de pronto, aquel color azul, y esas flores, y esos pájaros. Así pintaban aquellos buenos señores que gustaban a fines del XIX.

Toda la caravana fué llevada a presenciar unos Juegos Florales, espectáculo que iba muy bien con aquel ambiente, y Margarita pudo admirar la exuberante bondad de todos los presentes.

«Pase usted delante», «El amable es usted», «¡Qué bien le sienta esta túnica!», «Pues ¿y a usted estas alas?», «Para nimbo, el suyo», «Es de filigrana», «Fabricado por los presos de Cartagena con el mango de un cuchillo», etc., etc.

Estas eran las frases que se oían constantemente en aquel lugar, lleno de gentes amables hasta el rebote.

Los Juegos fueron más bien sencillos, ya que todos habían presentado la misma poesía, para no destacarse y disgustar a nadie. Era bonita:

Seamos buenos,
seamos santos,
tratemos siempre
de mejorar...

Y seguía desarrollando el mismo tema. Además, circulaban angelitos regalando a los poetas

saquitos de consonantes, lo cual facilitaba su labor.

Eran veinte los concursantes, que se levantaban trémulos de emoción y recitaban sus versos entre rumores aprobatorios del público y aplausos en los punto y aparte.

Todo el público se repetía:

—Sí; dice muy bien el poeta: «Seamos buenos, seamos santos, tratemos siempre de mejorar...»

—Claro, y que, además, el que no sea así no gozará de la otra vida.

—¿Esperan ustedes como premio alguna otra vida?—le preguntó Margarita a uno de ellos.

—Ya lo creo—le contestó—. ¡Nada menos que volver a la Tierra! ¡Así somos de buenos todos! El que no lo es se queda aquí.

Los veinte poetas tuvieron la flor natural y el primer premio y desfilaron cantando el himno a coro, mientras que los ingleses continuaban su marcha.

En la nube de las tertulias llamaron a Margarita con voz cascada:

—Señor Margarita de Borgoña.

Era la baronesa, que regía entusiasmada una tertulia escogida a su gusto; el marido, con las zapatillas puestas, se sentaba a su lado, y Santiago, con un uniforme nuevo, había cambiado su estaca

por una vara de nardo, y en su rostro, Fray Angélico, vecino de nube, había dibujado la más encantadora de las sonrisas.

—No sabe usted cómo le agradezco mi asesinato —dijo la baronesa—. Gracias a ello, disfruto aquí de mi tertulia ideal. Tengo personajes de verdad que vienen a verme, y, además, aquí todo el mundo sabe bailar Lanceros y Virginias. Y es más: los bailan lanceros de verdad y muchachas de lo más honestas. No como allí, en la calle de Fuencarral, que me presentaban ustedes como hermanas suyas unas señoras... de lo más especiales.

Margarita no pudo oir más, porque los ingleses habían enredado una discusión con un empleado y las voces le hicieron volver al grupo.

El caso era el siguiente: eran las cinco de la tarde, hora del té, y los viajeros lo habían pedido y se les había dicho que no había. Sin volver de su asombro, habían pedido ir al Consulado inglés, y al enterarse que en el cielo no lo había promovieron un escándalo tan terrible que habían conmocionado toda la bóveda celeste.

Habían ido a poner en autos al director.

—Señor: que son los ingleses, que quieren su té.

—Aquí no se sirven bebidas.

—¿Se les echa entonces de mala manera?

—No, no es prudente; son ingleses y tienen la escuadra; será mejor tratar de convencerlos por las buenas.

Mas no fué posible, y los ingleses, sin resignarse a tomar el brebaje, se hicieron conducir a la puerta y salieron dignamente por ella, sin saber dónde iban, sin saludar y sin dar un céntimo de propina...

. . . . . .

«Vamos, hombre, despierta; vuelve en ti, que ya se han ido todos», fueron las palabras que oyó Margarita, extendido en el suelo, y al compás de las cuales volvió a la vida.

—¿Cómo es que no me he muerto?—le preguntó a Clorato.

Y éste explicó:

—Sustituí la correa por una goma.

Se levantaron y, del brazo, se dirigieron hacia el interior de la cárcel, hasta dar con la habitación del director.

Se extrañaron mucho al verle aparecer.

—Pero ¿no le habíamos dado muerte?

—Sí; pero he resucitado.

—¿Y cómo fué?

—Es mi secreto.

Todos lo respetaron y convinieron en que, una vez cumplida la ley, no tenían por qué volver a

inmiscuirse en la vida de Margarita; así es que éste se sentó a jugar al tresillo con aquella buena gente, y Clorato, por entretenerse y sin saber qué hacer, le arrancó una por una todas las crines que tenía a la butaca en que estaba sentado.

XI

CAMBIO DE NOMBRES

Lo primero que dijo el señor Margarita de Borgoña al volver a la vida en brazos de Clorato, fué:

—Ya no me llamo Margarita de Borgoña; ése ha fallecido; mi verdadero nombre es Adolfo.

Clorato le tapó la boca y le reprochó su falta de respeto a la tradición.

—Demasiado sabes—le dijo—que al volver de un desmayo se exclama: ¿Dónde estoy?; y no lo que tú has dicho.

El aludido volvió a tenderse en el suelo y formuló la pregunta de ritual. Luego insistió en cambiar de nombre.

—Clorato, llámame Adolfo; ése es mi verdadero nombre y a él se ha de ajustar mi nueva vida. Comprenderás que al calzarme aquel mote absurdo de Margarita había de compenetrarme con él, tan íntimamente, que todos los actos de mi existencia tenían que ser forzosamente absurdos y

disparatados. Llamándome Margarita de Borgoña no puedo vivir del mismo modo que llamándome Adolfo, como llevando este nombre no tengo más remedio que reaccionar ante las cosas de un modo menos vulgar, más en personaje de novela que ostentando el nombre de Juan o Pedro. Además, cada nombre trae consigo el recuerdo del hombre célebre que lo ha llevado y un algo de su personalidad, que se comunica constantemente al que lo lleva. Es terrible ver la vida que soportan los que se llaman Napoleón o César. Durante toda su existencia les acompaña el prestigio del nombre y sostienen luchas inverosímiles para no desmerecer demasiado. Todo esto es para explicar el origen de mi cambio de nombre. En Margarita de Borgoña eran lógicas todas las excentricidades, todos los desatinos. El crimen de la baronesa fué una consecuencia de ello y resultó muy gracioso. Pero lo que sólo fué un detalle jocoso en Margarita repugna al Adolfo que soy ahora. ¡Matar a una pobre vieja! ¡Qué asco! ¡Fué criminal!

Clorato observaba el cambio de su amigo, y, comprendiendo su actitud y sus razones en lo tocante al nombre, pensó en volver al suyo de nacimiento. Pero le daba pena. Con su nuevo apodo tomaba toda la parte amable de la vida y nunca dudaba en dar el salto decisivo en todas las situa-

ciones embarazosas. Clorato de Potasa se sentía con su apodo inmune del ridículo y de la maledicencia: era como cuando se vestía de máscara el primer día de Carnaval. Clorato recordaba lo angustioso de salir a la calle aquel día, a causa de tener que pasar por delante del portero, y también por la gente que le veía salir del portal. Aquello traía algo de deshonra a la casa, y Clorato sólo respiraba cuando estaba lejos de su calle, entre gente desconocida, que no le hubiese conocido ni sin careta.

Una vez lejos era cuando perdía el pudor y se convertía en esa máscara que, plantada en medio de la calle, mira descaradamente con insistencia a la gente.

A Clorato le gustaba salir el domingo de Carnaval para ver la vida cara a cara y con toda sinceridad y sin importarle el echarse a reir, ya que estaba tapado con la careta.

Lo mismo le ocurría con el nombre. Siendo Clorato de Potasa, podía vivir a su antojo, cometiendo todos los excesos que se le pasasen por la voluntad, ya que las culpas sólo irían a caer sobre su apodo y no se enterarían esas siete personas que nos molesta se enteren de nuestras cosas y que nos hacen ir derechos toda la vida. Clorato decidió no cambiar de nombre.

La tertulia del director de la cárcel estaba aquella noche desanimada, pues se encontraba el personal cansado del festejo del día. Algunos presos habían preferido acostarse a jugar al tresillo, y otros habían ido al teatro y sólo volverían a última hora.

Petrita y Amador, el verdugo, habían inventado un nuevo juego de cartas; pero con el fin de no ser molestados se ocultaban con un paraván, y sólo se oían, de vez en cuando, risas ahogadas o ruido de barajar.

Los padres de la muchacha, sonriendo, explicaron:

—Parece ser que han inventado un juego nuevo y no quieren que los vean. ¡Son como niños!

Nuestros amigos salieron pronto a la calle. Les cansaba un poco aquel ambiente de recogimiento burgués y monacal, y prefirieron salir a Madrid.

—Debemos ir a buscar a nuestro amigo el Arzobispo—dijo Clorato.

Y se encaminaron hacia la Inclusa, mientras que la Luna, en hoz, cortaba en lonchitas la noche.

XII

LOS TRES

Los primeros días de Gustavito en la Inclusa habían trascurrido sin más novedad que la curiosidad producida entre las personas mayores del establecimiento por el caso especial de tener un recién nacido que representaba unos veinticinco años.

Las amas no habían encontrado pañales bastante grandes para vestirle, y como al mismo tiempo les daba vergüenza el tenerlo en brazos y dormirlo balanceándose en una silla, vestido de persona mayor, le fabricaron con una sábana una especie de túnica que encubría perfectamente su edad.

Lo que no habían conseguido es que el niño pronunciase una sola palabra. Y es que el antiguo Arzobispo se hallaba perfectamente compenetrado con su papel y esperaba adquirir el habla a su tiempo debido.

En todos los detalles estaba él en su papel: llo-

raba cuando tenía hambre, devolvía un poquito del biberón sobre un babero, miraba a la luz fijamente, y en todo eso hacía bien, pues había un ama vieja que, desconfiada, tenía sus sospechas sobre la edad de Gustavito, y a veces se la había oído refunfuñar por los pasillos:

—¡A mí, que no me digan! ¡Ese niño tiene más de dos meses! ¡Y más de cuatro!

Gustavito despistó a la vieja no moviéndose para nada de la cama, y no se volvió a hablar del caso.

Pero a medida que trascurría el tiempo y aumentaban las simpatías por el niño grande, mayor era el deseo de todas las amas de que rompiese a hablar. Por las mañanas rodeaban su camita y, haciéndole cosquillas, pasaban horas enteras viéndole reir y retozar. Pero como lo que todas anhelaban era su primera palabra, no hacían más que repetirle las usuales en ese caso para que el niño las repitiese:

—Di «ajito», «papá», «mamá», «nene», «chacha».

Una vez se creyó que ya estaba logrado el propósito. Gustavito había cogido por la cintura a una de las amas y había dicho algo como «Chacha». Pero ello no había sido lo bastante claro para certificar que fuera su primera palabra.

Esta vino a los pocos días; después de esfuerzos

inauditos de todas las amas por que la pronunciase, a eso del mediodía del domingo feliz, el niño Gustavito se había incorporado en la cama y había pronunciado en tono de demanda:

—Vermut.

El griterío había sido ensordecedor: las amas, ebrias de alegría, lo habían cubierto de besos, y el resto del personal lo había felicitado calurosamente. Hasta el director había intervenido en la fiesta; su corazón, desconfiado al principio, se rendía a los primeros balbuceos de la inocente criatura.

La segunda palabra fué pronunciada cuando le trajeron el vermut:

—Aceitunas—dijo.

Los progresos fueron rapidísimos, y por primera vez en la historia de la Pedagogía se vió a un niño, a los tres días de haber pronunciado su primera palabra, recitar de corrido la ley del Timbre.

Con sus primeros pasos, ocurrió lo mismo, aunque tardó más en decidirse a andar, acostumbrado a ser llevado en brazos por las amas.

Lo que más le desfiguraba como niño y le quitaba expresión de candor e inocencia, era la espesa barba que le había crecido, y que ningún ama sabía afeitar. Por lo demás, era un niño perfecto.

Los progresos en todos los órdenes eran pasmo-

sos. Adelantaba en una semana como los otros niños en un año. Las amas se deshacían de ternura y le hablaban con tal acento de cariño, agudizado por el acento gallego, que las palabras salían con alitas.

Pronto tuvieron que cambiarle los pañales por el pantalón corto y delantal largo de chico de la calle, y estaba empezando a jugar al fútbol cuando lo llevaron a la Dirección.

—Niño—le dijo solemnemente el director—. Una mano desconocida te depositó en el torno, y la caridad, por mi mano, te nutrió. Hoy eres un niño mayorcito y tu buena estrella hace que un caballero de buen porte se interese por ti. No tiene hijos, y su esposa, infecunda hasta el tuétano, los desea. Ha venido a mí y me ha rogado le lleve a su presencia algún niño, ya criado, para adoptarlo y darle su nombre y dejarle el día de mañana su cuantiosa fortuna. Yo te he designado a ti, y espero, que con una vida ejemplar, te harás digno de la confianza que en ti deposito.

El director había dicho esto en tono declamatorio y leyéndolo en un libro titulado *Discursos de los directores de Inclusas al soltar los niños.* Cuando hubo terminado, bajó de tono y le dijo a Gustavo:

—Anda, límpiate la nariz y ven conmigo, que te voy a presentar.

Pasaron a otra habitación, en donde estaban Clorato de Potasa y Adolfo. Hubo una triple sonrisa, que el director supo interpretar como una rápida corriente de simpatía entre ellos.

—Este es el niño—dijo—. ¿Le parece a usted bien?

—Sí, me sirve—contestó Clorato dándole a Gustavo la vuelta en redondo—. Limpiándolo un poco, quedará como nuevo.

El director volvió a sacar el librito y leyó: «Noble caballero, bondadosa dama: un corazón cristiano les ha dictado tomar para hijo un hijo del arroyo, un miserable, un desgraciado, un detrito social»...

Gustavito había cogido una escupidera y se la había arrojado a la cabeza al director. Clorato había intervenido y el asunto había quedado zanjado retirando el lector los insultos y mandando a Gustavo al rincón.

Siguió la lectura: «Su corazón, les dicta este acto caritativo; sean, pues, alabados»...

Iba a seguir leyendo, cuando Clorato le atajó:

—¡Muy bien!—dijo—. ¡Muy bien este final de discurso! Termina lleno de emoción.

Y le cerró el libro.

Lo demás fueron despedidas vulgares. Gustavo se despidió de sus amigos y de sus amas, que sa-

lieron todas llorando a preguntarle sus señas para ir el resto de la vida a visitarle muy a menudo con objeto de pedirle recomendaciones para todo el mundo.

—Bueno, Arzobispo de Londres, dinos cuál es tu verdadero nombre.

—Me llamo Sánchez.

Estaban en el hotel.

—Somos ricos, nuevos y libres. ¿Qué hacemos?

—Yo persigo mi felicidad.

—Y yo.

—Y yo.

—Vamos a buscarla por donde sea y a cogerla al vuelo. ¿Somos felices aquí en este momento?

—No mucho.

—Yo me aburro.

—Pues salgamos a la calle para ver si la encontramos. Nos hallamos limpios de intenciones y sin tradición que mantener.

En ese momento entró en la estancia la conciencia de Clorato. Venía hecha una lástima: parecía que se había caído en un charco.

—¡Cloratito, por favor, atiéndeme, lávame, cómprame un traje blanco! ¡Te amo tanto!

Y se le arrojó al cuello.

—Por Dios, señora, que estoy comprometido. Déjeme tranquilo; nuestras vidas tienen un dis-

tinto fin, un distinto camino; déjeme solo; no la quiero disgustar; pero no me agobie. Le daré dinero para que se compre el traje que desee; pero déjeme.

—¡No, Cloratito; te adoro, te amo hasta la locura! ¡No me puedo separar de ti, límpiame, calma mis nervios...!

Clorato de Potasa se recogió en sí mismo, frunció mucho el ceño, buscó algo distante en qué pensar, y cuando lo halló cerró otra vez los ojos fuertemente y dedicó todas las estrías de su cerebro a comentar ese algo distante que había encontrado. Cuando el pensamiento enfiló, domado, ese nuevo camino, volvió a levantar la vista.

La conciencia había desaparecido.

—Repartamos el dinero—dijo Adolfo.

Y empezaron las cuentas, dificultadas porque a Clorato le habían amputado un dedo cuando era chico, lo cual sólo le permitía contar hasta nueve.

XIII

EN BUSCA DE LA FELICIDAD

Iban los tres amigos por la calle, alegres, ingrávidos y optimistas, y llevaban también la conciencia tranquila, como la del escritor que habiendo estado en Venecia no la ha descrito.

Hacía frío y se sentían llenos de salud. Clorato sólo lamentaba el no saber dar saltos mortales, para de ese modo expresar su alegría interior.

—¡Somos felices en este momento!—dijo Gustavo.

—Somos felices; pero dejaremos de serlo en cuanto nos demos cuenta de ello. No nos detengamos, continuemos en busca de la felicidad—contestó Clorato.

—¿Qué medios hay para alcanzarla?—esta vez hablaba Adolfo—. Recurramos a los medios clásicos: la juerga.

Era un camino posible; años y años, los moralistas han estado preconizando la disipación y la

orgía como fuente inagotable de felicidad. Aun tratando de combatirla, sólo consiguieron una propaganda formidable.

Los tres amigos se metieron en el primer «cabaret» que hallaron al paso.

Con el abrigo dejaron en el guardarropa la felicidad que traían de la calle, ya que alguno dijo:

—No os vayáis a gastar todo el dinero con las sirenas que vamos a encontrar aquí dentro. Pensad en el mañana.

Y pensando seriamente en el mañana entraron en el salón de baile.

Repartieron saludos; conocían a casi toda la gente que allí había; hubiéranse creído en una reunión familiar. Se sentaron y vino el camarero.

—Ojo, no dilapidéis vuestra parte—dijo uno de ellos.

—¿Qué podríamos tomar?—preguntó Clorato.

Y el camarero les orientó convenientemente.

—La consumición mínima son cinco pesetas. Por ese precio puede usted tomar hasta unos huevos fritos o un bistec, que es lo que toman ésas.

Y señaló con la mano a un grupo de las peligrosas sirenas, que reposaban una digestión junto a una mesa.

Pidieron una botella de champaña, y el camarero se inclinó en una reverencia; después se fué

a comunicar lo ocurrido a otros camareros y al del guardarropa, que dirigieron sus miradas, plenas de asombro, a los tres amigos.

Después de un breve conciliábulo, el camarero volvió.

—¿Ha dicho usted una botella, o ha querido decir media?

Clorato volvió a pedir la botella, y el camarero se marchó a buscarla medio conmocionado.

Cuando la trajeron, dentro de un cubito de hielo, todas las miradas se volvieron hacia ellos. Allí, el que más, bebía «whisky»; pero siempre algo que no pasase de la consumición mínima.

Se escucharon opiniones susurradas con voz queda.

—Están haciendo el «primo»; por un duro pueden estar aquí.

—Es gana de que gane dinero el dueño; de fijo se queda con la mitad del importe.

—Estarán derrochando la fortuna de sus mayores.

Se les acercaron varias sirenas-tanguistas diciendo su elegante lema: «¿A qué convidas?» Y se sentaron a su vera.

También se acurrucó entre los amigos la oscura señora encargada del lavabo; era doña Aburrimiento.

—Hay que echar a esta vieja—dijo Clorato.

Y sacó a bailar a una de las tanguistas.

Al principio, Clorato, descansado, se sentía tan bien, mecido por el compás de la danza, que vió cómo la señora del lavabo se levantaba e iniciaba la fuga. Clorato, dichoso, bajaba la mano por la espalda de su pareja, empujando las arrugas de su traje, que iban a morir en la costura. Era como cuando se tira una piedra a un estanque.

Mientras tanto, Gustavo y Adolfo hacían hablar a las sirenas, esperando oir relatos lúbricos de literatura decadente, historias de vizcondes arruinados por ellas.

Pero aunque ellas hablaban sin descanso, no era ese género de relatos los que narraban. Paca «la Negra», Charito «la del Flequillo» y Antoñita «la Cáceres», no habían arruinado a nadie; más bien, al revés, sus ahorros habían sido violentados en más de una ocasión por sus íntimos. Y en cuanto a vizcondes, todo el mundo sabe que ya no los hay.

Gustavo pensó que la guerra había transformado el proceso vital de aquellas mujeres. «Ahora ya no son de Lorrain, sino pebetas de tango», se dijo, y encaminó la conversación en ese sentido.

—¿Ustedes no han rodado nunca por el fango?

—¡Ay, hijo, qué idea! ¡Salpicadas, lo más! —contestaron.

—¿Y la cocó? ¿Les gusta a ustedes la cocó?

—Yo prefiero otra cosa que llene más.

Gustavo insistía:

—¿Pero ustedes no han nacido en un conventillo del arrabal?

Ellas se enfadaron.

—Nosotras hemos nacido donde el que más, que mi padre fué coronel, y nosotras, aunque «cocottes», somos muy honradas.

Las calmaron a duras penas y consiguieron que no vociferasen a los cinco minutos. Pero siguieron el tema de la honradez.

—Ustedes se creen que nosotras somos como las francesas, que salen solas. Pues no, señor; a nosotras nos acompaña por la calle nuestra madre.

Era verdad; los amigos recordaban haber visto siempre a las más famosas horizontales de la población acompañadas por una persona de respeto.

—¿Por qué la tomarían a una, si no?

Cambiaron de conversación. Ahora se trataba de asuntos generales. Leían novelas; pero nunca se enteraban del nombre del autor. Preferían las sentimentales con gotas pornográficas. Sus opiniones políticas eran desoladoras para un espíritu democrático.

Hablaron mucho rato. Nuestros amigos las escuchaban con tristeza; y de vez en cuando soltaban una barbaridad, y entonces en la mesa se guardaba un minuto de silencio como homenaje a los pobres de espíritu.

Clorato, a los cinco bailes, había empezado a sentir cansancio en las rodillas y, por lo tanto, perdido el deleite inicial. Volvieron a sentarse, y la señora del lavabo entre ellos, más callada y más oscura que nunca.

Salieron a la calle. En el guardarropa les pusieron el abrigo, y al abrir la puerta al frío exterior, la alegría, que estaba jugando con unos vendedores de décimos, les dió un abrazo.

XIV

EL VIAJE

—Otra manera clásica de conseguir la felicidad son los viajes—dijo Gustavo.

Y la felicidad comenzó a dar brincos y los llevó a comprar maletas y los billetes, y les enseñó a ver la ciudad con ojos distintos de los empleados cuando no se despide uno de ella.

Clorato y sus compañeros se sentían felices pensando en la dicha que iban a conseguir con el viaje.

—Lo que más me ilusiona—decía Clorato—es que voy a perder de vista a esa vieja estúpida de señora Conciencia. De vez en cuando me asalta en una esquina y me quiere despojar de mi optimismo.

—Pues a mí—contestaba Gustavo—, porque va a llegar ese momento en que ya están colocadas todas mis maletas en las redes, he despedido al mozo y he comprobado que no olvidé el billete ni nada. Es la satisfacción del deber cumplido, que otros sólo alcanzan a fuerza de trabajo.

—Pues mi deseo es el saborear el momento en que se ha pasado la frontera. Es un cambio radical de vida. También me siento inmunizado, como Clorato con su apodo, contra la maledicencia y la burla.

La felicidad les ayudó a hacer las maletas, a plegar las chaquetas sin desnucarlas, para que cupiesen, y sin doblarles las mangas hacia arriba, como si se estuviesen ajustando los tirantes.

Llegaron al andén en el preciso momento en que la máquina comenzaba a lanzar sus puntos de admiración: *¡Sfsfsf!*

—¡Perdone! ¡Pardón! —dijo apresuradamente Clorato cuando al subir al vagón había tropezado y caído en brazos de aquella preciosa muchacha.

Rieron los dos, y Clorato no se dió cuenta de las protestas de sus compañeros porque no les dejaba sitio para subir.

—¿Va usted a París?

—Sí—contestó con la punta de los dientes, o sea con acento francés.

Clorato no se dió cuenta de que arrancaba el tren, y no vió las gaviotas del adiós perderse en el andén.

Quedó hablando en el pasillo con ella hasta que vino el mozo del restaurante.

La muchacha era rubia, y tan fina de rostro y tipo, que provocaba el inmediato deseo de cogerla en brazos y llevársela.

Su nariz hacía dos curvas y era recta. Era una mujer capaz de destruir la geometría.

Cuando erguía el busto en una aspiración, la tela de su traje crujía de placer.

Se separaron para ir a comer, y ella se presentó en el comedor acompañada de un señor que, aunque anciano, era venerable, ya que parecía buena persona.

Gustavo y Adolfo comían en silencio, y ya no eran tan felices porque la felicidad se había cogido del brazo de Clorato.

Comieron al compás de la música de las traviesas de la vía, y cuando terminaron, y en fila india, comenzaron a recorrer el tren a contramarcha, marcando el paso del vaivén, cogiendo el compás al pasar por entre los acordeones que hay de vagón a vagón.

El recorrido se hacía interminable.

—Si seguimos así, vamos a llegar a Madrid otra vez—decía Clorato.

Por fin reconocieron a la señora gorda que viaja en el mismo vagón que uno, y supieron que habían llegado.

—Permítame que le presente—dijo la mucha-

cha empujando a Clorato contra el anciano—. Mi padre, deán de la catedral de Blois, y el señor... —marcó los puntos suspensivos con la mirada.

—Señor Potasa.

—...y el señor Potasa—añadió la muchacha, sorprendida por el nombre.

El deán era un hombre simpatiquísimo, y a los pocos segundos de conocer a Clorato, le comenzó a hablar de la importancia de la reforma fiduciaria en Francia.

Clorato le pisó fuertemente, y el señor cambió de conversación.

—Este ha sido un viaje de placer—decía—, por dar gusto a la niña. Hemos estado en Sevilla, Córdoba, Málaga y Madrid. Y salimos encantados de nuestro viaje por Italia.

—¡España, papá!

—¿Cómo España? Pero, ¿no íbamos a ir a Italia?

—Luego variamos de opinión.

—Haberlo dicho—gimió el anciano—. No decís las cosas, y no aprovecha uno los viajes. ¡Si llego a saber que era España! ¡Mi padre, que tantos recuerdos guardaba de ella! ¡España! ¡España! ¡Oporto! ¡Oporto!

La muchacha lo llevó hasta su cama y, después de troquelarle la frente con un beso, lo dejó encerrado y volvió al pasillo, donde la esperaba Clorato.

Comenzaron una de esas conversaciones de pasillo de tren, íntima y llena de alusiones, sin querer, a la situación. Parecía que fuesen haciendo el viaje juntos. Un viaje de novios.

Se les acercó el mozo y les preguntó:

—¿Hago ya las camas?

Y Clorato, divertido, contestó con aplomo de marido:

—Sí; hágalas ya.

Ella fué todo sonrisa, y Clorato, ya identificado con su nuevo papel, le preguntó:

—¿En qué maleta va mi pijama?

Rieron los dos; pero esta vez, con muy mala intención.

XV

CLORATO SE INFORMA

—Vous allez trop vite, señor Clorato; mañana hablaremos con más libertad, del otro lado de la frontera.

Y la muchacha se encerró en su departamento, sin consentir la entrada de Clorato.

Una vez sola, comenzó a desnudarse, después de haber levantado el párpado de la luz de la cabecera.

Gustavo y Adolfo se habían acostado ya, y Clorato, solo, de pie en el pasillo, se mecía con el vaivén del vagón, oscilando entre dos soluciones: irse a la cama o insistir en la conquista.

El tren, en plena marcha, mantenía, prolongaba su incertidumbre; pero al pasar por un disco de estación se alteró el ritmo, el vagón perdió el compás y Clorato, al asomarse a la ventanilla, vió fugazmente una silueta de mujer, y la curva de su talle le decidió por la insistencia.

—Por de pronto, sepamos qué clase de señorita es. Se lo preguntaré a su padre.

Llamó a la cabina del deán, que le abrió sonriente, pues aún no se había dormido. Tenía en su mano el Diccionario de lengua española.

—Estoy aprendiéndome de memoria todas las palabras de su idioma. Ya voy por la D.

—Caballero—dijo Clorato sentándose en la escalerilla—. Vengo a hablarle de su hija.

—Guapa muchacha, ¿verdad?—contestó el anciano—. Ya les he oído reir en el pasillo, y también que usted ha querido entrar en su cabina. Ella no le ha dejado; pero hay que disculparla: mi chica es muy rara, y luego ¡tan joven...!

—Venía a que me ilustrase usted sobre la situación, las condiciones morales y psicológicas de su hija. Por de pronto, ¿es honesta?

El deán hizo un gesto ambiguo con la cabeza, al tiempo que respondía:

—Vaya usted a saber... Creo que sí; pero no pondría mi mano al fuego.

—Pues parece muy decente.

—Parece, parece; todas lo parecen. Pero hágame caso a mí, que soy un viejo: no se fíe de ninguna.

—Es que yo quisiera casarme con ella; soy rico...

El padre se echó a reir.

—Pero ¿para qué va usted a casarse? Intente antes conseguirla.

—¿Usted cree que con dinero?

—Con dinero nada falla; pero en este caso no se lo aconsejo. Mi hija está heredada: su abuelo materno, el cardenal Wartman, le dejó una gran fortuna.

—Entonces, ¿qué me aconseja usted?—inquirió Clorato, cada vez más apasionado.

—Escríbale cartitas, hágale la corte, envíele flores...

—¿Y si no me resulta nada de eso?

El deán suspiró:

—Entonces, no veo más medio que apelar a la fuerza bruta.

Después de dicho esto volvió a su Diccionario, a seguir aprendiendo la letra D. Al llegar a «dormir» se autosugestionó tan poderosamente, que se precipitó con frenesí en el más profundo de los sueños, mientras que Clorato cerraba, como un huérfano amante, el ojo de la luz y salía al pasillo, decidido a no intentar nada hasta el nuevo día.

Los dos amigos de Clorato, en principio, habían sentido celos de éste cuando le vieron dedicar todo su esfuerzo a la conquista de la joven. Le culpaban mentalmente de falta de lealtad para con ellos;

pero como no estaban muy convencidos de esa culpa, ni muy definida la causa de su enojo, no dijeron nada y se contentaron con hacer el perfecto viajero.

Ninguno de los dos había emprendido nunca tan largo viaje, y estaban dispuestos, al revés que la gente de los pueblos, a extrañarse de todo, para gozar plenamente.

Antes de partir el tren habían comprado en la estación ese periódico que sólo se compra en ese caso, y en el que leyeron, ya a varios kilómetros de Madrid, el programa de espectáculos, para ver a qué teatro hubieran podido ir.

Luego recorrieron el tren de cabeza a cola, fisgando en todos los departamentos y construyendo una personalidad a su antojo a cada viajero.

«Este señor es, de fijo, un comandante de paisano.»

«Aquel otro que no más partir se ha calzado unas zapatillas, de fijo sacará dentro de un momento, de una cesta, merluza rebozada y tortilla de patatas.»

«Todos los viajeros van bajo su maleta, conscientes de que ésta indica su condición social; por eso el que la lleva espléndida, amarilla, de piel de vaca, con cierre plateado, se muestra más animoso y le parece más corto el viaje que al de la es-

pantosa maleta de cartón, imitando cocodrilo, que además va envuelta en una funda verdosa.»

Después de perdida la esperanza de encontrar a esa persona que tanto gusto les hubiera dado hallarla en el tren, aunque no sabían quién era, regresaron a su compartimiento, se cedieron mutuamente la cama de arriba y se durmieron, pensando el uno en dónde se metería el revisor después de apolillar todos los billetes del tren, y el otro preguntándose qué harán con esa cantidad de periódicos que se quedan en los vagones después de cada viaje.

XVI

DESPERTAR

Con su nuevo amor debajo de la almohada, Clorato durmió toda la estepa castellana, y sólo vino a despertarse en el paisaje convencional—una pradera, una casita, una loma, un arbolito, un borrego—de ese trozo de recorrido en que los nombres de las estaciones empiezan o parecen empezar con Z.

A tientas en la oscuridad del compartimiento, y guiado por una rendija de la ventanilla, gateó por su cama, manipulando en el cierre de la cortina con ansia del exterior, hasta que, acertando en el hueso dulce, se disparó aquélla hacia arriba, sacando la instantánea en colores del paisaje.

Se oyó un gruñido: era el compañero de viaje de Clorato, un señor de oscuro, de cuya existencia se había olvidado éste.

—Perdone; no me di cuenta—dijo Clorato.

Y comenzó a bajar la cortinilla. Pero ya no po-

día, pues la tal, cansada de su noche en vela extendida sobre el cristal, sólo deseaba enrollarse a dormir mordiéndose la cola, y en cuanto la soltaba Clorato, creyéndola sujeta, se escapaba, rizando el rizo vertiginosamente, a su rollo.

—No me moleste más—dijo el señor—. Ya me he desvelado.

Se incorporó sobre su cama y contempló el paisaje encuadrado por la ventanilla.

—Muy pintoresco, ¿verdad?

—Sí—dijo Clorato después de echar un vistazo distraído sobre el paisaje de la praderita, el árbol, la loma, la casa y el borrego—; pintoresco.

—Un poco tonto lo pintoresco, ¿verdad?

—Sí; el paisaje real es de mala calidad pictórica.

—Es duro, frío y pasado de moda. Mire usted qué nube tan cursi. Por eso en todas las partes del mundo, ante cada paisaje hay una inglesa.

El tren bajaba una cuesta, y el señor se levantó diciendo:

—Además está torcido este cuadro.

E hizo el gesto de enderezarlo, al tiempo que el tren entraba en terreno llano.

—¿Es usted pintor?—le preguntó Clorato.

—No, señor; soy médico: el doctor Worms.

—Tiene usted nombre de doctor de novela, de esos nombres que el autor cree que dan mucha

personalidad de hombre a la vez sabio y misterioso al que se lo propinan.

Eso es verdad—contestó Worms—; pero yo tengo algo de eso: soy el inventor de la más espesa lente microscópica del mundo.

—Verá usted los microbios hacer su vida corriente.

—Veo hasta los microbios que tienen los microbios.

—¿Es muy grande el aparato?

—Yo no uso aparato. Mi lente está montada en un aro de concha y me sirve de monóculo.

Comenzaron a vestirse los dos hombres, y el doctor se colocó el monóculo en el ojo izquierdo, y fijándose en Clorato fué dictándole:

—Pásese el pañuelo por el carrillo izquierdo; hay una caravana de bacilos de Koch que intenta meterse por la ventana de la nariz. Sacúdase la oreja derecha; hay varios microbios del tétanos entretenidos en deslizarse por el tobogán del oído.

Clorato obedeció punto por punto, y luego se caló a su vez el monóculo, con la costumbre que le daba el haberse puesto así en broma muchas veces una moneda de cinco pesetas.

—Míreme con cuidado—dijo el doctor—, y dígame lo que ve.

Clorato veía a su compañero desprovisto de toda

su apariencia exterior. Millones de microbios hormigueaban y luchaban con un alborozo descompasado, con ese alborozo que sólo hay en la estación de Cercedilla las tardes de verano.

El doctor ya no era para Clorato un ser viviente, ya que no se podía comparar su débil actividad a la fabulosa desarrollada constantemente por los millones de microbios. Clorato lo veía más bien como si fuera una ciudad. La fuerza de la lente lo presentaba como el hombre anatómico, ese despellejado que hay en algunos escaparates o que aparece de pronto al abrir un libro de Fisiología, cayéndosele todos los órganos internos de cartulina.

Por los canales de las venas y las cascadas de las arterias se deslizaban los glóbulos rojos riñendo batallas con toda clase de intrusos.

—¿Qué ve usted?—preguntaba Worms.

—Veo en la sangre una tribu de microbios ojerosos y de mala facha.

El doctor suspiró diciendo: «¡Aquella mujer fatal!», como en cualquier zarzuela. Luego, añadió:

—Mire usted mi cerebro.

Clorato se fijó en la cabeza del sabio. Los sesos tenían tanta hendedura y tanto vericueto, que se notaba que el profesor había estudiado Matemáticas.

—¿Qué ve usted?

—Una mancha negra junto a la oreja

—Es la regla de tres, que vive ahí. Fíjese en todo lo alto, a ver qué hay.

—Noto como un poro abierto, como una válvula en continuo movimiento, como si quisiera absorber algo de fuera.

Worms contestó satisfecho:

—Es la válvula de la inspiración, que recoge todas las ideas que flotan en el aire. Sin duda prepara otro invento.

Pero a Clorato ya le estaba dando asco todo aquello y se quitó el monóculo.

Worms le ofreció su casa mientras se vestían. Y Clorato recogió su nuevo amor de debajo de la almohada y salió al pasillo respirando su aroma.

Junto a una ventana estaba la muchacha preciosa comiendo un bombón de chocolate. Primero había mordido la mitad y después lamía la otra parte por dentro. Era maravilloso.

Cuando llegó Clorato junto a ella le dió la mano izquierda, por tener la derecha ocupada, y él la estrechó dándose perfecta cuenta de que le había entregado un pedazo de ella misma, cosa que no ocurre con la enérgica mano derecha.

—¿Qué tal ha dormido usted?—le preguntó ella con una sonrisa teatral.

Clorato, junto a ella, necesitaba estar un mo-

mento en silencio, calmando en sí todas las sugestiones que le producía aquella mirada y poniendo en orden sus ideas antes de empezar a hablar.

Era mejor hablar de cosas banales, para dedicar toda la inteligencia a observarla y saborearla. Así es que charlando sobre la zarzuela nacional llegaron a Hendaya.

Primero era la Aduana, y Clorato se avergonzó cuando el empleado, al registrar la maleta, encontró unos calzoncillos. Después, el pasaporte. A los retratos de los pasaportes les crece la barba; pero a nadie le importó el parecido; ni siquiera al portero de Francia, que diríase que va a preguntar: «¿A qué piso va usted?»

Al otro lado de la raya fronteriza se unieron todos en el otro tren. El doctor Worms miraba desconfiado con su monóculo un billete de cinco francos sucio y remendado.

Iban ellos solos en el coche-salón, y en seguida se conocieron. El doctor los saludó a todos con el monóculo puesto, menos a la muchacha, porque Clorato le había dicho que a esa señorita no le miraba nadie los microbios.

Por San Juan de Luz ya habían emprendido una partida de naipes el deán, el doctor, Adolfo y Gustavo, mientras que la muchacha y Clorato

se iban a la otra ventana, dispuestos a hacerse la mutua interviú.

Primero fué Clorato el que preguntó:

—¿Es usted francesa?

—Sí.

—¿Se llama usted María como todo el mundo?

—Sí.

—¿Ha tenido usted un amante?

—No.

—¿Dos?

—No; ninguno.

—¿Le gusta a usted Picasso?

—Sí.

—¿Y Strawinsky? ¿y Falla?

—Sí.

—¿Y Prouts? ¿Y RAMON?

—Sí, sí.

En menos de media hora Clorato conocía completamente los gustos y aficiones de aquella muchacha. Cuando hubo terminado, fué ella quien preguntó:

—Y usted, ¿cómo se llama?

—Clorato de Potasa.

Entonces la muchacha le dió su frente a besar.

XVII

EDELVINA

El tren se colaba en tierra francesa, hendiendo las Landas con sus pinos heridos y su ceniceros. Clorato sofocó una fácil imagen mística, pues no quería pensar en otra cosa que en su vecindad con aquella muchacha.

Clorato pensaba en las horas que quedaban de viaje, lamentando que no fuesen más. Se sentía junto a ella, bajo su mirada, abrigado, confortable, y era tal la sensación de estar metido en una mesa-camilla, que de vez en cuando se subía los pantalones para evitar las rodilleras. Era un calor febril el que le producía la proximidad, la mirada de su compañera.

El Doctor, el Deán, Gustavo y Adolto jugaban su partida de naipes, haciéndose unas trampas descomunales.

El Doctor las hacía con su monóculo, que, de

tan cóncavo, mostraba las cartas de los demás al revés.

El Deán se aprovechaba del reflejo de los cristales.

Gustavo, porque daba las cartas y... bueno, ya saben ustedes lo que pasa.

En cuanto a Adolfo, sólo las hacía al pasar por las estaciones, en las cuales se lo preguntaba a los que, paseando por el andén, veían los juegos de los de junto a la ventanilla.

La partida estaba de ese modo muy nivelada, ya que la suerte no intervenía para nada. Además, no hubiera contado una diferencia, ya que todos disponían de moneda falsa para caso de perder.

En todas aquellas estaciones meridionales subían al tren viajeros exuberantes, rollizos, alegres y coloradotes, como los que tocan en las bandas de música los más grandes trombones y las más desgarradoras cornetas. Venían hablando alto, riendo, continuando una conversación emprendida en tierra, que contrastaba grandemente con las de los que llevaban muchas horas de tren, conversaciones ya adaptadas al viaje.

Aquellas charlas de tierra firme llenaban los vagones de un provincialismo que parecía retrasar la marcha del convoy.

La partida y el amor hubieron de ser inte-

rrumpidos para ir al restaurante. Se sentaron todos y cuando sirvieron el «consomé», el tren comenzó una marcha vertiginosa. Era la venganza del maquinista porque a él no le daban «consomé».

Pero a nadie le importó, porque acababan de entrar en el vagón una señorita y una señora que hicieron con su presencia volver todos los ojos hacia ellas.

La muchacha era el prototipo de la muchacha media. Ni guapa ni fea, su belleza era una belleza tonta, académica. Bonita boca, bonitos ojos, bonita tez, mirada mansa, rubia natural; ni muy gorda ni muy delgada, con un cuerpo que desnudo debía estar pasado de moda. Con un traje no ridículo, pero sin elegancia. Era esa muchacha de las portadas de las novelas blancas, para señoritas, o esa muchacha que dibujaban los ilustradores de novelas de otros tiempos: Méndez Bringa, Regidor, etc. Su cursilería no era insultante, sino tranquila, suave; era una dulce cursilería la de esa honesta muchacha, que daba lástima porque se la veía irremediable. Se la adivinaba cursi hasta en el baño.

La señora se presentaba físicamente en consecuencia, y su descripción se podía ajustar al molde clásico. Era la madre que le correspondía. No

desentonaba cuando se decía de ella: «Su anciana madre», o «Una virtuosa señora».

No se la concebía sin ser las dos cosas, y la niña probablemente tenía el sino de ser lo mismo, andando el tiempo, «anciana madre» y «virtuosa señora».

Se sentaron en una mesita pequeña y comenzaron a beber su «consomé» guardando todas las reglas de la buena educación.

Todos los viajeros las observaban en silencio, habiendo reconocido desde el primer momento la personificación de la muchacha honesta, «educada a la antigua», que habían visto dibujada en las revistas que le dan a uno en la peluquería.

—¿Es posible que viva todavía este tipo de muchacha?—se preguntaban todos, llenos de la misma admiración que hubieran sentido de haber entrado en el coche el auténtico Víctor Hugo.

Adolfo, que estaba más cerca, fué el primero que rompió el silencio y se atrevió a dirigirle la palabra para disipar toda sombra de duda. La preguntó resueltamente:

—¿Esta señora es su anciana madre, virtuosa señora, y usted, sin duda, se llamará Edelvina?

Las dos sonrieron, satisfechas, y respondió la madre:

—Sí, señor: todo eso es cierto.

Disipada la sorpresa, siguieron comiendo todos, llenos de alegría.

Edelvina se había ruborizado al ver que se ocupaban de ella.

Cuando llegó la hora de la escarola, era ya la conversación general. Una conversación agitada por el continuo bamboleo del tren y que, lanzada de un lado a otro, no cesaba. Era como si estuviesen jugando con un globito de esos que echan al final de las comidas de los grandes hoteles para hacer la felicidad de los ingleses.

Como no había más viajeros que ellos, pudieron tener tertulia de sobremesa; nadie hubiera querido perder aquella ocasión de tratar a la honesta señorita de las novelas blancas; así es que, llenos de amabilidad con la madre, la indujeron a que contase su vida.

La respetable señora no deseaba otra cosa que poner de manifiesto las virtudes de su niña; así es que, tomando súbitamente confianza con los viajeros, comenzó a relatarles sucesos de su vida que, aunque aislados, daban una idea clara del candor, de la ingenuidad, de la inocencia de la muchacha.

—Les contaré a ustedes primero cómo me salvó la vida.

«Mi hija—comenzó, señalando a Edelvina—,

aunque ustedes la vean tan sanita, es huérfana de padre. Mi marido no tuvo la dicha de verla nacer, ya que falleció mucho antes del alumbramiento.

»Vivíamos las dos de la insignificante viudedad que me correspondía, y por ello teníamos que soportar muchos días de miseria y de hambre.»

Los viajeros se compadecieron y se les oyó exclamar: «¡Pobre anciana madre!» «¡Desventurada y abnegada hija!»

«Edelvina nunca supo de lujos ni diversiones: la muchacha sabía el valor de las monedas y no se daba el caso de que malgastase alguna.

»Mi hija trabajaba en un taller de modista, y mientras sus compañeras lucían costosos atavíos, ella, la pobre niña desheredada, se privaba de todo con tal de contribuir al mantenimiento del hogar.»

Hubo otro murmullo de admiración entre los oyentes. «¡Qué muchacha admirable!» Igual que la heroína de esa emocionante novela *Virgen, madre y lavandera.*

»Por las tardes, al salir de su trabajo, solía detenerse ante el escaparate de una tienda de sombreros. Allí admiraba uno, precioso, que tenía como adorno una cinta bermellón.

»¡Cuánto hubiera dado mi hija por colocárselo,

un poco ladeado! Mas las veinticinco pesetas que costaba lo ponía lejos del alcance de sus pobres medios.

»Pero... si Edelvina hubiese querido... La muchacha sólo tenía que volver la cabeza para ver a muchas de sus compañeras del brazo de algún rico galán que las obsequiaban constantemente con sombreros de cinta bermellón.

»No había peligro por esa parte, porque yo le había acostumbrado desde pequeña a la idea de que nada en el mundo, ni la mayor miseria, ha de decidir a una señorita a perder la flor de su inocencia.

»Edelvina volvía, pues, por las noches a casa sin el sombrero de la cinta bermellón, mas con la preciada flor.»

—¡Muy bien!—gritaban los viajeros—. Así procede una joven de buenas costumbres! ¡Un sombrero se pasa de moda y no la flor!

Al ruido de los aplausos llegó el revisor. Un camarero le explicó:

—Aquí, la señorita, que ha preferido la flor de su inocencia a un sombrero.

En el rostro del empleado brilló la satisfacción y se adelantó para felicitar a Edelvina.

—Señorita, tengo sumo gusto en darle a usted la enhorabuena en nombre de la Compañía. Ade-

más, su caso es idéntico al de mi hija mayor, salvo que ésta prefirió el sombrero.

El revisor desapareció, después de haber taladrado la conversación, y la anciana madre prosiguió su relato.

»Una tarde, al regresar, me encontró enferma: tenía fiebre y edad. Lloraba, daba voces, la regañaba y le pedí por turno veintiséis cosas: las llaves, agua, la labor, las gafas, el retrato del tío Juan, etc.

»Edelvina, a pesar de todo, avisó al médico para que me curase.

»El doctor me cogió la mano, consultó su reloj y escribió una receta antes de marcharse.

»Pero no había dinero en casa, y menos los cinco duros que costaban los medicamentos, y quedamos consternadas por no poder combatir el mal.

»En ese momento, y para aumentar la confusión, rompí a toser con una tos asfixiante, atronadora, como tose el público de los estrenos.

»La niña salió a la calle decidida a volver con las medicinas. Caminaba repasando los sermones maternales relativos a los deberes de la perfecta señorita. Pero también me veía postrada en el lecho del dolor.

»—¿No merece mi madre que me sacrifique por ella?—se preguntaba.

»La generosidad de su corazón le proporcionó al momento la respuesta:

»—Sí, me sacrificaré por mi anciana y enferma mamá!

»Ya sabía Edelvina el único procedimiento para sacar los cinco duros: medio cruel, pero único.

»Se adelantó, pues, a un transeunte canoso, diciéndole:

—«¡Caballero!

»El caballero se detuvo.

»—¿Qué desea usted, bella joven?

»—Caballero—continuó Edelvina—. Le vendo a usted la flor de mi inocencia por veinticinco pesetas.»

Los viajeros interrumpieron a la virtuosa señora con una ovación.

—¡Qué hermoso rasgo! ¡Qué corazón más tierno! ¡Qué hija amantísima!—decían todos.

Edelvina bajaba los ojos a los halagos y respondía modestamente:

—Lo mismo hubieran hecho ustedes en mi lugar.

—Yo, desde luego—afirmó el Deán.

—Y yo—dijo el doctor.

Los demás se quedaron pensándolo.

—¿Bueno, y por fin aflojó la «mosca» el caballero?—preguntó Adolfo.

»El caballero—siguió la mamá abnegada—contestó:

»—¿Qué te impulsa a tamaña resolución, joven inexperta?

»Edelvina le explicó el caso, y el caballero, compadecido, le regaló los cinco duros y siguió su camino sin exigirle nada.

»La muchacha trajo las medicinas, que yo me negué a tomar, y se quedó toda la noche en vela, descansando de la emoción del día.

»La verdad es que la muchacha ya se había hecho a la idea de haber cambiado de estado, y ahora quedaba en una situación ambigua y tonta. Era como cuando se piensa estar tal día fuera de una ciudad y a última hora se pierde el tren. Ese día de propina que resta es embarazoso y nulo: ya se ha despedido uno de la gente y se han hecho los últimos encargos y las maletas. Es una situación falsa.

»A Edelvina le ocurría lo propio, y al día siguiente, cuando marchaba al taller, iba toda preocupada por la idea.

»De repente detuvo a un joven transeunte, y con voz entera le repitió el mismo ofrecimiento que al caballero del día anterior.

»Entonces el joven sonrió, apoderándose delicadamente de la codiciada flor, y le entregó las

veinticinco pesetas, con las cuales Edelvina se compró el sombrero de la cinta bermellón.»

Cuando la señora hubo terminado su relato, una triple salva de aplausos la recompensó del esfuerzo, y todos los que lo habían oído se acercaron a felicitar a la hija y a la madre.

La última decisión de la muchacha había producido el natural buen efecto entre todos, ya que reconocían que cuando se ha hecho uno a una idea es muy penoso volver de ella.

Volvieron todos al coche-salón, en donde la muchacha, cada vez más honesta y más Edelvina, tomó esas posturas recatadas de que sólo ella era capaz y que hemos visto tantas veces reproducidas en las revistas del hogar cristiano.

Adolfo, que se entusiasmaba ante la cursilería delirante, era quien había decidido acaparar su conversación, sus frases más definitivas, en las que condensaba toda su personalidad.

Decía, por ejemplo: «No le puedo a usted responder hasta que mi mamá no me autorice.» O también: «Yo no soy una muchacha *modernista* de esas que se cortan el pelo.» «El que baile conmigo deberá ser mi esposo.» Y muchas más frases que ya irá diciendo Edelvina en el curso de la narración.

El tren, sin importarle lo que ocurría en su interior, seguía su marcha, cojeando en las rendijas

de la vía, y poco a poco dejaba el paisaje en que es de día, dirigiéndose hacia la noche que le esperaba en el horizonte.

—Estoy profundamente enamorado de usted—confesó al fin Clorato a la hija del Deán—. Mi amor se ha encendido entre Madrid y El Escorial, y se ha hecho brasa definitiva en el trascurso de este día raudo. El traqueteo lo ha repartido equitativamente entre todas las células de mi organismo, y ahora, que ya estamos cerca de Blois, me siento saturado de su amor. Cuando me mira usted siento los escalofríos de la gripe. Ya ve usted si es verdadera mi pasión.

La muchacha sujetaba su calma a duras penas. Aquella declaración, que esperaba desde la frontera, la cogía, sin embargo, de sorpresa. Le hacía el efecto de que Clorato tenía algo que reprocharla por estar enamorado, y que le estaba echando a la cara la culpa de esa pasión.

—Yo no soy la culpable de ese amor. Sólo hablé con usted hasta El Escorial, y después me fuí o dormir.

—Pero ¿y el día de hoy? ¿Y lo íntimos que nos hemos hecho cuando juntos en silencio escuchábamos a la mamá de Edelvina?

—Pues no sé qué contestarle—dijo por fin ella, al recobrar su aplomo y al hallar la respuesta.

—Veo que no está usted contagiada de mi amor. Lo único que la pido es que me deje estar a todas horas con usted en París. Si al cabo de algún tiempo sigue usted en frío desistiré de mi empresa.

La muchacha, ya tranquila, sonreía al ardor de Clorato. Le gustaba tardar en responder para sentir jadear al galán, que esperaba sus palabras como si acabara de subir una escalera.

—Señor Clorato—dijo al fin—. Es mucha pretensión la suya. ¿Qué méritos tiene usted para que yo le entregue todas mis horas?

Clorato respondió:

—Por de pronto, mi pasión, que es un mérito. Y la afinidad de gustos, que hace posible que lo pasemos bien en compañía. Conmigo no hay cuidado que vaya usted a la ópera, a los desfiles militares, ni a las carreras de bicicletas.

—Conozco mucha gente de mis ideas, señor Clorato.

—Es posible; pero yo, además...— Clorato sonrió como el que va a decir un chiste verde—, además... he asesinado a una señora.

La joven se fijó bien por primera vez en Clorato, y luego, sonriente, respondió:

—Eso ya está mejor. Vivirá usted conmigo a

todas horas, pero cuéntele el caso a mi padre, que se muere por los sucesos sensacionales.

Clorato cogió aquella mano que le tendía la muchacha, y se la llevó a los labios, donde la besó con deleite, como si estuviera tomando un huevo crudo.

XVIII

PARÍS

Estaban todos durmiendo en el mismo hotel, y dormían con fuerza cuando a eso de las diez de la mañana comenzaron a soñar que estaban en París. Su imaginación, exaltada por no tener el freno de la razón, repasaba el París conocido o supuesto de cada cual, e insistía en presentarlo en su perfil más grato al durmiente.

—¡Pero, caramba, si es verdad que estoy en París, y estoy durmiendo!—dijeron todos, y se despertaron.

Para Clorato, Adolfo y Gustavo era para los que París tenía mayor atractivo, ya que por primera vez lo visitaban. Apenas despiertos, se fueron a la ventana a sorprender un trozo de vida real de la ciudad observando la calle y los transeuntes.

Su ventana daba a una calle estrecha y de poco lujo; al final se la veía desembocar en una gran

avenida, subrayada sin descanso por el continuo pasar de «autos». El otro lado de la calle se perdía en una curva.

Los tres forasteros no se daban cuenta de hasta qué punto aquella calle de barrio y sin importancia era capaz de darles una visión exacta del verdadero París.

Aquellas casas negras, como no podían presumir de fachada por la estrechez de la calle, habían permitido que los vecinos pusiesen en los balcones las colgaduras de su profesión: «Sastre», «Corsetera», «Modista», «Veterinario».

Y luego las tiendas aquellas en las que no compran los extranjeros y en las que venden las cosas inencontrables.

Frente al balcón de Clorato había dos tiendas que resumían la calle, y si me apuran mucho, la ciudad.

Una era medio de comestibles, medio carnicería, y la otra, una tiendecita polvorienta donde se vendían grabados, cuadros, estampas y un sillón mugriento Luis XIV que habían colocado en el escaparate para recordarle a la gente su cobardía, ya que ninguno de los transeuntes hubiera sido capaz de sentarse en él frente a la mirada de todo el mundo.

Esta tienda sólo se diferenciaba de las de su gé-

nero de otros países en que los grabados y cuadros que había en el escaparate eran de buen gusto y calidad, lo que demostraba un cierto refinamiento en el dueño y la existencia de un público viandante apto al saboreo.

La carnicería era, sin embargo, más definitiva, más definidora. Con un orden y una limpieza pasmosa se exponían a la vista de la gente unas carnes blancas, rosas, rojas, de unos tamaños y proporciones encantadores. Unas aves, ya desplumadas, a las que el artista carnicero había reformado la fisonomía, despojándolas, como de la última pluma, del rictus de la muerte. Y unas piernas de cordero tan bonitas, que en ellas no hubieran desentonado unas medias de seda.

El todo estaba presentado con una delicadeza en el detalle, con un encanto, con un arte, esa es la palabra, que no mejoraría un joyero de la rue de la Paix ni un perfumista de los Campos Elíseos.

Los tres amigos observaban todo esto desde sus respectivos balcones, hasta que ya, no pudiendo sofocar el deseo de decir lo que sentían, se reunieron en la habitación de Clorato para seguir observando juntos.

—Se ve ante todo que aquí el comer no es la terrible necesidad fisiológica tan conocida, sino algo más. Un deleite que interesa la mitad al

cuerpo y la otra mitad al intelecto. Algo de esto prueba los nombres especiales adjudicados a cada guiso. No se come uno con el mismo espíritu unos huevos y una carne anónimos que unos «Huevos Richelieu» y «Filetes de ternera a la Polaca». Mientras se come uno el primer plato se repasa mentalmente la historia del cardenal, y cuando llegan los filetes...

—Se recuerda a Sofía Casanova—dijo Gustavo, que siempre estaba de broma.

—Sin bromas—continuó Clorato, que había dicho la primera parrafada—. A los tres meses de comer aquí te sabes la historia de Francia. Ese profundo conocimiento de la segunda enseñanza en este país se debe en gran parte a su cocina, y lo mismo la afición a las bellas artes. Consideran la cocina como una de ellas, y como la ejercen o disfrutan varias veces al día, de ahí su preparación para apreciar las demás.

—Bueno. ¿Queréis que sigamos viendo la calle?

De nuevo se inclinaron sobre el negro y reluciente piso y se dedicaron a seguir con la mirada a los transeuntes, en ese momento abstraídos por sus ideas interiores, tan sinceras cuando se anda por la ciudad, que es cuando se siente uno más aislado.

Pasaron muchas viejas con capota, restos del

segundo Imperio, y una verdadera nube de cuellos de pajarita, que, espantados de todas partes, vinieron volando a París, donde les dan nueces.

Sin embargo, lo que más carácter daba eran los grandes carros de repartir, con sus descomunales caballos percherones, cuyas patas van dejando el sello de su raza en el pavimento, y sus enormes conductores, hombres de otros tiempos, verdaderos Carlomagnos, auténticos galos, rojizos, bigotudos, mofletudos y roncos.

—Vamos pronto a la calle a saturarnos de París —se dijeron.

Y al poco tiempo estaban en la calle.

Siguiendo la dirección que llevaba la mayoría de la gente, llegaron a la plaza de la Opera.

Los bulevares la atravesaban con el mayor estrépito. Y en seguida se amansaban en sus aceras, llenas de cafés, con parroquianos que, sentados, se divertían contemplando esa aorta del mundo occidental.

—No puedo esperar un momento más sin saludar a un francés, sin presentarme a él para felicitarle por lo bien que les ha salido París—afirmaba Clorato, emocionado por la circulación.

Y dirigiéndose al primer señor sentado ante una mesa, le saludó en correcto francés:

—*Bonjour, monsieur.*

—Buenos días—respondió el otro en uno de esos castellanos que huelen a cocotero.

—¡Qué casualidad!—dijo Clorato—. Somos hermanos de raza.

El señor tropical sonrió, respondiendo:

—Casualidad, no; aquí lo somos todos. ¿Ve usted aquel joven de las patillas? Es argentino. ¿Y aquel moreno del brillante? Boliviano. ¿Y el otro que sonríe? Cubano. Aquí estamos todos los hermanos, como usted dice. Lo que no hay es franceses.

—Qué broma—rió Clorato—. Pero ¿y esos transeuntes, y esos obreros, y esos mecánicos de los «taxis», y los guardias?

—Checos, húngaros, rusos, rumanos, americanos. Los españoles nos sentamos en los cafés a ver agitarse a los demás extranjeros.

—Pero, sin embargo, en este país hay franceses. Habrá soldados...

—Tampoco. Los soldados son alemanes. Los naturales se esconden. Un cincuenta por ciento hacen novelas, y la otra mitad las lee; así es que no salen de casa. En los teatros, los artistas y el público son de otros países.

Siguieron el paseo por los bulevares y pronto pudieron convencerse de que aquello era exageración, ya que de vez en cuando pasaba un francés o sonreía detrás de un mostrador.

Pero la sangre de su raza les aconsejaba la contemplación; la voz de la sangre les pedía el sentarse. Y por fin se acogieron a un velador que en la terraza de un café se sostenía como las grullas.

—Hagamos un pequeño balance de viaje—propuso Gustavo—. ¿Somos ya felices?

Clorato afirmó con la cabeza. Su nueva pasión le llenaba de dicha.

Adolfo también dijo que sí.

—Yo, con la cursi de Edelvina, lo voy a pasar muy bien. Su candor la pone al alcance de mi concupiscencia; así es que estoy satisfecho.

—Pues yo no lo paso mal. No tengo novia ni mujer a quien hablarle al oído; pero me divierte el estar en esta ciudad, con tanto escaparate agradable y con tanta gente desconocida.

—Somos, pues, felices—dijo Clorato—. Era nuestro fin; ahora queda, pues, lo más difícil, que es conservar la felicidad. ¡Cuidado no se os caiga ni os la roben! Guardadla en el bolsillo de la cartera, y al mismo tiempo tenedla muy a mano para echarle un vistazo de vez en cuando y saber que está ahí.

Después, aprovechando una distracción del camarero, abandonaron la mesa y regresaron al hotel con la alegría de un excedente de cupo.

XIX

PLANES

Cuando entraron en el hotel pudieron observar la cara risueña de los criados; pronto supieron la causa. Edelvina, siempre en su tipo de muchacha modelo de laboriosidad, en futura *mujer de su casa* y, en una palabra, en ilustración de novela blanca, había trastornado algo el servicio del establecimiento.

Por de pronto, se había negado a que la criada entrara a hacer el cuarto, y lo había limpiado ella y hecho las camas con el mayor esmero, mientras que su mamá, en el pasillo, explicaba a un grupo de huéspedes y de criados las obligaciones de una futura esposa modelo, y cómo su hija lo era, y por eso se había llevado en 1925 el premio a la virtud que ofrece la Casa Coñac.

Cuando la mamá de la joven hubo tomado más confianza con el grupo, les relató la historia de

Edelvina relativa a la flor de su inocencia, lo que causó gran efecto y le valió muchos aplausos.

Cuando Edelvina terminó su labor, se vistió, como corresponde a una señorita, falda y mangas largas, escote subido y sin pintarse la cara; y después de asegurarse el moño con diez y siete horquillas, bajó a la cocina para hacer ella misma los pasteles.

—Esta niña es demasiado cursi, Adolfo—le decían los amigos—. Algo cursi, bien está. Es excitante. ¡Pero llevado a este grado!

Adolfo sonreía satisfecho. A cada nuevo detalle de Edelvina sentía un ramalazo de placer intelectual.

—Es que no comprendéis que tengo el sentido crítico, y esta muchacha me lo crispa constantemente y lo hace entrar en funciones, inundándome de bienestar.

Edelvina había decidido hacer arroz con leche.

—Si yo encontrase uno de esos muebles que llaman «confidentes», en los cuales se sientan las parejas uno por cada lado, pero quedan mirándose a los ojos... Ese es el mueble para cortejar a Edelvina. Al menos, que haya un jardín con rosas cerca.

Poco a poco se iban reuniendo en el vestíbulo todos los compañeros de viaje: el doctor Worms, el deán, la mamá de Edelvina.

Quien llegó la última fué el amor de Clorato; pero, en cambio, hizo una entrada de opereta, bajando por aquella escalera ancha y sonriendo y saludando desde veinticinco peldaños antes del final, lo que compensó con creces su retraso.

Alta y delgada, como es debido, apareció en las sacudidas de los veinticinco escalones, con toda su fisiología despierta por el traqueteo. La escalera le había quitado un resto posible de modorra matinal y llegaba ya *en forma*.

—Querido Clorato: vengo dispuesta a enseñarle París. Despidámonos de estos señores, pues almorzaremos fuera.

Clorato, con el corazón empapado de tibieza, salió a la calle con ella, mientras que la mamá de Edelvina torcía el gesto y afirmaba que su niña no salía sola con un caballero.

—¿Dónde quiere usted que vayamos, amigo Clorato?

—A otro hotel.

Ella sonrió y dijo:

—Le ruego no haga el conquistador conmigo. Para nosotras es tan fácil que un hombre haga el Don Juan, que carece de mérito. Usted está enamorado de mí; ya lo sé. Pero ése no es motivo para que me haga proposiciones a destiempo. Conténtese con cogerme la mano en los «taxis», con

llevarme del brazo por la calle y con la calidez de mis hombros al ponerme y quitarme el abrigo en el restaurante; pero nada más.

Acto seguido le sonrió, y para hacerse perdonar la reprimenda pasó su mano olorosa por la barbilla de Clorato, al que se le llenaron los ojos de lágrimas de suavidad.

Y puestas las cosas en su punto, comenzaron a mirar la ciudad.

* * *

En el hotel había ocurrido un fenómeno lógico, pero inesperado, y era el contagio de la cursilería de Edelvina.

Al principio, cuando hizo su cuarto, y después, cuando bajó a las cocinas, el servicio la había acogido con una mezcla de asombro y de burla; pero la actitud de Edelvina era tan pura dentro de su tipo, era tan perfectamente la muchacha cursi de las novelas blancas, que al poco tiempo el ambiente se sentía influenciado por ella, y la gente, poco a poco, al respirar ese vaho, se sentía con la gripe de la cursilería, y la muchacha comenzaba a parecer normal a sus ojos, y poco a poco comenzaban a hablar, a moverse y a reaccionar ante las cosas del mismo modo que lo hubiera podido hacer ella.

En la cocina fué donde primero se notó esto. Todos los criados se sintieron de repente convertidos en fieles servidores, en esos criados que en las obras de los Quintero resulta que han visto nacer a la primera actriz y que, por lo tanto, darían su vida por ella.

Se acercaron, pues, a ella con el sombrero en una mano, rascándose la coronilla con la otra y hablando muy lentamente.

Le dijeron que ellos, aunque pobres, eran honrados, y que, vamos, no es que uno lo quiera decir, pero que el que tocase un pelo de la ropa a la señorita se las tendría que ver con ellos.

Edelvina, emocionada y tuteándolos, les agradeció sus frases y les preguntó por sus hijos, a los que deseaba enseñar la doctrina, demostrando conocer a la perfección los nombres de los pequeños.

Terminada esta escena tierna, subió la muchacha al salón.

No más aparecer, la orquesta se puso a tocar la serenata de Tosselli, y toda la gente que había allí comenzó a dar vueltas alrededor del salón, dejando a los músicos en medio.

Y en aquella reunión se reveló un gran tenor de ópera italiana que fué después el asombro de todos los públicos.

XX

NUEVOS PAISAJES

—Ante todo; ¿es cierto que se llama usted María, como me dijo? Porque cuanto más la miro más me convenzo de que no tiene usted cara de llamarse así.

—No, Clorato; ese no es mi nombre; pero usted me lo preguntó de una forma paradójica; me dijo usted hace cuatro capítulos: «¿Usted se llamará María, como todo el mundo?», y yo le contesté que sí para no dejarle desairado en su afirmación, para que no cayese usted del trapecio de la paradoja.

—Y en definitiva, ¿cuál es su nombre?

—Odette; ¿le gusta?

—Sí; muy proustiano. Me gusta pronunciado en francés; esta segunda «te» con que se queda uno en los labios le da un cierto tono cariñoso.

Habían dejado atrás la Opera y los grandes almacenes y se dirigían por la plaza de la Trinidad

a subir al primer peldaño de Montmartre que son los bulevares exteriores.

—Le traigo a ver este barrio en pleno día porque es la mejor manera de verlo bien. De noche es cuando está en plena ebullición, en pleno trabajo. Incendiado de anuncios luminosos, acaba por no verse nada a causa de tanta luz. A estas horas se le coge en la intimidad, se descubre a los imponentes porteros de los «cabarets» sin su librea, en mangas de camisa, limpiando el faro de la puerta giratoria, y se ve el interior de los «dancings», sin luz, con los instrumentos de música enfundados y las sillas subidas en las mesas como si hubiera salido un ratón.

Clorato se informó:

—Y dígame: ¿al menos, son franceses los empleados de los «dancings»?

—Sí, señor; son héroes de la guerra. No crea lo que le dijeron de que aquí no había más que extranjeros. En París se ven muchos franceses; lo que pasa es que un forastero no los distingue a simple vista si no está en el secreto. Mire usted: los franceses, para reconocerse entre sí y diferenciarse de los demás, llevan una cintita colorada en la solapa.

Habían llegado a la Place Pigalle, vértice de aquel tipo de Montmartre y frontera del otro más puro y silencioso de la «butte».

—Este barrio tiene tres fases al día: por la mañana es este ajetreo de gente que va a la compra y este abrir de ventanas en los hoteles de tercer orden, en donde se despiertan los trasnochadores, frente a un rostro desconocido y ya arrepentidos y con agujetas.

—Está usted muy enterada de los detalles de esta clase de vida.

—Pues no crea que es por experiencia; lo sé por las conversaciones que se tienen en familia, en la mesa. Mi padre se apasiona con estos temas y mi abuela no sabría hablar de otra cosa. Por las mañanas—seguía Odette—se nota la llegada de esa ola gigantesca que trae a París todos los mariscos del océano. Esta es la ciudad en que se come el pescado más fresco del mundo y la mayor cantidad de mariscos de las especies más variadas.

Cuando llega esa ola, por la mañana, todo París se llena de un olor salino que decide a los niños que salen de paseo a llevar un cubo y una pala.

Esta es la razón de ser de todos estos canastos oscuros llenos de ostras que ve usted a cada paso en las aceras, y que son parte importantísima en el paisaje de esta ciudad.

Clorato escuchaba todas aquellas explicaciones agradecido. Acostumbrado a oír hablar del Mont-

martre nocturno, celebraba que Odette se lo hiciese ver bajo este nuevo aspecto más sincero.

—La otra fase de este barrio es la tarde. A esa hora toda la actividad se concentra en los bulevares que lo cruzan. En ellos hay verbena permanente. La tarde de Montmartre es dominguera; hay criadas y familias burguesas; apenas se ven extranjeros. En los tiros al blanco se encuentran y reconocen los antiguos compañeros de trinchera, y las criadas se extasían ante la mujer de cuatro pies, sintiendo los suyos doloridos de dar brillo. Se forma una atmósfera densa mientras va cayendo la tarde y las luces de acetileno hacen palidecer al más fiero domador. El tiroteo se acrece en los tiros al blanco y los muñecos de latón estremecen su escena con sus espasmos más epilépticos. Hay un momento en que todo el bulevar está nervioso, en que todo el mundo se tropieza y en que desaparecen más carteras, al que pone fin la hora de la comida, que dispersa la multitud y cierra las barracas. Las fieras del domador se comen al rezagado y la mujer de los cuatro pies se quita todos sus zapatos y se pone a caminar con el frenesí de su ansia contenida. Después de comer, todo ha cambiado: resplandecen los anuncios luluminosos y aparecen los porteros de los «cabarets», árbitros de la vida nocturna; los negros

abren sus narices para cantar, y en la «Cueva Rusa» lo preparan todo para hacernos comprender, contra su grado, la razón de la revolución.

—Entonces comienza el París nocturno que han divulgado las operetas—comentó Clorato.

—Sí; porque a esa hora terminan de comer los anglosajones, que salen a la calle con el gorrito de papel que han encontrado en sus «triquitraques» con sorpresa.

—Ese es el París de siempre; lo conozco. Vámonos a comer—terminó Clorato.

Odette lo llevó a un restaurante de gastrónomo, a uno de esos lugares que hay en París en que le sirven a uno ciertas aves amaestradas desde su nacimiento a ser blandas y sabrosas y a las que aderezan con alma y todo.

«Montagné, Traiteur» ponía en la portada del local. Y ya en ello se veía que no era un lugar como los demás y se adivinaba que los guisos iban a presentarse firmados.

Era una sala pequeña y sobria, adornada con grabados de todas las épocas alusivos a la gastronomía y con libros de alta cocina que demostraban con su presencia se les había tenido en cuenta para preparar lo que se hubiese pedido.

No había orquesta; allí sólo se iba a comer bien,

y los pocos camareros no se movían con el ajetreo de los grandes locales.

Al poco tiempo de estar allí, los clientes eran todo estómago, entregados al genio de la casa, al señor Montagné.

Este era un hombrecillo todo inteligencia, que vestía sobre su chaquet el blanco delantal del oficio. Usaba gafas y dirigía e intervenía constantemente todas las operaciones que se realizaban en la cocina, puesta a la vista del público.

Odette y Clorato se sentaron ante una mesa colocada debajo de una ventana, pensando vagamente en Pantagruel, del cual sólo recordaban el nombre y la afición. «¡Qué lástima!—pensó Clorato, echándose mano al bolsillo—. ¡Si hubiera traído el Espasa!»

Montagné vino a ellos, y Odette dejó la confección del programa a su elección.

—Ustedes serán latinos, ¿verdad?—preguntó el gran hombre. Y ante la contestación, siguió buscando datos psicológicos de los comensales:

—¿Son ustedes muy afectivos con la familia? ¿Se enternecen ustedes con los cuentos en donde hay un pobre niño abandonado? ¿Van ustedes al teatro para familias? ¿Creen ustedes en la tradición como fuerza actual? ¿Les importan a ustedes los sucesos de China? ¿Creen ustedes en el fascismo?

Contestadas convenientemente aquellas preguntas, de acuerdo con la psicología de estos personajes, Montagné les confeccionó un panorama en el que había una «poularde» que se había mantenido durante su vida exclusivamente con «foie-grás», uvas, nueces y vino blanco. Y unas legumbres regadas con «Origan de Coty».

XXI

MÁS CURSILERÍA

Mientras tanto, Edelvina seguía contaminando de cursilería todo el hotel. Habíamos dejado este fenómeno cuando el «hall», ante su aparición, se había trasformado en una plaza de pueblecito veraniego con pretensiones, y en el momento decisivo en que, como colofón de cursilería, se había revelado entre los concurrentes un gran tenor de ópera italiana, que andando el tiempo había de ser famoso.

La mamá de Edelvina se acercó a él y le pidió cantase el «Ay, ay, ay», a lo cual el divo accedió, porque, según dijo a los periodistas, «aquella anciana le recordaba a su madre».

El gran tenor fregó con temblor de sus notas la claraboya del recinto, mientras que los que le oían supuraban deleitosamente cursilería.

—Un trozo de *Cavalleria rusticana*—suplicaban.

Y el tenor cantaba y cantaba, con la cabeza

cada vez más echada hacia atrás y con su cara más angustiosa al producir las notas difíciles.

El único que no se contaminaba de la enfermedad era el doctor, porque se entretenía en observar los microbios que le entraban por la boca al divo, y además porque había descubierto, gracias al espesor de su monóculo, el microbio de la cursilería, y lo seguía en los cuerpos de los demás, sin permitir que se le pasase al suyo.

Adolfo tampoco temía el contagio, dado su sentido crítico. Desde el primer momento se había colocado en su sillón de crítico insobornable y asistía divertido al cataclismo producido por la muchacha. Jugando y tomando a broma la cursilería, o sea dándose cuenta de ella, era la manera de conservarse inmune.

El que había tenido que huir precipitadamente, medio asfixiado y tapándose la boca con un pañuelo, era Gustavo.

Al principio se limitó a sonreír de la actividad de Edelvina y de los sucesos que producía su manera de ser. Pero poco a poco se había ido entristeciendo, y varias veces se había llevado la mano a la cabeza, notando en ella un extemporáneo calor.

—¿Sabes que no estoy bien?—le había dicho a Adolfo.

—¿Qué notas?

—Un extraño deseo de ponerme un cuello de pajarita.

Adolfo había comprendido que el mal comenzaba a apoderarse de su amigo, y le aconsejó una ducha y un paseo por la calle.

Gustavo, al principio, no había hecho caso, creyéndose bastante fuerte para combatir el mal, y había continuado en el hotel. Hasta que llegó un momento en que se levantó como mareado y con precipitación le dijo a Adolfo:

—¡Figúrate que estoy pensando en hacerme una americana con trencilla!

«¡Huye!», había sido la contestación; y Gustavo salió disparado del edificio, hasta que el aire de la calle y un buen escaparate le tranquilizaron y devolvieron a su ser normal.

Con el paso más tranquilo, siguió su marcha a través de la ciudad buscando la aventura que le pusiese en igualdad de condiciones con sus compañeros y esperando encontrarla a la vuelta de cada esquina.

«Estamos los tres a punto de conseguir esa felicidad que fué el objeto de nuestro viaje. La felicidad consiste en preferir el momento en que se la siente a cualquier otro pasado o posiblemente venidero. Mis amigos tienen como meta el disfrute de Edelvina y de Odette. Yo, en cambio, no tengo

un deseo claro por conseguir. Me toca, pues, buscar ese deseo.»

En eso estaba su monólogo cuando se le acercó un caballero que no tenía nada de particular físicamente. Un señor corriente que le interpeló diciéndole:

—Le veo, caballero, sin nada que hacer. Tal vez le convendría el conocerme, como me ocurre a mí con respecto a usted. Ante todo, dígame si tiene alguna ocupación que le impida perder unas horas. Le daré a usted mi tarjeta para que sepa usted mi nombre.

El caballero le entregó a Gustavo una tarjeta en que se leía:

JAQUES DUPARTI
ADÚLTERO
PARÍS

Y los dos se dieron la mano.

XXII

LA NOVIA DE GUSTAVO

Gustavo, después de leer la tarjeta del desconocido y estrechar su mano, inquirió la razón del abordamiento. El caballero se expresaba con la facilidad de un agente de seguros.

—Caminábamos en la misma dirección hace un momento, y al observarle, creí adivinar en usted al extranjero desocupado en busca de aventuras. Y como yo puedo proporcionarle una, y de calidad, beneficiándome con ello por razones que le explicaré, he decidido dar el primer paso.

—Venga, pues, la proposición—dijo Gustavo—. Estoy dispuesto a entrar en cualquier combinación que traiga aparejada la felicidad.

El caballero habló:

—Tengo una novia, mejor dicho, una amiga, joven, bonita, alegre, inteligente. Nos llevamos a las mil maravillas y tenemos la felicidad. Sólo que nuestra dicha es turbada por la situación de

su prima hermana. Esta prima hermana, de la que no se ha separado nunca desde su nacimiento, y que es igualmente hermosa, etcétera, etcétera, que ella misma, no tiene ningún pretendiente. Los muchachos la ven, se sonríen, la encuentran seductora y no se deciden. Mi novia va a todas partes con ella, y figúrese lo que me contraría ver a mi cuñada triste y abatida, máxime cuando nos estropea a su prima y a mí el placer que experimentamos de estar juntos.

Gustavo comprendió.

—Usted lo que desea es que yo me arregle con ella para que seamos dos parejas en lugar de un terceto. Pues acepto. Dice usted que es joven y bonita.

—Encantadora—contestó monsieur Jaques—. Ahora mismo se la voy a presentar.

Cogidos del brazo, se metieron por una bocacalle, pues nadie vive en los bulevares.

—Algo más tengo que advertirle, señor Gustavo, y que le explicará la compenetración de las dos primas, y es que éstas son siamesas.

—¿Siamesas?

—Desde pequeñas. Nacieron unidas por la cintura. Se puede decir que tienen el mismo cuerpo; pero las piernas, el busto, la cabeza y los brazos, son diferentes. La unión está en la cintura. Se

vuelven completamente la espalda; pero como son muy buenas, no se ofenden. Cuando una camina de frente, la otra va marcha atrás. Esto, como verá usted, tiene sus defectos e inconvenientes; pero ya se irá dando cuenta de las ventajas si al fin se gustan ustedes y hacen buenas migas.

Gustavo, como es natural, estaba radiante; su aventura iba a tener una calidad que sobrepasaría con mucho las de sus compañeros. Ser novio o amante de una señorita siamesa, es algo solamente reservado a los privilegiados. A Gustavo esto le compensaría de una mancha negra que tenía sobre su conciencia y que de vez en cuando le atenazaba el corazón. Y que era el no contar entre sus conquistas realizadas ninguna norteamericana. Esto, que a primera vista parecía carecer de importancia, la tenía, y muy grande, para Gustavo, para quien el espectáculo preferido era el «cine».

Se puede vivir sin haber gustado las mieles de una norteamericana de película; pero se vive mal y se siente un continuo desasosiego, agudizado con la vista de cualquier «film». Los hombres que han tenido una de esas ágiles y reidoras señoritas, van al «cine» con una mayor confianza, y en las escenas amorosas sonríen, apreciando no sólo la visión, como los demás espectadores,

sino que, además, conocen el sabor de todo el momento.

—No le molestará a usted ese detalle, ¿verdad? —preguntaba monsieur Jaques—. No crea que por ser siamesas son unos fenómenos. Se trata de dos muchachas bellísimas y estupendamente formadas. Además, de un carácter encantador: siempre están alegres y sonrientes y no se pican por nada.

Gustavo, al compás de esas aclaraciones, alargó el paso y pronto estuvo frente a la pareja.

El caballero no mentía: las primas hermanas siamesas eran dos muchachas maravillosamente bellas, deliciosamente sonrientes y perfectamente iguales.

A los diez minutos de conversación, Gustavo era íntimo de las dos, y a los quince, el amor había prendido en el corazón de la derecha de aquel grupito.

—Ustedes debían usar dos nombres acostumbrados a ir juntos, aunque no tuviesen un sentido muy exacto. Pero es injusto en ustedes dos nombres aislados entre sí. (Era Gustavo el que promovía esta conversación.) Debieran llamarse *Romeo y Julieta*, por ejemplo, o *Tristán e Iseo,* o *Daoiz y Velarde.*

Ellas contestaban riendo siempre.

—Eso estaría bien si fuésemos hermanas; pero no olvide que sólo somos primas.

Y ante el gesto de extrañeza de Gustavo, añadió la que hablaba:

—¡Cosas de mamá!... Yo me llamo Colette, y mi prima, Anais.

—Yo soy la mayor—dijo ésta—. Tengo diez minutos más de vida que Colette.

Y era curioso cómo se notaba esa diferencia de edad. Anais trataba siempre a Colette con una ternura un poco maternal; le hablaba en un tonillo protector que Colette acataba sin discutir.

—Parecen hermanas, más que primas—decía la gente que las conocía.

Anais cuchicheaba con Jaques en un rincón, y Colette emprendió un coqueteo exuberante con Gustavo.

A los treinta y cinco minutos ya se habían dado el primer beso, y a los cincuenta, y aprovechando un descuido de Anais y Jaques, Gustavo había pasado a ser el amante de Colette.

* * *

Clorato y su pareja habían seguido su visita a la ciudad después de almorzar. Odette le había hecho un plano literario de París, lo cual les iba a dar mayor interés a los paseos.

La ciudad aparecía dividida en unos barrios que llevaban el nombre del escritor que más los hubiese descrito en sus novelas, en los que los personajes de éstas se hubieran mostrado más verdaderos y mejor los hubiesen representado con su manera de ser.

Clorato, en sus paseos por París, se enteraba de su literatura contemporánea, ya que Odette, influenciada por el barrio que pisaba, llevaba la conversación sobre el autor correspondiente.

—Le voy a usted a llevar a los tópicos literarios de la *Guía de París*. A la Rotonda, por ejemplo. No hay cronista en París, ni novelista en el mundo, que no la haya descrito alguna vez. Pero es un tópico agradable.

Entraron, pues, en la Rotonda, y lo primero que encontró Clorato fué a todos los dibujantes españoles sentados ante una cerveza y dibujando sobre el mármol.

Odette fué presentada, y Clorato tomó asiento frente al interior del café.

Aquel salón, lleno de cuadros y de dibujos, impresionó a Clorato, que traía el prejuicio producido por anteriores lecturas, en que se describía la Rotonda como centro de la bohemia artística de París.

Pero los dibujantes amigos, con el gran cono-

cimiento que les daba el pasarse allí la vida dibujando sobre el mármol, le encaminaron hacia el análisis de los tipos.

—No vayas a creer, amigo Clorato—le dijeron—, que todos esos tipos melenudos y esas mujeres de absurdo maquillaje, son artistas. Se trata de extranjeros dedicados a una terrible competencia: la de venir a tomar café mejor caracterizado de artista. ¿Ves aquella mujer de esa mesa de enfrente que suda bajo un grueso «jersey» de lana cerrado hasta el cuello?

—¿Una que tiene toda la cara blanca, sin más color que el rojo de los labios?

—La misma. Pues hace un mes entró por primera vez aquí. Entonces vestía como todo el mundo. Se sentó en ese rincón y comenzó a observar. Al poco tiempo había descubierto a una negra que, con un turbante blanco, sonreía indiferente a su vulgaridad. Al día siguiente se presentó con una chaqueta de terciopelo verde, gafas y una corbata colorada. Pero era inútil: la negra llegó aquel día con las medias dobladas por debajo de la rodilla y una corona de plumas en la cabeza. Deste entonces ha empezado una batalla feroz entre las dos mujeres. Cada una se esfuerza en aplastar a su rival con lo absurdo de su presentación; pero siempre es la negra la que triunfa.

—¿Y es alguna artista de categoría esa negra? —preguntó cándidamente Clorato.

—No, hombre; es la criada del propietario del café; por las mañanas friega el piso y por las tardes se viste así. El dueño tiene un guardarropa magnífico. Y alquila disfraces al parroquiano que lo desea. La cuestión es formar ambiente y mantener el creado ya.

Clorato observaba cómo, en efecto, en aquella sala de café flotaba una gran falsedad.

Todos los parroquianos adoptaban posturas estudiadas e incómodas, a fuerza de querer parecer desocupadas y bohemias; todos miraban de soslayo al vecino, tratando de comprobar si su perfil era de alguno de esos que aparecían dibujados o en fotografía en las revistas con un pie encomiástico que lo acreditase de grande hombre.

Cada cual creía tener al lado a Picasso.

Odette se llevó a Clorato otra vez a la calle; pero antes los amigos españoles les proporcionaron entradas para el gran baile de los artistas.

—Ese es otro tópico—dijo Odette—; pero hay que ir; es divertido.

XXIII

LA FELICIDAD

Antes que Odette y Clorato, habían llegado al hotel Gustavo, las siamesas y monsieur Jaques.

Edelvina y su mamá habían respondido a la fórmula clásica de la presentación con un «Servidora» y con un «¿Está usted bien?» que respondían perfectamente a su fisonomía social.

Las siamesas traían para todos entradas al baile de los artistas. Sin embargo, no era tarea fácil convencer a la virtuosa señora para que dejase asistir a su hija. Adolfo fué quien más abogó por el permiso, y expuso razones convincentes.

—Señora—dijo—, comprendo su prevención contra los bailes de máscara; pero olvida usted, sin duda, que a ellos no sólo asisten profesionales de la juerga, sino damas virtuosas que, encubiertas, vigilan a sus familiares, y muchachas de buenas costumbres que, acompañadas por personas de res-

peto, permanecen en él sólo hasta cierta hora. Además, algo que define la calidad moral de la máscara es el disfraz. Yo elegiré uno para Edelvina, bajo el cual nadie podrá creer que se trata de otra cosa que de una honesta joven.

La anciana madre contestó medio convencida:

—Todas las señoritas de nuestra clase se han disfrazado siempre en Carnaval de gallegas.

—Ese es el disfraz en que yo pensaba—dijo Adolfo—. De gallega, nadie puede sospechar que se trata de una mujer licenciosa.

Edelvina se entusiasmó con la idea del disfraz, y besó repetidas veces a su madre, diciéndole: «¡Qué buena eres!» A lo que ésta respondía: «¡Qué no se hará por una hija!»

Cuando llegaron Clorato y Odette encontraron a todos entregados febrilmente a la confección de disfraces.

El Deán y el doctor Worms habían resuelto el suyo presentándose de frac y con ademanes de hombres frívolos. El caso es que no los conocieran.

Las siamesas habían decidido ir una de Pierrot y otra de Colombina. Era sencillito y barato.

Odette y Clorato optaron por la comodidad y el máximo incógnito del dominó negro, aun a trueque de parecer las mamás de las que van de ma-

nolas y que se sientan en las butacas que rodean la sala lanzando miradas de prevención.

Odette, con el instinto de la mujer elegante, había sabido disponer los pliegues y los brillos de su dominó de manera que no desapareciese el garbo de su figura, y bajo su antifaz lanzaba, con esa picardía de guiño que le da la hendedura en el cartón, las almendras de sus miradas.

Adolfo se disfrazó de plancha eléctrica, y Gustavo, de lámpara de comedor.

Mientras se vestían, los tres amigos volvieron a efectuar un balance de su situación moral, y el resultado les satisfizo. Eran perfectamente felices, porque estaban en ese momento que precede al logro de la felicidad.

Los tres esperaban enamorar a sus parejas para tenerlas completamente, y en eso sólo cifraban su dicha, ya que no veían ni un metro más allá.

Cuando hubieron terminado todos de disimular su personalidad, se reunieron en el vestíbulo para ir unidos al baile.

Edelvina, que estaba encantadora con su traje rojo con rayas negras y un pañuelo a la cabeza, se despidió de su anciana madre y salieron a la calle.

En ese momento salió la luna llena y fué siguiendo a la muchacha cursi por todas las calles

por donde pasaba, iluminando el «taxi» y metiendo un brazo de luz blanca por una ventanilla, haciendo exclamar a Edelvina: «¿He traído pañuelo?»

En el hotel, la mamá había organizado un partido de lotería.

XXIV

EL BAILE DE LOS ARTISTAS

Edelvina no hacía más que lamentarse de que todo el mundo la reconociera. Apenas había puesto el pie en la sala del baile, cuando un grupo de máscaras, al verla con su traje de gallega, la había rodeado, acosándola a preguntas:

—Usted será una honesta joven.

—Se llamará, seguramente, Edelvina.

—Lleva usted corsé, y de los antiguos.

Y muchas más cosas, que probaban cuán ineficaz había sido su careta.

Adolfo, con su precioso disfraz de plancha eléctrica, trataba de consolarla repitiéndole la poca importancia que tenía el que la reconociesen.

—No, no—gemía Edelvina—; no quiero que me reconozcan, porque una muchacha tan recatada como yo no debe estar en estos lugares.

El Deán la tranquilizó algo con sus doctas palabras:

—Ya ves, muchacha—le dijo—, yo, que soy una persona respetable, he venido a este baile disfrazado de juerguista, y nadie me ha reconocido. Este es el verdadero disfraz: el cambiar de carácter. El doctor y yo hemos bebido fuerte y hemos pellizcado a todas las máscaras vestidas de odaliscas. Pues bien: se han hartado de llamarnos «frescos» y «sinvergüenzas». Excuso decirte lo que nos hemos reído pensando en lo equivocados que están y en cómo los hemos despistado, haciendo que nos tomen por lo que no somos.

El doctor se ofreció a dar una vuelta con ella; pero la dejó en seguida, porque se había encontrado a un amigo que le había dicho:

—¿Qué? De baile con la criada, ¿eh?

Edelvina se refugió llorando en el palco que habían tomado, donde Adolfo, con el aquel de consolarla, abusó terriblemente de sus encantos.

***

Lo milagroso había sido el disfraz de las primas siamesas. La una de Pierrot y la otra de Colombina, no había medio de distinguirlas.

Era tan perfecta su caracterización, que para

sus mismos amantes, Gustavo y monsieur Jaques, resultaba imposible reconocerlas.

Los dos galanes estaban perplejos, pues no se decidían a tomarse confianza con ninguna de las dos por no saber ciertamente la que les correspondía.

El caso es que en las vueltas de un vals que bailaban las dos parejas unidas, Gustavo había estampado un beso en los labios de Colombina, y monsieur Jaques, otro en los de Pierrot. Al principio se habían sonreído por encima de las cabezas de sus compañeras; pero después, poco a poco, una duda terrible les había asaltado. ¿No sería a su amada a la que el otro hubiera besado?

Los celos habían hecho su aparición sordamente, y las conversaciones entre los cuatro se habían poblado de espacios de silencio en los cuales se sentía palpitar el corazón.

Lo malo era que a las muchachas no había medio de sacarles su identificación. Decían que, como eran iguales, querían serlo del todo, y que lo mismo les daba uno que otro.

En todo esto influían, como se está adivinando, unas copas de champaña tomadas a primera hora.

Llegó ese momento de descanso en que a las parejas les gusta reposar cómodamente, y los dos hombres vieron el peligro que representaba para

ellos el subir al palco sin haber puesto en claro quién era Pierrot y quién Colombina.

De pronto, una idea que había surgido del final de una serpentina, se hundió en ellos dos, y rápidamente, y sin cambiar palabra, se llevaron a las siamesas a la orquesta. Allí las sentaron en el taburete giratorio del pianista y les dieron un fuerte impulso, que las hizo girar vertiginosamente. Monsieur Jaques y Gustavo, frente a frente, esperaban con la máxima seriedad que el final del giro les dejase delante la que la suerte designara para ser su definitiva compañera.

***

Clorato le había vuelto a plantear la cuestión de confianza a Odette.

—Me consumo de pasión y de deseo—le decía—. Es preciso se decida de una vez y pongamos la primera piedra de nuestra confianza.

—¡Qué manera tiene usted de llamar las cosas, Clorato!

—Es que he querido aludir a lo que deseo, de una manera suave, para no irritarla demasiado. Convenga conmigo en que ya es preciso.

—¡Sí que se va poniendo la cosa grave!—contestaba Odette sonriendo—. Pero espere a que las

cosas lleguen a su tiempo. Un día será oportuno lo que usted desea, y si me ha convencido, no he de negarme a nada. Cuando sea la ocasión, cuando sea el momento.

Clorato ya no pensaba más que en hacer llegar ese momento, en encontrar esa ocasión propicia que había de darle la felicidad. Llevaba a su pareja a los rincones más íntimos del baile, y allí la miraba fijamente a los labios, esperando una sonrisa, que no llegaba. Al cabo de un cierto tiempo, se habían reunido todos en el palco y alrededor de Edelvina que gemía:

—¡No quiero seguir de gallega! ¡Todos me conocen y me preguntan por el borrego que debo llevar!

Para distraerla, entablaron una batalla de serpentinas con otros palcos, y al poco tiempo habían florecido los sauces de las lámparas.

No se daban cuenta de por qué les gustaba tanto tirar serpentinas, y cada vez que lanzaban una seguían su desarrollo en el espacio, esperando que en su última vuelta apareciese la solución.

Realmente, no estaba bien definida esa afición a tirarse cosas; mas como era indudable su alegría de librarse a tal ejercicio, pensaron en Darwin con más admiración que otras veces.

Otra solución era considerar la serpentina lan-

zada como una palabra o como una frase dedicada a la persona a que se quisiera llegar.

«Me gustaría decirle a esa señora del escote despendolado que hasta aquí me llega su calidez de hogar», pensaban. Y acto seguido, para ahorrarse los trámites de presentación y demás, necesarios para decirle aquello, le lanzaban una serpentina, ayudándola en su parábola con una mirada en la que estaba la frase.

A veces era sólo un deseo de que el rabillo último de la tira de papel acariciase a la mujer que está lejos y acompañada por un hombre celoso.

Las señoras, cuando después de la primera hora de bombardeo se convencían de que no iban a llegar ni una sola vez, preferían exprimir el rollo de la serpentina para ver cómo se les salía el ensortijado tirabuzón por debajo.

De lo que no cabía duda era del enervamiento que producía la batalla: los caballeros se verificaban constantemente el nudo de la corbata, y ellas se revolvían desasosegadas, como si un ser invisible las estuviese mirando fijamente.

Clorato le hizo notar eso a Odette; pero ésta repitió su sonrisa de siempre y un «Todavía, no» desolador.

Adolfo, que había comenzado arrojando serpentinas quedándose con una punta, y que había ter-

minado por tener en su mano todas las riendas del baile, había evolucionado, y a esa hora las tiraba enteras y con fuerza. Iba a lanzar una, cuando se le ocurrió una idea; la serpentina cayó a plomo, metiéndose alrededor del cuello de una botella, mientras que Clorato le decía a Edelvina:

—Querida muchacha: ya he dado con el medio de que nadie te conozca; con el disfraz que te conviene.

La llevó al antepalco y allí le explicó la ocurrencia.

—A ti lo que te conviene es presentarte de «Inglesa desnuda del siglo XVII». Es un disfraz ideal, y además nadie supondrá, al verte así, que se trata de una señorita decente.

Todos los presentes encontraron muy acertada la idea, y con sus razones convincentes vencieron los absurdos pudores de Edelvina, y afanosamente ayudada por todos, en poco tiempo quedó convenientemente trasformada en «Inglesa desnuda del siglo XVII», con sus chapines de raso, su antifaz y su lunar.

La entrada de Edelvina en el salón fué recibida con grandes aplausos, y los artistas se apresuraron a ir a comprobar que no se trataba de ninguna ficción.

Pero lo que más entusiasmaba a Edelvina era el que nadie la reconociese. Cada cual lanzaba su hipótesis; pero ninguno daba con la fácil solución de que se tratase de una señorita de portada de novela blanca.

—Así me gusta—decía la muchacha—; que nadie me reconozca. Una señorita de mi condición no debe venir a estos lugares. Y ya que estoy, prefiero que nadie lo sepa.

Adolfo se sentía muy satisfecho del éxito de Edelvina. Todas las señoras la felicitaban por su original disfraz, y ella no hacía más que repetir: «¡Lo que yo siento es que no me vea mamá!»

Cuando llegó el momento de presentarse ante el Jurado, Edelvina se adelantó sin el menor azoramiento; su incógnito le prestaba un valor inconcebible.

—¿Usted de qué viene?—le preguntaron.

—De inglesa desnuda del siglo diez y siete —contestó la joven con aplomo, como cuando se dice en la frontera que no llevamos contrabando.

El Jurado consultó un enorme libro de la «Historia del Traje», y debieron de hallar el disfraz exacto, ya que le dieron el premio, en medio de una clamorosa ovación.

Los que andaban más despistados, eran Gustavo, las siamesas y el caballero amante.

Habían bebido. Se les notaba en un gesto de gran seriedad y en que lo negaban.

Las siamesas se habían vuelto a poner las caretas y no se las podía distinguir.

Todos los amigos estaban muy desconcertados con aquellas máscaras. De repente, a Anais se le cayó el antifaz, y todos la reconocieron; pero, en cambio, a la otra, a Colette, que continuaba cubierta, no había medio de saber quién era, y hasta el mismo Adolfo estaba perplejo ante ella.

—¿Es o no es tu prima?—le preguntaban a Anais.

Y ésta sonreía enigmáticamente, sin afirmar nada, y daba un paseíto por el salón llevando a la desconocida a remolque.

En ese momento empezaron a desenrollarse las serpentinas del sueño, y la gente se puso los abrigos y abandonó aquel local, cuyo suelo estaba rizado de las virutas de la fiesta.

Clorato se llevó a Odette en un coche, y cuando hubo cerrado la portezuela y el primer bache los arrellanó en su sitio, le volvió a preguntar:

—¿Es éste el momento?

XXV

APUNTA LO NOVELESCO

Al día siguiente del baile se fueron encontrando todos en el salón del hotel. Tenían el sueño y las agujetas del trasnocheo, y se hundieron en los más cómodos sillones, gozando con su perezosa inmovilidad.

Los primeros en llegar fueron el doctor y el deán; después, Clorato.

Tenían todos esa conversación torpe del día después de la juerga, reducida a los comentarios. Además estaban avergonzados los unos con los otros; temían haber bajado de nivel humano al presentarse en ese «pyjama» de la personalidad que es la embriaguez; temían haber estado demasiado sinceros, e intentaban volver por su prestigio anterior exagerando su reserva y sus ademanes lentos.

El deán tenía la sospecha de que el coqueteo de su hija con Clorato había pasado al terreno que

muchas personas denominan «prohibido», y decidió francamente preguntárselo.

Clorato negó en rotundo, y como le molestaba ese género de conversación, se fué a despertar a sus amigos, mientras que el deán, convencido de la negación de Clorato, se quedaba murmurando: «¡Es una extravagante! ¡Mi hija es una extravagante! ¡Por supuesto, lo es desde niña; con decir que de pequeña no le gustaban las natillas...!»

Como sólo le quedaba el doctor con quien charlar, le preguntó su opinión sobre el asunto, y a los pocos momentos ya reían tan satisfechos, de acuerdo en que Clorato había mentido por caballerosidad.

Sin embargo, los huéspedes iban llegando; la mamá de Edelvina venía satisfecha por el premio que le habían dado a su hija y, sobre todo, porque no la habían reconocido.

—Esta niña mía es tan modosita, que en todas partes llama la atención; el año que viene te vestirás de holandesa, que también es bonito.

La anciana madre creía que el premio se lo habían dado a la chica por ir de gallega, pues Adolfo había aconsejado a la chica no hablar nada de su otro disfraz para continuar el incógnito.

Cuando se hubieron reunido en el salón todos los huéspedes del hotel, el deán les comunicó su

conversación con Clorato, haciendo resaltar la caballerosidad de éste negando, cuando otro se hubiera jactado, un hecho tan claro.

Las señoras, conmovidas por tanta discreción, aplaudieron largo rato al ausente, y después nombraron una comisión entre las más entusiastas encargada de felicitarle.

Una tras otra fueron a rendirle el merecido homenaje a Clorato, que al principio las recibió muy satisfecho.

Pero al cabo de un momento encargó al criado del piso el cuidado de seguir atendiendo a las visitas, y se marchó a la calle con sus amigos para cambiar impresiones.

Al poco rato pudo comprobar cómo la felicidad de sus compañeros no era tan clara como la última vez que habían hecho balance.

Adolfo se juraba feliz con su victoria sobre Edelvina; pero se notaba cómo la cursilería de aquélla pasaba del límite que su ser crítico le había puesto.

—Figuraos que ahora me llama «Nene mío» y «Bebé de mi corazón»—decía el pobre.

Edelvina, en efecto, le había contado su proyecto de matrimonio, edificado sobre la base de que Adolfo, para lavar su falta, se casaría con ella.

«—Viviremos en un hotelito estilo español antiguo—había dicho aquella desgraciada—. El portal estará todo decorado de azulejos y habrá un patio con una fuente con ranas de loza.

»El vestíbulo también será Renacimiento español. Unos sillones frailunos con cabezas de águila en el respaldo y una mesa con los rostros en talla de Hernán Cortés y de los Pinzones. Todo ello, sostenido por garras cogiendo una bola. Los faroles y velones, muy opacos, porque en aquella época no se veía nada en las casas, y todo ello adornado con damasco carmesí.

»El resto de la casa seguirá en ese estilo, menos el salón, que deseo sea Luis XV, de lo más dorado. Todos los grandes almacenes tienen preciosidades en el género.»

Adolfo se había excitado bastante con aquella descripción. Claro es que ni en sueños pensaba en casarse con Edelvina; pero mientras ésta había ido describiendo aquella casa, ideal de un hotel de ventas, se había visto hipotéticamente viviendo en ella, clavándose en la espalda y en las rodillas las águilas y cabezas talladas o sentándose en aquellos estúpidos muebles dorados.

—¡Eras más feliz antes del suceso que ahora! —le dijo Clorato. Y el otro quedó convenciéndose.

En cuanto a Gustavo, lo que le ocurría era

cuestión de celos. El parecido entre las siamesas era tan perfecto, que nunca estaban seguros los dos galanes de la identidad de su pareja.

Anais se había pegado un lunar en la mejilla para distinguirse de Colette. Pero Gustavo creía haber observado ciertas bromas entre las primas, que le hacían pensar si aquel punto negro no cambiaba de persona.

Monsieur Jaques, por otra parte, no podía ocultar sus celos, y maldecía al Destino, que había hecho que las dos muchachas tuviesen el mismo tronco.

Sólo que mientras Gustavo comunicaba sus cuitas tan sólo a los amigos, que se limitaban a sonreír, M. Jaques le fué con el cuento de que sospechaba de su amiga a su propia y auténtica esposa, que, como era de esperar, se ofendió vivamente, y que después de afirmar que de su marido no se burlaba nadie se dispuso a averiguar la verdad.

Esta era la situación en que encontró Clorato a sus compañeros. De la comparación resultaba que el mejor librado era él, a pesar de no haber conseguido nada de Odette.

—El día que Odette sea tuya, se te acabó la dicha—le decían los dos amigos.

Pero Clorato estaba tranquilo por ese lado; sabía

cómo, gracias a su sutileza, Odette no había de dejarse nunca atrapar, ya que era una mujer que renovaba continuamente sus encantos.

—Hay mujeres que sólo tienen materia, y cuando la dan se han dado del todo. Odette es de las que no acaban de darse nunca—afirmaba Clorato—. Los únicos peligros posibles en ella son sólo hipotéticos. Por ejemplo, el que rebajase su propia intelectualidad, que volviese a leer a Bourget o que se interesase a estas alturas de siglo en aventuras a base de drogas estupefacientes y otras prácticas de un decadentismo tan pasado de moda y tan ridículo. Cosas de este tipo me dañarían profundamente.

Clorato, como ya estaba muy enamorado, veía todos los caminos que podía tomar Odette, y de continuo le preparaba discursos y sermones que, afortunadamente para la muchacha, no se atrevía a repetir.

Conocía, desde luego, todas las posibilidades de su corazón con respecto a Odette; sabía cómo el pasado de ella no tenía para él ningún valor. Si Odette hubiera estado casada, Clorato no hubiera tenido celos del marido, considerándolo como un accidente irremediable, como no nos ofendemos con las muchachas que tienen padre: podrían ser huérfanas; pero, ya que lo tienen, ¡qué le va uno

a hacer! En cambio, del que hubiera tenido unos celos terribles hubiera sido de algún coqueteo indepediente del marido, especialmente si lo hubiera conocido después que a él.

***

No sospechaban los tres amigos, ocupados en bucear en su interior, cómo se estaba preparando una tragedia que los había de conmocionar vivamente.

La señora del adúltero Jaques había emprendido sus investigaciones con un celo tal, que pronto la conducirían a descubrir con claridad la vida y conducta de las siamesas.

Ante todo, se había dirigido a un «detective» negro.

Este hombre era especial, ya que, a pesar de ser negro, se diferenciaba de los individuos corrientes de esa raza en que tenía la piel completamente blanca. Por todo lo demás se adivinaba en seguida que se trataba de un negro.

Esta casualidad le ayudaba considerablemente en su profesión, ya que despistaba a las gentes a las que no quería darse a conocer valiéndose de su doble personalidad y apareciendo como negro a las personas que lo hubieran reconocido de blanco, y viceversa.

Entre los dos comenzaron a observar la vida de las primas hasta en sus más pequeños detalles.

Las siamesas iban todas las mañanas a una casita situada en las afueras de la población. Allí las recibían unos niños que las abrazaban con entusiasmo llamándoles «mamá».

Este detalle hizo dudar a los perseguidores de la honestidad de las muchachas.

—Lo más sencillo es entrar en la casa y enterarse claramente del asunto—dijo la esposa del adúltero.

Pero el «detective» negro no era de esa opinión.

—Puede que sea lo más sencillo; pero a mí no se me ha llamado para resolver algo sencillo, sino una cuestión complicada, enmadejada, misteriosa, que permita el desarrollo de mis planes profesionales.

—¿Mas cuando no hay misterio?—decía la señora.

—Cuando no hay misterio, un buen «detective» se lo construye. Vea usted un ejemplo: ¿recuerda usted esos niños que han abrazado a las siamesas gritando «mamá»?

—Sí, señor.

—Pues voy a borrar de mi memoria esa escena y esa palabra, y así queda la cuestión más oscu-

ra. Ahora mi inteligencia debe resolver esta pregunta: ¿Qué vienen a hacer aquí estas jóvenes?

—Vienen a ver a sus hijos—contestó la esposa engañada.

—No, señora; nada sabemos; pero lo averiguaré conforme a los cánones de mi profesión.

—¿Por qué no entra usted y se lo pregunta?

—¡Para eso no hacía falta apelar a un «detective», señora! Yo ahora voy y me disfrazo.

Y acto seguido sacó lo necesario del estuche que llevaba en un bolsillo, y al poco tiempo quedó disfrazado perfectamente de reloj de pared.

—Espéreme aquí—ordenó a la señora.

Y después, con el mayor aplomo, se metió en la casa y se fué a colocar junto a una de las paredes del salón.

Hubo un momento en que estuvo a punto de ser descubierto: cuando al entrar le vió uno de los niños.

—¡Mamá!—gritó el inocente—, aquí hay un reloj que anda.

Pero las muchachas no debieron de ver nada extraordinario en eso, ya que contestaron dos voces:

—¡Claro, hijo mío! ¡Es su obligación!

XXVI

SEPARACIÓN

«Tic tac», «tic tac», hacía con la boca el «detective» negro bajo el disfraz de reloj. «Tic tac», «tic tac», repetía sin tasa.

Media hora llevaba solo en aquel salón, repitiendo su ruido, que era como un reclamo para que viniera alguien, fortalecido con la esperanza de que gracias a su estratagema iba a descubrir el secreto de las siamesas.

«Tic tac», «tic tac»; y cada cuarto de hora lo marcaba entonando alguna cancioncilla sin palabras, dándole un cierto sabor a carillón...

Esperaba que pronto llegase alguien, atraído por su trotecillo musical, y comenzase a desarrollarse ante él todo el argumento de aquel asunto. Su tictac era cada vez más desesperado, y la manera de acusar las horas, más sonora; parecía que tenía fiebre. De pronto se oyeron muchos pasos y llegaron al salón las siamesas, los niños y un ca-

ballero, desconocido, como el principio de las óperas.

—¡Querrás creer, Froilán, que nunca nos habíamos fijado en este reloj!—dijeron ellas.

Froilán, que era uno de esos tipos que lo explican todo, no demostró el menor asombro.

—Ocurre muy amenudo ese fenómeno—contestó—. Mi desconsolada madre no se dió cuenta de haber llegado a la pubertad hasta tener el noveno hijo.

Se sentaron junto a la chimenea, bajo el chaparrón de tictacs, y, como era de esperar, inauguraron la conversación reveladora.

—Explicadme en qué está la cosa. ¿Encontró el novio soñado Anais? Y tú, esposa mía, ¿aún no te sientes cansada de acompañar a tu prima?

Colette fué quien respondió:

—Querido Froilán; todo sigue en el mismo estado que conoces: Anais no se decide por nadie determinado; hasta ahora, su novio lo ha venido siendo monsieur Jaques; pero últimamente se mezcló en nuestra vida un joven español.

—¡Ole, ole!—interrumpió Froilán, que tenía vastos conocimientos internacionales—. ¡Saleroo, saleroo! ¡Corrida!

Terminado ese alarde de erudición, continuó Colette con la palabra.

—Ese joven se llama Gustavo, y nos lo presentó Jaques, que me cree soltera, para que me entretuviese mientras él se dedicaba a mi prima. En efecto: el joven Gustavo se entusiasmó conmigo y a los diez minutos juraba amarme desde la cuna. No pararon aquí sus efusiones, sino que amorosamente rodeó mi talle con el brazo...

—Supongo no habrás faltado a tus deberes, no habrás olvidado que desciendes de los Dupont —dijo Froilán, algo escamado ante el giro que tomaba el relato.

—No ofendí a mi sangre; sé lo que debo a mis antepasados—afirmó resueltamente Colette.

Anais bajó la cabeza avergonzada. Ella no tenía antepasados; era la tragedia de su vida.

—En el momento en que culminaba el arrebato pasional de Gustavo, cambiamos disimuladamente de puesto, sin que nadie se diese cuenta de ello.

—¡Bravo!—exclamó el marido—. Eso es lo que hacen las mujercitas de su casa. Pero, entonces, esta pobre Anais tiene dos novios a un tiempo.

La aludida se ruborizó:

—¡Qué le voy a hacer, si gusto de ese modo!

—Es que vais muy bien vestidas—concluyó Froilán.

El reloj, con el descubrimiento de la verdad, había acelerado su movimiento, y hubo un mo-

mento en que le entró tal alegría, que comenzó a cantar las doce, a pesar de ser las seis y diez.

—Este reloj está loco—dijeron las muchachas.

Pero Froilán les explicó la causa:

—Es la humedad. En las casas muy húmedas sucede esto con frecuencia.

—Qué agradable resulta vivir junto a un hombre instruído—comentaron las siamesas, mientras que él bajaba los ojos al elogio.

Fuera, sobre la verja del jardín, en esa postura de apoyarse en los codos, la cabeza entre las manos, en que parece obligado ponerse a pensar en la eternidad, aguardaba la esposa del adúltero Jaques el resultado de las investigaciones del «detective».

Los primeros diez minutos los había pasado apoyada de aquel modo; después, durante otros siete, su cuerpo había descansado sobre la pierna derecha; a continuación era la izquierda la que había soportado el peso; los calambres la obligaron a variar de postura, recostándose sobre la verja, y fué entonces cuando, hastiada de esta nueva posición, encontró insoportable la tardanza del «detective», y dando los alientos de su fatiga a la idea de que le hubiera podido ocurrir algo desagradable, decidió investigar por su propia cuenta.

Franqueó la puerta y se dirigió con paso firme

a la ventana baja, correspondiente al salón donde estaban todos. Como la noche ya había encendido su oscuridad, y dentro había luz, pudo acercarse al cristal sin ser vista, y allí, para observar a su vez, no tuvo más que aplastar su rostro, al tiempo que se colocaba las manos en donde se colocan cuando nos cuentan que el tren que debíamos haber tomado se ha caído por un puente.

El único que la descubrió fué el «detective», que en un momento de inspiración espació y aceleró su tictac, hasta dar a entender a su cómplice que le estaba hablando por el alfabeto Morse, explicándole a continuación por ese medio todo lo ocurrido y toda la verdad del asunto.

Un fenómeno de triple filo ocurrió en la esposa del adúltero al enterarse de la noticia. A un tiempo sentía la indignación contra Anais por haberse burlado de su marido y una gran piedad y simpatía hacia Colette, tan buena hermana, tan abnegada, y al tiempo se notaba inundada de profunda admiración por Froilán, hombre que hermanaba el amor conyugal y el afecto a la cuñada soltera.

Sin dudarlo más dió la vuelta a la casa y entró en la cocina; allí, sin responder a las preguntas que le dirigían los criados, vertió en un cubo agua caliente. Acto seguido hizo irrupción en la sala.

—Vengo a vengar a mi marido—dijo—. No puedo consentir que su apellido se empañe por la traición de una mala mujer. A mi marido no le ha engañado ni yo; así es que no puedo consentir que una siamesa del tres al cuarto se burle de él.

—Nosotras...—susurró Anais.

—Nada «de nosotras». Es usted sola la que tiene la culpa. De sobra conozco las virtudes morales de su prima, a quien saludo con respeto.

Colette saludó agradecida, y Froilán dijo con arrobamiento:

—¿Verdad que es un ángel?

—Sí, señor—respondió la del cubo—. Que Dios se la conserve muchos años.

—¡Qué bien!—se le escapó decir a Anais.

La ultrajada esposa se volvió, airada:

—¡Al desear larga vida me refería a su prima y no a usted, señora! ¡Me olvidaría que desciendo de los Dubois si no castigase su felonía!

—Pues olvídese, olvídese—insinuó Anais, con aquel su espíritu democrático.

Colette había acogido con entusiasmo el apellido de la ultrajada.

—¿De modo que desciende usted de los Dubois? Precisamente, tengo yo una amiga que también desciende de esa familia.

—No me extraña. Tengo entendido que actual-

mente somos doce millones de franceses los que llevamos el apellido.

—¡¡Qué padres!!—comentó admirativamente Froilán.

—Pues yo soy una Dupont—dijo Colette dejándose caer metafóricamente.

—¡Qué encanto encontrar una! Otros doce millones de franceses llevan su nombre—exclamó aquella mujer, tan fuerte en estadísticas.

Y luego, como corolario, añadió:

—Los otros doce millones que restan del censo del país son los Duval.

Después de un momento de animada conversación, la esposa del adúltero recordó a lo que venía, y rápidamente vertió el contenido del jarro entre las dos siamesas, con la confianza que le daba el convencimiento de que con agua caliente se despega hasta lo indespegable. En efecto: cuando las hubo empapado bien, no fué preciso más que un tironcito de cada lado para que por primera vez anduviesen cada cual en distinta dirección.

Lo primero que les ocurrió a las siamesas al sentirse libres fué el caer de bruces al ser despojadas del contrapeso de la otra. Otro fenómeno digno de anotar era el que por primera vez, al cabo de veinte años de vivir juntas, podían verse las caras. Puestas enfrente la una de la otra, se

observaron un momento y luego se abrazaron, diciéndose al oído:

—Encuentro que no te cae ese peinado.

—Ahora comienza el castigo—dijo la esposa cogiendo de un brazo a la pobre Anais—. Primero te llevaré al «cine» a ver una película española.

La desgraciada se echó a llorar.

Colette y su marido intervinieron en defensa de la muchacha, y a fuerza de recordar que era prima de una Dupont obtuvieron para ella el perdón de la vida, a condición de que se presentase aislada ante monsieur Jaques.

Se encaminaron, pues, a la ciudad, y tras un viaje sin cambiar palabra llegaron a la morada del adúltero.

—Suba usted sola—indicó la señora de la casa.

Anais la miró asombrada; pero ante la sonrisa invitadora emprendió la ascensión de la escalera, dejando a su enemiga en el portal.

Jaques estaba dando su clase de noruego cuando hizo su entrada Anais.

La abrazó, tomándola por Colette, y luego se le quedó mirando, diciéndole:

—Hoy te encuentro algo raro; no sé si es el peinado, o lo que es, pero hoy te encuentro algo raro.

—¿No será que vengo sola?

—¡Toma, pues es verdad!—exclamó Jaques, y le preguntó lo ocurrido.

Anais iba observando el cambio de expresión del adúltero mientras le iba relatando el suceso. Se iba dando perfecta cuenta de que aquella amputación lo había sido también para él, ya que, al privarle de la prima-unida, le habían despojado del aliciente que para su arraigada vocación de adúltero representaba el tener una persona a mano con quien engañar a la misma a quien se está jurando amor.

Cuando la joven hubo terminado su relato, monsieur Jaques había cambiado radicalmente. Seguía amable en su conversación; pero se notaba que era forzada su amabilidad. Hablaba con esa solicitud que emplean los monarcas para tratar de cosas que no les interesan, intentando dar la impresión contraria.

Anais comprendió la jugada de la esposa y se despidió para siempre de aquel hombre que veía el adulterio como el único fin del matrimonio.

XXVII

NUEVA ETAPA

Hasta aquel día en que las separaron, las siamesas habían considerado su estado físico como una desgracia, no porque les estorbase demasiado, ya que la costumbre había remediado la molestia, sino porque las gentes se lo hacían creer así continuamente con sus miradas compasivas y sus frases de conmiseración, propio de seres sin la noción exacta de lo que puede ser la vida en común. Sin embargo, a las pocas horas de estar separadas ya se echaban de menos la una a la otra. El tenerse que volver para ver las cosas que están detrás; el quedarse un momento sola, sin nadie con quien consultar un sentimiento; el no sentir ese calorcillo que siempre da una hermana unida, eran cosas que les faltaban. Eso en cuanto a impresiones personales, porque lo perdido socialmente era mucho más importante.

Por de pronto, la ruptura de Anais con el adúl-

tero; después, otra escena desagradable con Gustavo, que al verla separada le había dejado de ver la gracia que le encontraba antes, y se lo había manifestado con esta frase: «Lo que prefería de ti era la espalda». Anais, desolada, había regresado al hogar de su prima, donde se desarrollaron escenas curiosas.

Por de pronto, al ir a dar cuerda habían descubierto al «detective» disfrazado de reloj. Este, al verse en evidencia, no acertaba con la excusa, y menos mal que a última hora se le había ocurrido decir que estando paseando por los alrededores se había visto precisado a entrar en la casa y meterse en el reloj a causa de una terrible tormenta de granizo, con lo que Froilán se dió por satisfecho.

Froilán, sin acertar a explicárselo, había perdido el interés que antes sentía por su esposa. Probablemente le ocurría el mismo fenómeno que a Gustavo; pero también influía, sin duda, el que Colette hubiese perdido después de la operación la idea del equilibrio y estuviese continuamente cayéndose hacia adelante, al faltarle la sujeción de la prima. Ese desmoronarse renovado en sus brazos le daba un aspecto de mujer demasiado cariñosa y gachona, que le molestaba como hombre lejano de los trópicos.

Fué en medio de aquel ambiente desagradable

donde se encontró Anais al volver a aquella casa. Las dos primas se abrazaron desoladas en una mutua comprensión de su desgracia.

—¡Es preciso que nos compongan de nuevo! —dijeron a un tiempo—. ¡Aunque sólo sea por nuestros hijos!

Esa era otra de las cuestiones que complicaban el caso.

No se podía hacer diferencia alguna en aquel asunto, ya que toda la incubación de los pequeños la habían soportado igualmente las dos. Y si mucha era la abnegación de Colette al dedicarse a servirle de acompañante a su prima en la busca del marido, no había sido menor la de Anais durante el noviazgo de su prima y, sobre todo, cuando el viaje de novios, y después, cuando el embarazo. Era de ver con qué vergüenza se mareaba la soltera cuando a lo mejor estaba cortejándola algún muchacho y tenía que confesarle entre rubores la causa de su malestar; más de uno había desistido de la conquista.

Las dos primas, tras un breve conciliábulo, se fueron a la cocina, donde se pusieron a hacer engrudo.

* * *

Clorato ya conocía todo París, gracias a Odette. Sabía en qué «cine» de barrio dan las películas interesantes de vanguardia; en qué teatros se podía ver teatro, en la buena acepción de la palabra. Había aprendido a desconfiar de los anuncios de teatros galantes, tristones y sucios, y también sabía descubrir tras de los títulos de las obras cuáles eran esas en que se exalta la patriotería más nefandamente nacionalista, a que son tan aficionados los franceses.

Clorato había oído cantar la Marsellesa a las personas más distintas: a un guardia, a un caballero con barbita, a un matrimonio burgués, a un sacerdote de esos que, a fuerza de bromas de mal gusto y de hablar en «argot», hacían a los soldados la vida imposible en las trincheras cuando la guerra. El maravilloso himno sonaba allí tan legalmente, tan sin ese sabor sedicioso que tiene fuera de Francia, que a Clorato no le gustaba, y sólo veía esa fachada grotesca que ve el buen humorista en toda marcha guerrera.

Clorato sacó en consecuencia que en Francia es en el único país donde no se oye con agrado la Marsellesa.

Pero lo único que le interesaba en aquellos días era todo lo concerniente a Odette; estaba ya tan enamorado, que se le había quitado ese apremio

primero por poseerla. Odette continuaba siempre tan equilibrada, parecía acabar de lavarse con agua fresca y tenía la respuesta fácil, rápida y certera del primero de la clase. Eso era lo que más preocupaba a Clorato, pues veía en ese equilibrio intelectual una prueba evidente de que no había prendido en ella el amor con su aparejada torpeza y abochornamiento.

Estaban a todas horas juntos; les gustaba arremeter, bien unidos, la jornada; cuando por la mañana se reunían en el vestíbulo del hotel se decían:

—Veamos qué sorpresas nos depara el día de hoy; cuántas reacciones de risa, cuántos momentos de tristeza, cuántas imágenes felices, de esas que le dejan a uno el resto de las horas con la conciencia de haber cumplido con su deber.

Salían a la calle con sus sentidos en tensión, decididos a no perder ni un matiz de todo lo que ocurriese a su alcance.

A veces inventaban un juego al que poder dedicarse mientras caminaban, y que era más bien el elegirse un tema de conversación.

El juego consistía en endosarse, como si fuera un abrigo, el espíritu de algún escritor conocido y ver la ciudad desde el mismo punto de vista que la hubiera visto el invocado, reaccionando con las mismas ideas y las mismas palabras que aquél hu-

biera tenido. Tenía mucho de crítica literaria, y precisaba para no aburrirse la gran vocación intelectual que tenía Odette, como buena francesa. Clorato se divertía en ese juego, porque era el de Odette; hubiera sentido el mismo entusiasmo si ella le hubiera propuesto jugar a «la rana» o a ese distinguido juego llamado «la raposa».

—Hoy vamos a ver París como lo ve Morand —decían. Y en seguida emprendían una marcha vertiginosa, fijándose en todas las cosas y tirando de la cinta que todas tienen, y que al tirar descubre su imagen definitiva. Otras veces se endosaban el punto de vista de Proust; pero al poco tiempo tenían que dejarlo porque se detenían en una esquina y no llegaban a los sitios.

A los pocos partidos abandonaron ese deporte al advertir su terrible puerilidad.

Entonces se limitaron a recorrer la ciudad, del brazo, hablando de ellos mismos. A los pocos días de esa práctica fué cuando Odette desapareció del hotel, sin dejar más rastro que unas líneas a Clorato pidiéndole perdón.

* * *

Clorato se sintió anonadado por la partida; al mismo tiempo se daba cuenta de que Odette, al huir de él, confesaba su amor, y esto compensaba

en gran manera el abandono en que se veía. Pero, aunque en su interior estuviese convencido por sus razonamientos, en su vida de relación no podía negar el desconcierto en que había quedado. Acostumbrado a la compañía de aquella mujer, la echaba de menos en todo momento. Su nostalgia se hermanó con la de Gustavo, que, a pesar de no haberse llegado a interesar por la siamesa, estaba en el momento de desorientación en que se queda después de la ruptura con la persona que ha llenado nuestras horas habitualmente.

Adolfo fué el que se impuso la tarea de restituir la felicidad a sus compañeros.

—Hagamos un punto y aparte en nuestras correrías. Demos por terminada nuestra primera salida y emprendamos una nueva—había dicho.

Gustavo acogió la idea con alegría; Clorato, porque no encontraba otra mejor, mas dándose cuenta de que la figura de Odette no pasaría en balde por su existencia y con la esperanza de volverla a encontrar y retenerla para siempre.

En el mismo día quedó convenido que saldrían todos para Montecarlo.

Edelvina fué la que más se alegró. «Huyamos de las grandes capitales, donde una señorita educada a la antigua no se siente a gusto, a causa de la mucha inmoralidad que hay». Eso fué lo que

dijo al saber el plan, y la anciana madre corroboró su opinión, con ese gesto hosco de las beatas ante un cuarto de baño.

La joven cursi, desde que había pasado a mejor vida en brazos de Adolfo, no se separaba de él: «Espero que un día me digas que nos vamos a casar»—le decía—. Pero Adolfo había encontrado la fórmula que sabía ser del agrado de las señoritas cursis de las novelas blancas: «Nos casaremos cuando termine la carrera de ingeniero». Y al prometerle eso no arriesgaba nada, ya que nunca había pensado en emprender esa carrera.

Edelvina, satisfecha, se ponía a hacer planes de vida de casada. «Mamá vivirá con nosotros, ¿verdad?» Adolfo respondía sonriente: «Sí; sobre todo contigo». Pero como al mismo tiempo era hombre de grandes escrúpulos, la animaba de continuo para que no desdeñase otra ocasión: «Tú, si te sale un pretendiente, no le vayas a decir que no. Ya sabes que no soy celoso, y si la cosa cuaja y te casas, mejor.

Y Edelvina sonreía creyendo que hablaba en broma.

* * *

Viajaban en el mismo tren que una colección de gente rara. Una caravana de personas que indu-

dablemente iban juntas, pero que, sin embargo, presentaban tan distintas cataduras, que parecían venir de las partes más remotas del globo o de Inglaterra. Clorato y Gustavo se informaron de quiénes eran:

—Pertenecemos a la famosa Agencia «La Atracción de Forasteros», que se dedica a surtir los balnearios y las costas de colores, de gentes capaces de ser un reclamo vivo por sus diferentes características. En verano nos llevan a Deauville, a Biarritz, a Ostende; en invierno a Suiza y en primavera a Venecia y la Costa Azul.

Clorato y Gustavo se fijaron más detenidamente en los viajeros, y señalaron al azar a un joven moreno preguntando su filiación.

El amigo que les había salido les explicó: «Ese muchacho no viene ahora a Montecarlo, le toca ir a Venecia: es el que hace de gondolero que canta al pie de los hoteles donde viven los americanos; tiene la especialidad de cantar barcarolas en inglés, lo cual lo pone fuera de la competencia que le podían hacer los del país, que, por otra parte, están completamente afónicos a causa de la humedad y del fascismo.

Aquel hombre les siguió aclarando la personalidad de cada cual.

XXVIII

PARÍS-LYON-MEDITERRÁNEO

Los viajeros comenzaban a desperezarse. Los meridionales sostenían conversaciones a voz en cuello y grandes carcajadas en las estaciones. Como era de esperar, la cursi de Edelvina se despertó en Arlés. Se asomó a la ventanilla, deleitada de tener ante su mirada el auténtico paisaje donde ocurrían las zarzuelas de costumbres provenzales, que constituían para ella lo más encantador del teatro.

—Miren ustedes—decía, despertando a los viajeros—; se están perdiendo el conocer la región donde los habitantes cantan mejor a coro.

Y, pegado su rostro al cristal, vió desfilar aquel país, que tenía la calidad de un mal telón de foro, sintiéndose con la misma inspiración—almas gemelas—que los autores de zarzuelas de costumbres provenzales.

Aquel trozo cursi del mapa sólo duró hasta Marsella, en donde el ambiente de la Cannebière lavó del tren el mal recuerdo.

La estación de Marsella es una de esas estaciones traidoras sin más que una salida, en la que hay que poner la máquina en la otra punta del tren, destruyendo así los cálculos y la anticipación con que llegó al punto de partida el señor que se marea al ir sentado de espaldas a la máquina. Salieron de Marsella al revés, y tenían que apelar a todo su optimismo para convencerse de que no les hacían volver hacia atrás.

Al salir de Tolón se notaba cómo la Provenza ya no era tan de teatro lírico; el cosmopolitismo de la Costa Azul compensaba todos los coros. Los campos de «golf» sustituían ventajosamente los setos floridos y los montones de heno, detrás de los cuales es donde están las más largas y alevosas romanzas.

Desde San Rafael, el tren tomaba íntimo contacto con el mar, y ya corría a su lado, acercándose mucho a veces y retirándose cuando venía una ola que le podía mojar los pies. La máquina daba resoplidos de la alegría que le producía el mar; a veces pitaba sin más motivo que esa felicidad de niño que se ha quitado los zapatos y va hacia la ola; y en cada recodo desdoblaba una

hoja más de aquella vista panorámica de la Costa Azul.

El Mediterráneo estaba tan sereno y tan manso, que parecía haber naufragado en él un cargamento de aspirina.

Al llegar al mar, todos los viajeros habían salido al pasillo a contemplarlo, apoyados en los ventanales, a cambio de tener que hacer quiebros de torero a cada persona que cruzase el vagón. La Sociedad «La Atracción de Forasteros» comenzaba a dejar a sus empleados diseminados en todas aquellas estaciones. El amigo de Clorato le iba explicando la misión encargada a cada cual:

—En los pueblos pequeños, lo que más se suele pedir es señores vestidos de hilo y sin nada a la cabeza, para que hagan propaganda del clima templado, exhibiéndose al paso de los trenes por la estación. Aunque van muy abrigados por dentro, se nos suelen morir algunos de pulmonía. También dejamos dos o tres señoras vestidas de inglesa.

Aquella Sociedad tenía en cuenta hasta las más pequeñas aspiraciones del turista. Llevaban, por ejemplo, esos señores y esas damas que se suben en los coches de alquiler de Niza y que luego pagan a la vista del público, con la sonrisa en los labios, para hacer creer a las gentes sencillas que

no es un robo la carrera. Tenían varios millonarios americanos, que de continuo repartían cheques fabulosos, incobrables luego, pero que halagaban la mentalidad de los honrados comerciantes de Lyón o de Burdeos, venidos en vacaciones, al darse cuenta de que alternaban con los reyes de la finanza.

Pero las grandes atracciones las guardaban para Montecarlo, que es donde se subvenciona mejor a esas Agencias. Ese año llevaban dos príncipes rusos que en Junio habían de divorciarse, una reina escandinava que asistiría a todas partes y la señora supersticiosa que pide un botón a todo el que gana arriba de treinta francos. Esa señora era la dueña de una importante mercería del país.

Lo mejor era el suicida Nicolás; se trataba de un caballero descubierto por la Agencia en el momento en que iba a poner fin a su vida empujado por la fatalidad. La desgracia se había cebado con aquel señor desde la cuna, haciéndole llegar tarde a todos los actos más importantes de su existencia. Por de pronto, se había retrasado al nacer y había cedido el paso a su hermano gemelo, haciendo que la felicidad que le esperaba al pie del lecho se confundiese y colmase de dones al otro, desdeñándole a él. Su madre había sido una gran artista, primer premio de arpa en Nancy; a los

quince años había entrado a formar parte de una gran orquesta sinfónica de París. Su trabajo era sencillo, como el de todas sus compañeras de instrumento: consistía en medir el tiempo de cada pieza para saber a qué hora fija ha de ser la única intervención de la señorita del arpa.

Sabía, por ejemplo, que cuando se ejecutaba por la tarde *L'après midi d'un faune,* ella tenía que tirar dos veces de la quinta cuerda a las seis y diez y siete en punto, y luego ya se podía marchar a sus quehaceres. Llevaba, pues, apuntadas en un cuadernillo las horas exactas de sus intervenciones en todo el repertorio de aquella orquesta.

Un día se confundió, porque a última hora cambiaron el programa, y tiró de las tres cuerdas más sonoras en mitad de un solo de contrabajo, destrozando los huesecitos del oído a todos los melómanos del público; la expulsaron, y, no pudiendo sobrevivir a su desgracia, se entregó al joven que tocaba el triángulo a su lado, que también intervenía en los conciertos sólo cuando había que imitar el reloj, y al poco tiempo vió la luz del día el suicida de Nicolás.

Era tan completa su serie de desgracias, que no dejaron un claro de tranquilidad en su existencia. Ultimamente se había hecho aviador, con ánimo de atravesar el Atlántico, y no sólo se le habían ade-

lantado, sino que, obligado a formar en la cola de los empeñados en hacer el viaje, había llegado al despacho cuando habían suspendido los permisos a causa de la aglomeración de aeronaves en la ruta. Aquel desgraciado, que había comprado marcos en Alemania durante la guerra y acciones de autobuses en España después, cuando se vió arruinado, pensó en quitarse la vida para fastidiar a la Providencia quitándole su juguete.

En ésas estaba cuando lo encontró la Agencia, que, a cambio de aplazar el suicidio y realizarlo en las puertas de una sala de juego, ofreció costearle una «colilla» de vida a cuerpo de rey. Por esa afición que tenemos a hacer las diez de últimas, el suicida Nicolás aceptó el trato, y llevaba una temporada sin más preocupación que darse todos los gustos y gastar como un príncipe de hace veinte años.

El tren dió su pitido final al llegar a Montecarlo, porque lo restante no le interesaba tanto, fastidiado de hallar en Vintimille fascistas. Y Clorato y sus amigos se metieron en el automóvil del mejor hotel.

Lo primero que había visto Edelvina de Montecarlo, era el quiosco de la música que hay frente al Casino.

—Allí es donde me pasearé yo del braoz de

otras señoritas de mi condición. Daremos vueltas mientras toca la banda militar—dijo con aquel instinto de cursi rematada.

Tenía la ciudad los restos del Carnaval; de los árboles de los paseos colgaban cabos de serpentinas descoloridas, y en el césped asomaban las florecillas de los últimos «confettis». Aquella anticipación a la primavera, que hacía equivocarse a los insectos, que buscaban la corola del «confetti», tenía la melancolía del día siguiente a la fiesta, y por eso la gente se asomaba a la irrealidad del mar, sabiendo que por allí iba a llegar el bergantín de la auténtica primavera, a cuya vista florece la costa y el Municipio ya puede quitar de los paseos las flores de trapo que dieron el pego a los ingleses durante la invernada.

Clorato se sentía, si no aliviado del abandono de Odette, al menos distraído por todos los acontecimientos nuevos que iba atravesando. La observación de Edelvina y su mamá era algo que alejaba de su mente las ideas tristes, aunque la ridiculez de aquella pareja era tanta, que si se manifestaban habiendo alguien delante sentía tanta vergüenza como si el que quedase en ridículo fuese él.

Lo primero que intentó hacer la mamá de Edelvina fué fraternizar con los demás huéspedes del establecimiento; pero siempre fué a dar con los

ingleses, que tienen, entre otras pocas virtudes, la de saber vivir aislados en medio de una multitud, y que, por lo tanto, se limitaban a saludar ceremoniosamente a la señora, sin contestarle a sus preguntas y marchándose para evitar otras nuevas.

Había mucho inglés en aquel Palace, y con ello se ganaba el que hubiera silencio en el comedor durante el almuerzo, si bien desentonaban terriblemente las conversaciones en alta voz de la madre y de la hija, que además, después de cada frase, volvían la vista para ver si alguien les hacía un gesto de inteligencia demostrando estar de acuerdo con lo dicho.

Se notaba en la Riviera cómo cambia la moral con los climas; todas las inglesas, al sentirse en aquella Francia meridional y cosmopolita, habían ensanchado en tres dedos su escote, y ello se les adivinaba con sólo observar la raya con que el sol había fijado el límite anterior consentido por el puritanismo anglosajón.

Clorato, que conocía a los ingleses y que sabía cuán imprescindible es para ellos el formulismo de la presentación, había requerido al conserje de la puerta con ese objeto, y así había llegado a tratar a esos seres que cuando se les habla dan la sensación de estar enterados de las cosas, y que luego, a veces, resulta que sí que las entienden.

—Vámonos al Casino—dijeron con la alegría de lanzarse a la aventura.

Y los tres amigos, Edelvina y su mamá se encaminaron a él, pensando ya en lo que hacer con las fortunas que iban a ganar.

XXIX

HACIA EL FINAL

El giro de la ruleta hacía girar todo el Casino; a todo el mundo le daba vueltas la imaginación a fuerza de estar contagiado, y lo mismo pensaba en una cosa que en otra. De eso se valían los banqueros para atrapar al punto, ya que sabían cómo, a pesar de estar decididos a no jugar, acabarían cediendo cuando su mente en giro tocase el registro de la tentación.

Esa última indecisión de la bolita, que, ya sin fuerzas, no se resuelve en hallar un encaje bastante cómodo y elegir el ataúd en donde dar fin a su temblor; ese mariposeo de la bolita también se contagiaba a los jugadores, que corrían su puesta de un número a otro, en un zigzás de cartero.

El espacio de los salones se llenaba de números voceados. «¡El tres, encarnado!» «¡El cuatro, negro!» Los «croupiers», en continua rectificación, lanzaban el número y el color a sugerir cascadas

de asociaciones de ideas entre la gente que allí había. Los salones rebosaban de números, y eran ya tantos, que la gente tenía la cabeza como al salir de un circo donde se han visto los saltos mortales matemáticos del que adivina los más difíciles problemas de esa índole. El rojo y negro les llenaban la retina de unas combinaciones de colores, todas de muy mal gusto.

Las gentes se amontonaban alrededor de las mesas como en las calles ante un caballo caído, cuando aún los había, y tenían exactamente las mismas expresiones de ansiedad con que las han descrito todos los novelistas del mundo. Al primero que vió Clorato fué al suicida Nicolás, que, cumpliendo con su deber, se jugaba el dinero para perderlo y suicidarse después.

Primero, los recién llegados se pasearon por los salones. Edelvina y su mamá lo encontraban todo suntuoso y se sonreían al pasar por los espejos, satisfaciendo así sus ansias sociales, que las impulsaban a conocer gente a todas horas. Durante su visita se sentían llamados por el vocear de los «croupiers», y a cada instante parecía que al fin iban a arrimarse a uno de aquellos hipódromos; pero eso sólo sucedió al final, cuando hubieron calmado la curiosidad de conocer el Casino y convencerse de que tenía límites.

A primera hora, cuando el «croupier» daba a las gentes la ventaja de jugar sin el cero, era cuando el Casino se llenaba de señores mayores y de viejas estantiguas, con un «block» lleno de números y un lápiz infatigable, destinado a inmortalizar la jornada tornadiza de la bolita. Luego, cuando caía la tarde, y sobre todo por la noche, es cuando el juego adquiría mayor violencia, pues era cuando expiraba el plazo que cada cual se había puesto para hacerse rico.

En ese momento los jugadores ponían sobre la mesa todo lo que, aun remotamente, tuviese visos de pertenecerles. La vida de cada cual se estiraba y encogía según variaba su fortuna. Había quien jugaba para pagar la cuenta del hotel, y conforme iba ganando, pretendía llegar a reunir bastante dinero para comprarlo.

Adolfo y Gustavo no se lanzaban, como Clorato, hacia las grandes resoluciones; éste jugaba a los plenos, exponiendo cada vez el todo por el todo; en cambio, ellos habían escogido una de esas combinaciones que tiene la ruleta que, a cambio de ganar poco, la mitad de la puesta, tiene uno la seguridad de no perder, pudiendo protestar en caso contrario a la Dirección del establecimiento.

Aquella noche la gente estaba dispuesta a ju-

gárselo todo; los puntos ponían los billetes sobre el tapete sin frotarlos antes con dos dedos, para asegurarse de que sólo iba uno, con el gesto de llamar a un gato. Edelvina y su mamá contemplaban la partida en pie, contrastando su seriedad, su equilibrio, con la apasionada actitud de los jugadores.

—Y ustedes, ¿no apuestan nada?—les habían preguntado ya varias veces.

Y ellas habían respondido negativamente, sonriendo con los labios hacia dentro, como cuando se cree estar en posesión de la verdad suprema.

Las dos, con su apartamiento y su seriedad, eran como un reproche a lo que allí estaba ocurriendo; parecían una pareja de esas señoras de yeso que encima de las grandes puertas de las exposiciones regionales representan la Agricultura o la Industria, y que otras veces, campeando sobre edificios públicos, son la Justicia o la Música; representaciones, en fin, debidas al arte más severas que ha encontrado la Humanidad hasta la fecha. Aquella noche todos vieron en la madre y en la hija la representación palpable de la Moral y su prima.

—Ustedes, ¿de qué puerta se han bajado?—les preguntó un «croupier».

Y los puntos volvieron la cabeza hacia ellas.

—Si llevasen el busto a la intemperie y una balanza en la mano, se trataría de la Justicia —dijo uno cualquiera.

Como sonasen algunas risas, la mamá de Edelvina buscó en su archivo mental los lugares comunes que se emplean para condenar el vicio del juego. Pero no los encontraba al pronto, tal vez por no haber repasado lo concerniente a ese tema. Ella recordaba al dedillo los que se emplean a todas horas; sabía que cuando se le preguntaba por qué no se había cortado el pelo su hija, le correspondía contestar: «Porque mi hija sabe el respeto que se debe una mujer a sí misma». O también: «Si yo viera a mi abuela con el pelo cortado, lloraría de vergüenza». Lo cual, a pesar de su incongruencia, lograba el cabeceo de afirmación de las gentes de orden de su provincia. Cuando le preguntaban su opinión sobre los bailes modernos, respondía que nunca se avendría a bailar los mismos bailes que los negros.

Los puntos, al ver que la señora no acertaba con la respuesta, insistieron en sus pretensiones:

—Ustedes debían jugar algo. Juéguese ese sombrero, anciana madre.

Todos decían lo suyo, encaminado a lograr que la pareja perdiera su serenidad y se lanzase al azar. Y poco a poco conseguían inclinar el espí-

ritu de la madre y de la hija hacia el jugarse algo. Hubo un momento en que la señora dijo:

—¡Si además no traigo nada que arriesgar!

Aquello equivalía a la decisión tomada, y la gente redobló sus invitaciones.

—Que juegue su hija. Como es tan inocente, ganará, de seguro.

Y la madre, al oir lo de la inocencia de Edelvina, sintió tal gratitud hacia aquellos señores, que contestó:

—Mi hija intervendría en la partida de buen grado; pero ella no tiene dinero; sólo posee la flor de su inocencia.

—¡Que se la juegue!—gritaron todos.

Tanto ruido armaron, que Edelvina miró a su madre, que consintió con una sonrisa.

Edelvina, poniendo un dedo sobre el tres encarnado, gritó: «¡Juego!», al tiempo que la ruleta emprendía su vuelta, dirigiéndose en sentido contrario a los cangilones; al llegar a ellos dió un doble salto mortal, que no se le notó por su redondez, y se arropó en la casilla del tres encarnado.

A la ovación siguió el pasmo; nadie había pensado que la muchacha pudiera ganar. Los «croupiers» miraban ansiosamente a todas partes, esperando encontrar las treinta y cinco flores de

inocencia que correspondía pagar a Edelvina. Las señoras, se disimulaban modestamente para evitar preguntas indiscretas; algunas se escondían tras las cortinas. Hubo que llamar al director.

—No veo más solución--dijo éste—que acudir al colegio de señoritas de la población.

Enviaron emisarios, pero éstos volvieron al poco rato desconsolados; allí no quedaban más que cuatro flores de inocencia, y sobre la cuarta había sus dudas.

Siguieron las pesquisas; el director quería pagar, por el prestigio del Casino. Edelvina no quería renunciar al premio porque sabía que ello le daría, para el resto de su vida, esa tranquilidad del automovilista que lleva cuatro ruedas de repuesto.

A los seis días no se había encontrado en todo el país más que siete flores de inocencia, mustias y tristonas.

Se pensó en recurrir a la «Asociación de niñas Nonnatas» de Norteamérica, pero no pudo llevarse a cabo tampoco esto por la comprensible prudencia anglosajona.

Entonces hubo que abonar a Edelvina su equivalente en metálico: 35 francos.

* * *

Mientras tanto, lo grave estaba ocurriendo en la mesa donde el suicida Nicolás se disponía a perder todo el dinero que le había entregado la Dirección del Casino con ese fin.

Algo extraño pasaba; pero lo cierto es que al suicida Nicolás le resultaba imposible perder. Cantidad que jugaba, cantidad que se multiplicaba hasta el límite. Todos los que conocían el secreto estaban preocupados; pero, al mismo tiempo, no se podía decir que había trampa, ya que, de haber alguna, la hubiera empleado el mismo inventor de la ruleta.

El suicida Nicolás insistía en perder. Trataba de coger desprevenida la bolita, y colocaba su puesta, a última hora, en el número que parecía más alejado de ella; pero por un milagro el número venía a empalmarla, y ello producía el fafabuloso aumento del capital del suicida.

Con la fortuna comenzaba a perder Nicolás las ganas de quitarse la vida. El dinero le abría las ventanas de un paisaje en el que él había de figurar en primer término.

Cuando hubo reunido una de esas cantidades que a las personas vanas y mayores les hace variar de opinión política, se dirigió a la Dirección a consultar su caso.

—Señores—dijo—, vengo a rescindir el contra-

to; ya no soy el suicida Nicolás, sino un nuevo rico. Lo primero que hago es devolver a la Dirección el dinero que me prestó y que no he conseguido perder. Con el resto comenzaré una vida de millonario.

El director del Casino no tuvo otro remedio que aceptar silenciosamente la restitución; pero el que alzó la voz a la lámpara del techo fué el jefe de «La Atracción del Forastero», que protestó del incumplimiento de contrato.

—Usted ha quedado en suicidarse, y o lo hace o va a la cárcel. Le ha quitado usted el puesto a personas que venían muy recomendadas, entre ellas un hermano mío, y no tiene usted derecho a eludir el compromiso.

Era de tal intransigencia la actitud de aquel señor, que el suicida Nicolás fué conducido a la cárcel de Montecarlo hasta que se aclarase el asunto.

La cárcel de Montecarlo no tiene el aspecto de hostilidad y tristeza que las del resto del Universo. Como allí los únicos delincuentes que ingresan son presos por cuestiones de juego, la cárcel tiene también un alegre aspecto. Por de pronto, no tiene rejas en las ventanas, y éstas, lejos de dar a un patio, se abren a una gran avenida que bordea el mar. Además, no hay centinelas que den idea de hostilidad.

El suicida Nicolás se encontró muy a gusto en su celda, pues en ella estaba previsto todo, desde un lápiz colgado a la pared para que los detenidos pudiesen dibujar en ella, hasta un cuaderno en blanco en cuya tapa se leía «Memorias de un preso», y que demostraba cuán profundo era el conocimiento de su misión que poseía el director del Establecimiento.

Como hacía calor, Nicolás abrió la ventana antes de acostarse y se estuvo un largo rato contemplando el mar. Después se metió en la cama y apretó los ojos para dormirse; pero de nuevo se incorporó al oir que llamaban a la puerta.

—¡Adelante!—gritó.

Una voz respetuosa dijo mientras se entreabría la puerta:

—Señor, es el ratón necesario para dar carácter.

Y al mismo tiempo soltaba en el suelo al minúsculo animal, que comenzó a recorrer la celda dando vueltas hasta que, tropezando con una rendija, se volcó, expirando el resto de su cuerda en un estertor de fabricación alemana.

XXX

ODETTE

Odette había huído de Clorato al darse cuenta de su amor por él. Con la suspicacia de la mujer, se había planteado a sí misma el problema de aquel amor, que podía tener dos dimensiones: una, el que estuviese realmente enamorada y se tratase de una pasión violenta, inquebrantable y capaz de todos los excesos, y otra, el que sólo fuera un enamoramiento producto de una serie de impresiones pasajeras, una pasión de fin de verano de esas que se disipan con el frío de la ciudad.

Para aclarar el asunto, Odette se había marchado. Los primeros días sufrió por no ver a Clorato; mas creyó tratarse de la primera impresión, y persistió en su apartamiento. Viajaba observándose a sí misma, tratando de descubrir su íntimo sentir; no dejaba pasar ninguna ocasión de mezclarse en algo que ofreciese atractivo, para ver si ello le borraba la imagen de Clorato y le mostraba

la falsedad de su pasión. Pero en todos los momentos lo recordaba. Ante lo hermoso o lo divertido, le hubiera gustado tenerlo a su lado, y poco a poco se iba convenciendo de la legitimidad de su sentimiento.

Mas no quería volver a él, ya vencida, antes de expirar un plazo que ella misma se había puesto. Y Odette fué esa linda viajera de ojos perdidos que a veces vimos un minuto en una estación y que nos llenó de amor para siempre.

Su padre no se había enterado de su marcha, porque con el doctor había descubierto el ajedrez y emprendido una partida que ya los tendrá para siempre apartados de esta narración. Y ella, sola, en libertad, realizó su último viaje de soltera, ensayando todos los resortes de su seducción infinita, estudiando el efecto que producían sus gestos, sus miradas, en los hombres que la veían.

Sabía hasta qué punto resultaba encantador el ademán de estirarse una media, o con los trajes de noche el subirse al hombro las tres cintas que hacían pensar a los hombres en cuál de ellas habría que tirar para sacar su corazón.

Odette se sentía toda llena de gracia; notaba el temple de su cuerpo joven bajo los trajes, y era feliz haciéndose admirar como mujer por todos los desconocidos que encontraba en sus viajes. Al

sentarse, cruzaba sus piernas, y el brillo de sus medias seis reflejos era ya el faro de todos los que la veían.

Al poco tiempo se dió cuenta de que su pasión por Clorato era algo perfectamente auténtico, y, una vez decidida a corresponderle, prosiguió aquella despedida de soltera con mayor alegría. Se encargó los trajes más etéreos que presentaban los grandes modistos y les hizo rasgar los escotes hasta lo imposible, feliz de hacer valer su cuerpo como se merecía. Los dueños de los hoteles, colocaban a su llegada en los salones los sofás más hondos, para que cuando se sentase apareciesen sus deliciosas rodillas, en donde la luz se quebraba en todos los tonos del «beige». Y ella se prestaba a esos juegos llena de seguridad en sí misma, consciente de librarse a ellos por última vez.

Odette iba así hacia Clorato, exprimiendo poco a poco el zumo de su mocedad, para luego no echar nada de menos.

Como la lady Hamilton de Ortega y Gasset, tenía mucho de corza en su ligera huída, y provocaba pasiones, como aquélla, en los hombres de más diferentes contexturas psicológicas; pero no sólo por lo que tenía de corza, indudablemente tan grato, sino porque a causa de su ligereza, de su irrealidad—en definitiva, a causa de su corcis-

mo—, los hombres le prestaban las cualidades que ellos consideraban ideales para la mujer que los enamorase; los hombres más distintos se prolongaban en ella, amándola, sin darse cuenta, por lo que tenía de ellos mismos.

Mas cuando la presión de los enamorados se hacía más apremiante, aquella corza de Marie Laurencin partía en un galope de gasas y desaparecía del horizonte.

Quedaba, pues, por resolver si solamente había en ella la corza o si existía algo detrás a lo cual no llegaban sus enamorados.

XXXI

FINAL

Cuando la hija del sacerdote llegó al hotel en Montecarlo, estaba plenamente decidida a casarse con Clorato. No le importaba hacerle ese mal tercio porque sentía el optimismo del amor; tenía fe en su felicidad conyugal. ¡Con aquellas piernas! Lo que más le preocupaba era cómo se resolvería el final; si al modo cinematográfico, si al teatral. A Odette le molestaba el tópico.

Para un final de teatro—decía—, hace falta un diálogo.

Y en seguida improvisaba éste.

ESCENA ÚLTIMA

Odette entra por la derecha del actor. La decoración es un jardín; hay un banco y en el fondo un lago; encima del lago un redondel blanco: es la luna. Clorato entra por la izquierda.

CLORATO

(*Paseándose y sin ver a Odette, cosa que parece imposible.*)

—Estoy realmente preocupado; ¡estos tirantes!

ODETTE

Veo que no piensa en otra. (*Esto aunque lo dice en voz alta, no lo oye Clorato.*)

CLORATO

Estoy harto de estar ahí dentro. Luego Edelvina me crispa; le han presentado al Príncipe de Mónaco y ya está organizando una función de aficionados. Representarán *La corte de Napoleón.*

ODETTE

Aún no sabe que Edelvina ha concertado su boda con el suicida Nicolás.

CLORATO

Lo que yo sospecho es que esa chica acabará casándose con el suicida Nicolás.

ODETTE

No sabe que luego de la ceremonia ha prometido cantar el *¡Oh Mary!*

CLORATO

De regalo de boda debían nombrarla Reina de los Juegos Florales de cualquier sitio.

Yo siempre dije que esa chica era capaz de cantar *¡Oh Mary!*

ODETTE

Clorato.

CLORATO

Odette.

(Se miran un instante y luego se abrazan.)

CLORATO

Por fin.

ODETTE

Por fin.

CLORATO

En la vida todo llega.

ODETTE

En la vida todo llega.

CLORATO

Juntos para siempre.

ODETTE

Juntos para siempre.

(Beso final.)

A Odette no le gustaba un final teatral. Las obras de teatro sólo tienen bueno el primer acto. Así es que pensó en el cine.

Pero en el cine le hubiera gustado intervenir a última hora, durante la proyección. Aparecer en la pantalla sin que nadie hubiera contado con ella, y abrazarse al protagonista, que, naturalmente, sería Clorato. Pero también descartaba esa idea; como a todas las mujeres, a pesar de su inteligencia, le molestaba, le ofendía lo absurdo. Entonces decidió encontrarse con Clorato a la manera y en el lugar que dictare la suerte.

Para pensar con serenidad en las cosas se metió en el baño. Allí las ideas, entusiasmadas y nadadoras, abrían todos los caminos a su imaginación.

Suavemente tendida, en la calidez del agua, dejaba vagar su mente en las direcciones más diversas. Ello hacía que se le presentase un mosaico de ideas, que eran las únicas que le hacían sentir el estar con vida. Su cuerpo, hundido en la temperatura deliciosa, se callaba, como muerto de gusto.

—¿Quién ha dicho que los ingleses son mariposas de madera? ¿Quién ha dicho que algunas mujeres tienen los dos brazos izquierdos?

De pronto, se ponía a pensar en Clorato, para pasar a hacerse amargas reflexiones sobre lo feos que son los pies.

Anestesiado el cuerpo, se ponía a buscar imágenes, y las mejores, las que más puramente conseguía alcanzar, se le escapaban al hacer el esfuerzo físico de intentar fijarlas. Sin embargo, algunas se dejaban cazar, las que tenían alguna virtud humorística. Véanse algunos ejemplos:

—Aquella mujer era tan delgada, que en vez de carne lo que tenía era pescado.

—Las monjas son criadas venidas a menos.

—Los angelitos son chicos de la calle en cueros, que van tocando la trompeta por los techos.

—Se llamaba León, como el rey de las selvas, o como los criados franceses que no se llaman Alphonse.

—Aquella mujer tenía, como los héroes de Wagner, un punto vulnerable; los senos.

—¡Esas armaduras de pantalla que llevan los santos, sujetas a la nuca!

—Aquella mujer, era como la electricidad; desconocida, pero de la cual se puede uno aprovechar.

Odette, a veces interrumpía su imaginación y se reía con sus encuentros más afortunados, y luego seguía, pues ello la llenaba de alegría. Pero cuando iba a continuar su pesca, oyó una voz que cantaba en el cuarto vecino. Se tapó instintivamente con la esponja, para inmediatamente son-

reirse de su temor. A continuación procuró distraerse, diciéndose:

—En todas partes del mundo gritan por la noche los nombres de las estaciones en ruso; menos en Rusia, que los gritan en portugués.

Pero ya era tarde. Su imaginación se marchaba al otro cuarto, imperiosamente atraída por el chorro del baño, suelto con rabia.

El cantor, interrumpió su canción al meterse en el agua, para recomenzarla en seguida. Era una canción sin el menor relieve, lenta y amorfa. Se veía que estaba hecha para cantarla mal.

Odette, de pronto, reconoció la voz.

—¡Clorato!—gritó.

El cantor enmudeció.

—¡Clorato!—volvió a gritar Odette.

Aquello se iba pareciendo mucho al final teatral, porque Clorato dijo con un grito delirante:

—¡Odette!

Se le oyó levantarse del baño chorreando y venir a llamar a la puertecilla de comunicación:

—¡Odette! ¡Odette! ¡Abre pronto!

Odette, reflexionó, sin moverse; luego tuvo una sonrisa, después quitó el tapón de la bañera. Se incorporó para alcanzar la barrita de carmín, se hizo una boca y luego se arregló el peinado. Vol-

vió a reflexionar, y pausadamente, sin salir de la bañera, descorrió con un pie el cerrojo de la puertecita; Clorato entró como un loco.

El baño, en su agonía, lanzaba apresurado el tirabuzón de su último suspiro.

FIN DE LA PRIMERA PARTE

(Un minuto de descanso para preparar la segunda.)

SEGUNDA PARTE

I

CAMBIO DE VIDA

Era una vida tan feliz y tan tranquila la que llevaba Clorato con Odette, que al cabo de unos meses no podía aguantar la desazón interior, el impulso interno que le empujaba hacia nuevos horizontes.

—Te aburres, Clorato—le decía ella—, y él contestaba que no, pero sí.

—Qué felices somos—repetía, desperezándose—. ¡Ah! Qué felices somos.

Odette también tenía ganas de cambiar de vida.

—Nos harían falta unas vacaciones conyugales. Vámonos un año cada uno por nuestro lado, antes de que nos empecemos a pelear.

Planearon la idea; se citaron para el año siguiente. Odette se compró otro corset y partió con rumbo desconocido. Clorato tomó pasaje para Nueva York.

Le entró de nuevo su antigua alegría, la de la

irresponsabilidad, la de estar siempre dispuesto a partir hacia cualquier lado, teniéndolo todo en una sola maleta. Como nunca, se daba cuenta de que la vida dura sólo quince años, y estaba contento de haberse puesto de nuevo en condiciones de aprovecharlos minuto a minuto. ¡Con tal que no me deje nada atrás! ¡Con tal de que caiga en todas las tentaciones!—se repetía, y su espíritu era cada vez más ligero, y las amarras que intentaban sujetarle a la vida burguesa, cedían cada día más, hasta ir saltando con sonido de «mi menor». ¡Alegría sobre todo! ¡Bondad y alegría! No era hombre de un solo lema, sino que cada día se fabricaba uno nuevo. Eso acrecentaba su inquietud, y le hacía levantarse cada mañana en un mundo inédito.

Aquel viaje al país nuevo le tentaba; aquella jira al país de las mujeres era la indicada para un hombre, para un hombre de su clase.

No creía en una posible aventura en el barco, y, sin embargo, le pusieron su silla junto a la de una hermosa pasajera. La hermosa pasajera luchaba con el mareo y con el brillo de su nariz, y acogió a Clorato sin grandes muestras de entusiasmo. Nuestro distinguido amigo, enemigo de las olas y de las espinas, no se sentía a gusto en el Océano. Sin embargo, al cabo de unas horas fra-

ternizaron. A Clorato le entraron ganas de aquella mujer, pero sin demasiado empeño. La trabajó, sin calor y a fuerza de técnica. Al atardecer, ya estaba ella a punto, pero al ir a ponerse de pie les llegó a ambos el mareo, y se separaron con sólo una sonrisa.

Era más interesante para él la meditación acerca de ese robo de horas de vida, que efectúa, al ir hacia allá, el relojero de a bordo. Aquello de despertarse a las nueve y encontrarse con que sólo eran las ocho, le desorientaba el día.

—Yo tengo derecho a vivir esas seis horas que me quitan ustedes en la travesía. No accedo al escamoteo. Tal vez una de ellas era la de mi máxima felicidad.

—Se las devolveremos a la vuelta—le contestaban.

Pero Clorato no quedaba satisfecho.

—¿Y si me muero antes?—decía.

Una mañana amanecieron a la entrada de Nueva York, «como no podía menos de suceder», según el capitán del barco. Y Clorato subió a la cubierta decidido a no perderse aquella entrada sensacional de América. «Siempre somos un poco Cristóbales Colón en este momento», pensaba.

A medida que avanzaba el barco faldeando la

mole del barrio de los rascacielos, Clorato, sobrecogido por la belleza urbana, le buscaba un punto de relación, o por lo menos algo a qué compararlo. —Se parece, se parece...—Por fin lo encontró, pero sin atreverse a enunciarlo. Parecía broma. Nueva York era exactamente igual a como lo representaban en los telones de foro de los teatros de barrio de Madrid, cuando en la revista llegaba el cuadro de Nueva York.

Poco amigo de las descripciones y sí de las sensaciones, contemplaba en silencio el hermoso espectáculo, hirviendo en su interior lo sugerido por su contemplación. —Nueva York, Nueva York... —decía—. Aquí es donde hacen los muebles de acero para oficinas.—Después de aquella frase transcendental, desembarcó.

Ni en el primer momento se sintió aplastado por la ciudad. El barullo no lo sumía en el anónimo, ni le anulaba la personalidad. Tenía la sensación de que toda la ciudad estaba funcionando para que la viese él. Nueva York le resultaba grata, acogedora y feliz. Lo único fastidioso eran unas cositas negras que se le metían en los ojos. Por lo demás, acostumbrado al ruido de Madrid, le parecía aquello un grato refugio donde venir a descansar del ruido mundano y de la agitación.

II

NEW YORK

Clorato puso un anuncio en los periódicos que decía:

> «Soy un señor español, joven y bien parecido. Tengo dinero. No vendo nada. No soy primo de ningún rey, y deseo divertirme. Agradeceré sugestiones y dirección de mis primeros pasos, por gentes a ser posible del país.»

Al día siguiente Clorato recibió doscientas cartas. En cien le proponían la compra de una heladora eléctrica; en veinte el matrimonio, en setenta le ofrecían vino de todas clases. Sólo recibió unas diez de personas que le ofrecían su amistad desinteresada.

El segundo día recibió otro montón de cartas en las que le proponían presentarlo en sociedad, en las que le pedían su autógrafo, en las que le volvían a ofrecer vino, y en las que le pregunta-

ban si España lindaba al Este con Guatemala o con Colombia.

Clorato vió a muchos de sus comunicantes y se citó con el que le pareció más desequilibrado. Este le llevó al Museo de Historia Natural y en seguida a casa de una señora a la que conocía un poco, que les envenenó con gin sintético y con caviar falso, hecho con alamares y cabezas de alfileres negros. Tuvieron que llevarle a un sanatorio y allí conoció a la enfermera que había de ser su primer guía eficiente.

Con el gesto de enfermera de película, ponía su fina y cálida mano sobre la frente de Clorato, y éste recogía las ondas de aquella feminidad, y le descubría sus secretos.

Dorothy era blanca rosa y morena; parecía un bonito anuncio de enfermera. Su boca, fresca y joven, sabía por la mañana a kolynos y por la tarde a cheving gum. Por las noches, para ir a bailar se ponía unos trajecitos de talle muy alto y con muchos tules. Ceñido, acusaba la perfección de su cuerpo, y sus menudos senos vírgenes de barandas.

Dorothy, era rica y los domingos tiraba al arco en la propiedad de sus padres situada a una hora de la ciudad. Tenía además unas acciones que perfumaban Wall Street, con el perfume que ella

usaba. Todas las tardes seguía el curso de su cotización en la plana financiera del periódico, olvidándose siempre del precio a que las había comprado.

A Clorato le cargaba un poco aquella belleza honesta de señorita Kodak, pero comprendía que era necesaria a los convalecientes. Además sabía que a veces esas señoritas que parecen muy honestas, luego, en confianza, a lo mejor, están bien. Dorothy ofreció presentarle a todas sus amigas. Eso activó el restablecimiento de Clorato, siempre lleno de optimismo y de alegría en cuanto barruntaba un posible pecado en lontananza.

III

BLANCOS Y NEGROS

Dorothy fué la que le hizo entrar en las primeras casas americanas, la que lo llevó a fiestas a las que no estaba invitado, la que le presentó a los criados que dan el soplo cuando el cock-tail es de mala calidad. Clorato los primeros días creyó que acabaría por conocer íntimamente a la muchacha. Poco a poco fué perdiendo la esperanza. A Dorothy se la podía besar a todas horas, se la podía abrazar; recorrer casi en su totalidad... y nada más. Clorato al dejarla en su casa por las noches, la dirigía la última mirada suplicante, pero ella sólo le tendía sus labios una vez más en señal de despedida.

A los pocos días, Clorato había besado a varias docenas de muchachas, y lo que más le ofendía a su donjuanismo de percalina, a esa cosa de señorito calavera en el extranjero, era el darse cuenta de que más que besar era besado. Eran ellas las

que lo conquistaban a él, las que lo besaban cuando se les antojaba. Nunca ellas eran las vencidas. Cuando sentían el mareo tropical se apartaban y conservaban la fuerza de voluntad suficiente para alejarse del peligro. Clorato, hombre moderno y sin prejuicios, supo prontamente amoldarse a todo y sacar de ello el mejor provecho. «Have a good time» era el lema de la juventud americana, y a Clorato que le sentaba como un guante, lo hizo suyo. «Pasarlo bien», se decía en castellano, de vez en cuando, y al sentar su lema alejaba de sí toda idea que fuese en contra de él.

Pronto comprendió que el teléfono era su mejor amigo. Sin él la vida quedaba desconcertada, disminuída. El teléfono de Clorato sonaba toda la mañana. Todas sus amigas desayunaban su conversación.

—Míster Clorato, venga usted. Tengo una nueva amiga que quiere besarle.

—Míster Clorato, ¿puede usted decirme el subjuntivo del verbo beber en español?

—Míster Clorato, envíeme su fotografía para ponerla encima del piano de mi madre.

A Clorato le llenaba las mañanas de felicidad ese repiqueteo de amistad matinal, y arreglaba su jornada con la tranquilidad de no tener que contar con nadie. Sin embargo, comprendía el

error que hubiera sido lanzarse por un solo camino y siempre se arreglaba para dejar horas y días libres que dedicar a la soledad y a la imprevista aventura. Quería conocer bien la ciudad, quería pasar algunas horas en el barrio negro, y sabía que los americanos no lo habían de llevar allí. Buen aventurero, gustaba salir solo a ese género de correrías.

Se hundía en el barrio negro de noche. A esa hora resultaba menos irritante su blancor y además, por las noches, los negros se sienten más en su casa y deambulan bajo la luna, su sol negro, levantando más la cabeza. Sin rumbo fijo, recorría el trozo de séptima avenida de Harlem, deteniéndose a escuchar a los oradores revolucionarios, gesticulantes en su templete protegido por los colores americanos. Había uno en cada esquina, ya mujer, ya hombre. El auditorio rodeaba al orador muy de cerca, en silencio, presto a danzar o a comérselo, y sin hacer nunca ninguna de las dos cosas.

Una noche se encontró, de pronto, en primera fila, oyendo a una negra joven con voz de carraspera, que predicaba la vuelta a Africa.

—¡Vámonos a Africa otra vez!, decía. Aquí no estamos en nuestra casa. Vámonos a fundar un gran país negro.

A Clorato le encantaba la idea de encontrar en

el mapa un país pintado de este color, que fuera como una llamada a la seriedad junto al colorineo de los otros.

—¡Veremos qué hacen los americanos sin nosotros; veremos quién hace los bajos oficios, quién limpia, quién quita la basura, quién les permite ser a todos señoritos de la clase media! Vámonos a Africa y veremos cómo bailan al cabo de unos años. No permitamos que atraviesen nuestros saxofones las notas sensibleras de los valses ridículos, que hacen llorar de emoción a todas las viejas del país. ¡Vámonos a Africa; allí podremos enorgullecernos de nuestro pelo rizado, y podremos vestirnos a nuestro gusto, sin atender a modas hechas para los blancos! ¡No más medias, siempre opacas en nuestras piernas, por fina que sea la seda! No más sombreros; no más guantes. Tengamos nuestras modas. A nuestro color le va las grandes hojas de plátano y las frutas. De toda la moda blanca sólo hemos podido aprovechar el gris, el azul, y el charol.

Clorato aplaudía antes que los demás y recogía un ramillete de miradas amarillas, mitad asombradas, mitad agradecidas. Clorato, siempre dispuesto a cambiar de rumbo su vida, se sentía en aquel momento absolutamente negro, y ansiaba sus mismas reivindicaciones.

—¡Vámonos a Africa!—dijo a su vez.

Todo el mundo le miró, ya francamente extrañado.

—¿Dice usted que nos vayamos a Africa?—le preguntó un negro anciano.

—Sí—afirmó Clorato—que siempre tenía el «sí» a flor de labio.

—¿Pero no se asustará usted de los negros?—insistió el anciano.

Clorato salió de su abstracción.

—Bueno, yo iré de cónsul—dijo.

Le salvó del interrogatorio la oradora que, temerosa de perder su público, recomenzó su oración con más furia que nunca y con más ritmo en sus gestos:

—¡Huyamos de estos barrios de ladrillo rojo, donde nos recluyen! Tengamos graciosas ciudades con juncos, con paja, con barro tostado, que no haya en ellas más vestigio de la civilización blanca que el Ford, nuestro coche, identificado ya con nosotros. Tengamos nuestros «dancings», nuestras orquestas, nuestro gin. ¡Respeto para nuestra vida y para nuestras gesticulaciones!

—¡Muy bien, muy bien!—gritaron algunos; pero el viejo les amargó la noche.

—Bueno; pero entonces, ¿quién nos admirará?, ¿quiénes formarán nuestro público?

La asamblea se fué derramando por la acera, y sólo quedó junto a la oradora Clorato.

—Me he quedado, para decirle que estoy de acuerdo con usted en lo de volverse a Africa.

La negra lo miraba desconfiando, pero ante la seriedad de Clorato hubo de ceder.

—¿Usted simpatiza con nosotros? ¿Por qué?

—Porque son ustedes los dueños del ritmo y de la buena música, y porque no tengo que vivir con ustedes.

—¿De qué país viene?

—De España.

—¡Ah!... sí... Ustedes descubrieron América, ¿no?

—Yo no intervine en nada.

Echaron a andar calle abajo en buena charla.

—Sí—decía la negra—el gran país que predico será la única salvación de la raza de color. Ha de ser algo absolutamente aislado de la civilización blanca. Todo lo blanco, todo lo de ustedes, es una continua tentación para nosotros, y, sin embargo, lo hecho para ustedes, no nos va a nosotros. Las mujeres quisiéramos vestir como las blancas, tener su silueta, sus modales, y no conseguimos más que una ridícula parodia. Allí los hombres no podrían compararnos con las blancas, a las que desean a todas horas. Su concepto de la belleza no

sería el concepto de los blancos, sino otro, uno nuestro. Como nunca verían chicas americanas, no les extrañaría el tamaño de nuestras nalgas, ni nos criticarían el que nuestros grandes senos alarguen el dedo señalando al suelo. Nuestra civilización tiene que ser, en absoluto, diferente. ¡Pensar que hay negros que darían media vida por tener una mesa de despacho y poseer unas docenas de llaves de otros tantos cajones... donde no tendrían nada que meter!

—Pero, ¿cree usted llegar a un fin práctico con sus sermones?

—No, por ahora; pero mis gritos desperezan un poco a mis hermanos, les hacen pensar... un momentito, e impiden que caigan más bajo aún. Nosotros no nos marcharemos nunca de aquí; hemos venido casi al mismo tiempo que ellos y hemos trabajado demasiado en el país. Además, aunque ellos no lo crean, tenemos muchos puntos en común. Nos gustan los mismos valses; somos igual de sentimentales; hasta puede que nuestra sentimentalidad sea de mejor calidad que la suya.

—Pero las mujeres de su color se enamoran de los héroes de cine blancos.

—Es cierto, pero influye en ello la obscuridad del cine. Allí nos creemos todos blancos; además, el héroe nos sonríe desde la pantalla igual que a

las blancas. Es el único sitio donde los blancos trabajan para que los veamos, y donde son amables con nosotros.

Llegaron a un cruce de calles; un buen sitio para despedirse. A Clorato le había pasado por la imaginación alguna idea de índole sexual, pero desistió. Comprendía que una negra es un borrón en una historia amorosa, y a lo más que llegó fué a darle la mano al despedirse. Esto enorgulleció a la mujer.

—Adiós, dijo Clorato, y espero el triunfo de su ideal.

—Mil gracias señor... pero si entre tanto, necesita usted a alguien que le limpie el cuarto, le guise y le lave, avíseme. Son quince dólars a la semana. Y le tendió una tarjeta que ponía: «Erna Dupont, criada».

IV

SEMBLANZAS

Una de las chicas más pintorescas que había conocido Clorato en New York, era Clarisse. Esta muchacha era casta, pero simpática. Para dar su semblanza hay que empezar hablando de su madre.

La madre de Clarisse se había casado muy joven para precipitarse en la viudedad a los pocos meses. De Clarisse, ni el anuncio.

Con el dinero que la dejó su esposo había realizado el sueño de su vida: comprarse un órgano monumental. En él se había gastado casi toda su fortuna, y lo poco que le quedaba lo empleó en construir una casita de madera alrededor del aparato.

Allí se había encerrado a vivir, y toda la comarca vibraba y olía a incienso, cuando aquella menuda señora se sentaba al instrumento.

Pero Dios, que escucha las voces de los órganos, había premiado tanta inmaterialidad. Atraído por los místicos mugidos del aparato, apareció en la vida de la joven viuda un reverendo anglicano, que, levantándole las manos del teclado, la había conducido al altar, subiendo los escalones sin mirarlos, dada su familiaridad con ellos.

Desde el día de la boda, la contrayente había tirado de la llave que pone «Dolccisimo» y su unión, bajo los solemnes estrépitos de aquella pequeña catedral, había tenido varios y seguidos frutos; uno de ellos era Clarisse.

Clarisse tiene carne de arcángel, y darle un beso es ganar trescientos días de indulgencia.

Lleva un broche cerrándole el escote, que es Juana de Arco con su espada. Tal vez sea ello lo que le da esa firmeza a su busto, dentro del movimiento natural.

Habla español, pero un español especial, aprendido de una serie de amigos sudamericanos. Cada uno le ha enseñado una palabrota, y Clarisse no tiene ningún reparo en mostrar sus conocimientos filológicos, empezando por juramentos de carretero castellano para terminar con maldiciones de mestizo del Ecuador.

Sus expresiones violentas las tiene perfectamente clasificadas, y cuando en el golf ha perdido su

bola, no emplea la misma que al darse en la cabeza con el fondo de la piscina.

Tiene muy ocupado su día; trabaja en la biblioteca pública; se ocupa de todos los autores que empiezan por B. Luego acude a una clase de español; en invierno va al colegio. Allí estudia un curso de geografía, otro de historia y otro de sexo.

Tiene diez y siete años, y unos leves trajecitos que los moldean. Sus piernas tienen fortaleza y línea, lo que es casi un milagro; pero no olvidemos la profesión de su padre. A veces se sombrea demasiado los ojos:

—Clarisse, hoy se te ha ido la mano.

—No—contesta—es para parecer viciosa.

Al son del gramófono, se pone a bailar sola. Sus figuras son, mitad academia de baile, mitad clase de gimnasia. Al terminar, y sin transición, se acerca a Clorato:

—Me vas a hacer el favor de escribirme un discurso defendiendo la ley seca y la política de Hoover. Es para un torneo político que hay mañana en clase de castellano.

Acto seguido, se bebe tres cock-tails de ginebra y luego, asomada al hombro de Clorato, va leyendo el discurso pedido.

—¿Qué es voluptuosidad?—dice al tropezar con esa palabra.

Clarisse es guapa, fuerte, sana; tiene mirada de mediodía. Nunca sabrá bien ese significado que pide.

De pronto, la llaman por teléfono. Son su padre y su madre que vuelven de pasar el domingo en la playa de moda.

—Ahora voy—les grita—, estoy aprendiendo cosas sobre míster Hoover.

El padre la bendice por teléfono. Ella se sube las medias, se ajusta el sostén; da un beso a la reunión y se va, aprendiéndose de memoria el discurso por la calle.

***

Clorato se divertía haciendo hablar a Clarisse.

—Oye, Clarisse, ¿quién era esa chica que iba ayer contigo?

—Una compañera de colegio... Júrame el secreto.

—Jurado.

—Ha tenido cuatro hijos.

—¿A pesar de la clase de sexo?

—Cuando vino a clase ya lo sabía todo.

—¿Pero es hija de familia?

—Sí, e hija modelo. Sólo que no se priva de nada. Cuando la cosa se pone fea, se va a New Jersey.

—¿Pero sus padres no le han dicho nada, no la echaron de casa?

—Sus padres nunca supieron lo de los cuatro hijos... Y añade cargada de razón:

—Sólo se enteraron del primero.

* * *

Clarisse llega radiante. Se ha puesto sus mejores galas.

—Clorato, vamos a un baile de colegiales.

—Pero Clarisse, tú y yo juntos no nos vamos a divertir. Somos demasiado camaradas. Además eres demasiado casta. A ti te gustaría más ir con Jack y a mí te confieso que me hace más ilusión ir con Elinor.

—Eso no importa: una vez allí tú te vas con Elinor y yo con Jack.

—Pero es que yo—insiste Clorato, al que no le gusta estropear las noches—quisiera llevar a su casa a Elinor.

—Bueno; fíjate en cómo estamos Jack y yo. Si no nos ves, es que no tienes que ocuparte de mí.

Pero todo el plan se ha desbaratado. El padre de Clarisse, basándose en fútiles pretextos, le ha prohibido, por teléfono, ir al baile.

Clarisse está furiosa. Menos mal que se ha podido desahogar en castellano diciendo enormida-

des. Se sienta en un rincón y se fuma tres pitillos en silencio. Medita su venganza, y trata de recordar juramentos en holandés.

Al fin sonríe: —¡Ya está!—dice—. Ni mañana ni pasado dirigiré la palabra a mi padre. Entonces él no podrá trabajar, y precisamente ahora tiene entre manos un sermón con el que piensa asombrar a sus fieles el próximo domingo. Yo me quedo sin baile, y él sin sermón.

* * *

A las pocas noches llega muy contenta:

—Hoy puedo ir al baile y quedarme hasta cuando quiera.

—...

—Sí, hoy me deja, porque ayer escribí tres poesías, y dos le han gustado mucho.

* * *

Gay es hija de un censor de películas, hombre muy severo. Nada que a él le parezca pecaminoso, salva sus tijeras. Todas las noches va a ver las pruebas acompañado de su esposa; ésta es más benévola.

De pronto hay un beso. John Gilbert estrecha a Gretta Garbo en sus brazos; con la mano dere-

cha le propina un discreto aunque eficientísimo masaje en redondo, justo en la unión de la base del seno izquierdo.

El padre de Gay protesta en alta voz:

—No, eso no, de ninguna manera, esto no lo pueden ver los niños del Estado.

—Pero si se quieren tanto—insinúa su esposa —. Acuérdate.

La película se ha interrumpido y la luz se ha hecho. Todos están pendientes del dictamen del censor.

—A ver: que corten desde cuando empieza el movimiento de la mano.

—Pero querido—dice la esposa—, ¿cómo quieres que ella desfallezca y consienta en abandonar a su anciano padre y a su madre tuberculosa, sólo con el efecto de un beso... ¡Acuérdate!...

El censor medita. Al final concede a la mano unos metros de movimiento y se lleva lo recortado a su casa.

Gay es feliz en su casa, porque empalma todos los trozos censurados y salen una películas maravillosas.

* * *

Los consejos que da Clorato son siempre desastrosos. Sin embargo, sus amigas americanas acu-

den a él siempre que se ven en un conflicto de orden moral.

Gay llega a su apartamento, a las nueve de la mañana. Clorato, vuelto hacia la pared, dejaba suelta su fantasía y pensaba en cosas agradables.

La muchacha se sienta a los pies de la cama y empieza con voz quejumbrosa:

—Clorato, ¿te acuerdas de ese chico moreno que salía conmigo? Pues resulta que es judío.

—Hija mía, ¿en qué se lo has notado?

Gay, que nunca coge las segundas intenciones, sigue sus lamentos:

—El caso es que me he enamorado de él. Dame tu consejo; ¿te casarías tú con un judío?

Clorato, que en ese momento estaba imaginando que entraba en un colegio de niñas, responde sinceramente:

—Yo, no.

—¿Odias también a los judíos?

—De ninguna manera. Me divierten, y tengo muchos amigos que lo son.

—Entonces, ¿por qué crees que no se debe una casar con un judío?

—No tengo razones muy precisas. Tal vez el pensar que te hará niños judíos, lo cual te fastidiará, pues cada día te darás más cuenta de que son niños judíos. Además tu marido disimulará sus

características de raza mientras le quede el deseo de agradarte, cosa que en nosotros es natural. Para él eso será un esfuerzo. Cuando se canse se dejará llevar de su instinto.

—¿Quieres decir que en cuanto tome confianza comerá con el sombrero puesto?

—Sin duda, y cambiará tus muebles por otros, y venderá tus trajes usados a las criadas, y tendrá una serie de amigos muy sucios, con barbilla.

Gay se queda pensativa, procurando convencerse.

—¿Pero qué hago, si me gusta?

—Da largos paseos en automóvil con él, a la luz de la luna; pero no te cases.

Clorato recoge sus ideas medio difuminadas y Gay le hace el desayuno en la hornilla eléctrica.

V

JUEGO

Clorato sentía vértigos en los ascensores. Le molestaba ese principio de viaje a la luna.

Cuando el negro detenía el salto en tres segundos, todo el organismo de Clorato seguía ascendiendo, y le era penoso volver a coger el compás, pero cuando después de pulsar, se conseguía el fiel entre el estribo de la caja y el del piso, Clorato salía con la conciencia tranquila, acompañado por la mirada de la Justicia.

La peregrinación por los pasillos de la casa de apartamentos, con todas las puertas iguales, sin más diferencia que sus números, tenía mucho de repaso de Historia, especialmente, cuando por ser más alto del noveno piso, eran grupos de cuatro cifras, y salían fechas más frescas en la memoria. En aquellos pasillos estaban todos los grandes días, los de victorias especialmente. La fecha del

descubrimiento de América pillaba siempre en un rincón.

—Aquí debían dar trato especial al apartamento que llevase esta fecha—decía Clorato. Por de pronto, yo, le pondría dos baños: uno con agua del Atlántico y otro con agua del Pacífico.

Clorato estaba lleno de conversación interior, y por eso no le pesaban los grandes paseos ni las horas de soledad.

Aquel día detuvo su marcha ante una fecha cualquiera, y llamó. Abrieron la puerta que dejó escapar un rumor de radio y de ginebra. Desde el fondo de los sofás le sonreían sus amigas; tenían las piernas encima del asiento, dobladas hacia atrás.

Para tener más aspecto de colegialas se habían enrollado las medias por debajo de las rodillas. Al pronto parecía que lo que se habían enrollado era la primera capa de piel, y la carne del muslo era más carne viva que nunca: viva, tibia y palpitante.

—Hoy vamos a jugar a un juego que no tienen ustedes en España— dijo un Jack cualquiera—. Se llama el «Strip Poker».

Se sentaron a la mesa y dieron las cartas.

—Ahora todo es igual al poker, solo que en vez de dinero, se juega usted las prendas de vestir.

—Perfecto—dijo Clorato—. Abro con los calcetines.

Era un juego lúbrico y febril. A medida que iban perdiendo se iban despojando de sus prendas de vestir, y la habitación cambiaba de ambiente. Al cuarto de hora los jugadores no tenían nada encima. Sólo un brillo en los ojos y una palabra tarda, arrastrada e imprecisa.

Clorato creía adivinar el final. (No conocía bastante el país.) El final fué que se volvieron a vestir todos al terminar la partida, que cogieron Chicago con la radio y que se bebieron una botella de gin con gaseosa.

A Clorato le ponían de mal humor aquellas tonterías. «¡No sé a qué esperan siempre!», decía.

VI

LA PRESIDENTA

—¡Qué alegría! ¡Pero qué alegría!—se gritaba a sí mismo Clorato al darse cuenta de que había conquistado a la presidenta de «La Gran Sociedad de Mujeres».

La cosa había sido sencilla: la había conocido en un té cualquiera y había tenido con ella una larga conversación. Era una mujer joven y atrayente, y Clorato había encontrado el camino sabiendo llevar la conversación. Muchas veces decía Clorato: «A las mujeres hay que hablarles de ellas, y darlas de beber. Lo demás viene solo». Pero esta vez había empleado una fórmula más definitiva; la había conducido a que contase sus recuerdos de colegio. Las mujeres, en general, sienten una gratitud enorme por el hombre que escucha con atención los recuerdos de su vida de colegio, y Clorato la dejó agotarse, pero al final se dió cuenta de que ya eran íntimos amigos, y

entonces pudo plantear la cuestión, y obtener una cita para el día siguiente.

La esperaba en su apartamento, con ilusión e inquietud de hombre que sabe los plantones que dan las mujeres, sobre todo cuando uno ha encontrado las mejores golosinas para el té. Y para olvidar esa inquietud, se animaba haciendo reflexiones sobre su papel representativo.

¡La presidenta de todas las mujeres del mundo! Nunca hombre alguno ha hecho una ofrenda tan oficial al sexo de enfrente. Soy como el equipo seleccionado por los hombres, para vérmelas con ellas. Mi esfuerzo va a saberme a rubia, a morena y a roja, y debía presenciar la entrevista una estenógrafa que retuviera en sus trazos el momento histórico. Los pintores debían pintarlo para ponerlo en las escaleras de los Ayuntamientos. Cuando la tenga en mis brazos, me sentiré algo así como Cristóbal Colón, y tendré que contenerme para no gritar: ¡Tierra! al final.

En aquel momento ella llamaba a la puerta y entraba pisando su azoramiento, atropellándolo con energía.

Se creyó en la obligación de contar todo lo que había hecho durante el día. El ambiente que creaba su entrada en aquel apartamento era casi de hogar. Si hubiera traído unos paquetes, la impre-

sión hubiera sido completa. Clorato le quitó el sombrero para despojarla del aspecto de visita. Venía tan monamente vestida, y con tanto atractivo físico, que no parecía en absoluto ser una presidenta. Sin embargo, su jornada había sido enteramente política.

—Ya tenemos las mujeres de Illinois de nuestra parte. Hoover puede contar con unos millares de votos más. Estoy orgullosa de haber trabajado con todas mis fuerzas por el partido republicano. Con mis propias manos he repartido las proclamas pro-Hoover a la salida de los partidos de basse-ball. He conseguido que el ochenta por ciento de las afiliadas a mi sociedad le den sus votos. Ahora nuestra causa tiene seguro el triunfo; ahora puedo pensar en descansar.

—Eso es—dijo Clorato; y se la llevó hacia el sofá.

Clorato sabía que a la mujer hay que atropellarla en todo momento, no dejarle nunca tiempo de reflexionar y empezó a lacrarla con sus besos. Lo malo era el no recordar el nombre de aquella mujer, pues resultaba frío y oficial llamarla en los momentos de pasión y abandono... ¡Presidenta! ¡Señora Presidenta! ¡Presidenta darling!

Aquella mujer no sabía defenderse más que con la conversación. A las acometidas de Clorato res-

pondía contándole las últimas novedades de Wall Street. Era como si procurara que su mente no asistiera a lo que allí estaba ocurriendo.

Cuando Clorato notó que la conversación se debilitaba y que la mujer trabucaba las cifras, hizo con su abrazo crujir el vestido. La mujer tuvo un sobresalto: —¡Cuidado!—dijo— ¡Es nuevo!— Clorato insistía y entonces la mujer, ya encontrada su disculpa, se quitó el traje.

En su vientre, terso y blanco, había tatuado con grandes letras azules:

«HOOVER FOR PRESIDENT»

VII

PASEOS

Paseando a la sombra de los rascacielos, Clorato comprendía que los Estados Unidos se habían desarrollado demasiado pronto, como los niños después de una enfermedad. Habían crecido, subido muy arriba, pero les faltaba desarrollarse en sentido de profundidad.

El tope del rascacielos era el de su civilización.

Clorato se daba cuenta de ello en los espectáculos públicos, viendo reaccionar a la multitud, oyéndola ovacionar la aparición de sus soldados en la pantalla de los cines, o rompiendo a llorar en el teatro en cuanto un cantante, con voz de cabra, cantaba lo mucho que quería a su madre, o a su hijo, y terminaba, casi en llanto, diciendo: *¡Mamy!* o *¡Sonny boy!*

América estaba atravesando una triste crisis de bajo sentimentalismo. Era un pueblo demasiado joven, demasiado tierno.

Cuanto más paseaba por el país, dejando atrás la gran ciudad, y se asomaba a los pueblos y a las casitas de madera donde habitan los verdaderos americanos, más se daba cuenta de que aquella gente acababa de llegar a América, de que aquella gente acababa de nacer.

Asombrados aún del milagro que había sido encontrarse con un mundo tan inédito como aquél, en donde había todo lo que la naturaleza puede ofrecer en proporciones fantásticas y al alcance de la mano, eran fácil presa para todas las religiones. Su constante contemplación del milagro les impulsaba a ello. Pero no habían adelantado a las religiones, llevándolas a remolque, como en el viejo mundo, sino que las seguían fielmente, juzgándolas como algo vivo y actual, y aceptando todas las limitaciones impuestas por aquéllas, sin protesta, con alegría de pagar, mortificándose, tanto don, seguros de otra vida en el cielo, burguesa y conservadora.

En aquella masa que habitaba lejos de las grandes ciudades, se habían desarrollado en gran manera los sentimientos más primitivos: un sentimentalismo desenfrenado, y un amor a la fuerza bruta, a lo bélico, a lo militar.

Este pueblo joven y vigoroso, por la mezcla de razas, tenía la pena de haber llegado tarde a la

Historia, cuando ya se habían terminado las luchas con los romanos, con los bárbaros o con los árabes. Les hubiera gustado acompañar a los españoles en la conquista de América o a los romanos en la de Europa

Su distracción favorita era jugar a los soldados, hacer desfilar a los cadetes de West Point todas las semanas por la pantalla de los cines, seguir el galope de sus escuadras por sus dos Occéanos.

Tal espíritu bélico de niño de segundo año de bachillerato, necesitaba continuamente una válvula de escape, y por eso las ametralladoras americanas crepitaban constantemente en Centro América o en China.

La contemplación de su propia fuerza militar, era su espectáculo favorito. El narcisismo más extremo les había invadido, especialmente desde el desbarajuste europeo de la gran guerra, cuando ellos habían podido prestar dinero y aun intervenir en el último acto de la contienda y tomar parte, después de bien duchados y afeitados, en algunas batallas, que les habían de permitir exhibir para siempre cédula de heroísmo, y la creación de una especie de literatura bélica y sentimental, en la que para cada muchacha americana había un herido heroico, que luego se ponía bueno.

Daba pena ver este pueblo que había podido

crearse una vida nueva, desasiéndose absolutamente de todos los prejuicios de las antiguas civilizaciones y que, por el contrario, las sostenía y alimentaba. Habían encontrado un país fabuloso, habían conseguido para todos una vida agradable llena de confort, si no de lujo, y sobre todo llena de alegría, y se complacían amargándosela con viejos resabios. A América no había venido el pueblo, ese tema dramático europeo. A los Estados Unidos sólo habían venido gentes de la clase media, sin grandes tragedias retrospectivas, sin hambres atrasadas. Ello había sido la causa de que desde el principio, la vida americana tomase un ritmo burgués.

Clorato se desesperaba viendo a aquellas muchachas bellas, sanas y fuertes, deshacerse en sollozos con los valses en que un casto enamorado recuerda un beso a la luz de la luna, en la barandilla de una terraza y con un fondo de telón de fotógrafo; o con otros llenos de alusiones a las flores, que cada día va siendo más necesario no hablar de ellas.

Después de todo el esfuerzo, de todo el milagro americano el ciudadano medio prefería el ejército al rascacielos, el vals, a Chicago, la violeta al acero. Como en cualquier país balkánico.

Por eso Clorato volvía siempre a la ciudad, con

la alegría de contemplarla llena de sentido, de verdadero americanismo. Aquella masa cosmopolita de Nueva York daba a la ciudad el verdadero sello americano. La ciudad vivía perfectamente en su tiempo. Las doce del día de Nueva York eran las doce del día del tiempo. La multitud era joven, alegre y rebelde. Bebía a torrentes para reirse de la ley absurda, y bailaba y reverenciaba el goce de la carne sin hacer caso a predicas post-paganas. Grupos de jóvenes se alzaban en manifestación en favor del pequeño país con el que estaban en guerra. En las Universidades se abrían debates entre estudiantes de los dos países, para ver quién tenía razón en derecho; y jurados eminentes e imparciales se atrevían a dar la razón al adversario.

La América joven se reía; como la Europa joven se reía de la Europa vieja. Se reía de la novela para señoritas, de la poesía métrico-decimal, de la sensiblería lloricona y blanda. Se reía de todo lo falso y convencional, tenido por serio hasta la fecha. ¡La risa que ha sido el arma con que lo joven ha vencido a lo viejo en este siglo!

Esta América maravillosa, llena del sentido de la actualidad, era la que admiraba Clorato, la que amaba de todo corazón.

VIII

32 GIRLS 32

Salían todas las noches por la izquierda del escenario, cogidas por la cintura, simétricas, gemelas, exactas, rítmicas. Cuando todas estaban en el escenario, se adelantaban hacia el público, levantaban las manos sobre la cabeza, abrían la misma sonrisa, y luego, al unísono siempre, claveteaban con los pies la melodía, al piso de la escena.

Era el baile.

Agradaba aquella perfecta matemática, aquel derroche de pedazos de mujer, fáciles de sumar. —¡Esta abundancia!—decía entre dientes Clorato, sin acertar a concluir su sugestión.

Lo que más le hubiera gustado, sin embargo, era destruir aquel orden, subir al escenario y abrazarse a la de enmedio durante la figura más difícil, desconcertando la fila, rompiendo aquella simetría de muslos.

El entusiasmo producía en Clorato, no una sen-

sación pasiva de espectador, sino un deseo violento de tomar parte en lo que se lo producía, de ser actor en todo.

—Necesito conocerlas a todas, entrar en ese escenario como por mi casa, dándole una palmada en el hombro al conserje.

El pretexto fué el de siempre; la entrevista para el periódico extranjero, etc., etc.

Luego conquistó a la primera de la fila, y después, como los soldaditos de plomo, al caer una, cayeron todas.

Clorato fué el amante de las 32 señoritas, y la casa del aceite de hígado de bacalao, loca de orgullo, publicó su retrato.

Era una especie de amor, una especie de deseo, una especie de situación, pero tan diferentes a la monotonía de las anteriores aventuras, que le aclaraban la cabeza, como un estornudo.

Ellas lo querían por su sonrisa y su versatilidad, por su alegría en todo momento, y porque veían en él el amigo ideal que comprende el corazón de las coristas.

Clorato apenas las distinguía entre sí y no había querido aprender sus nombres. Cuando deseaba hablarles, se dirigía a la que tenía más cerca. Ellas, que sentían al unísono, se lo jugaban por las noches a los dados.

Vivían felices, sobre todo él, y a veces se divertía gastándole bromas a la ciudad, y se llevaba de paseo a sus bailarinas, vestidas de niñas y de dos en dos, como un colegio. El, enlevitado y con barba postiza, era el profesor.

Sólo aprovechaba de cada una de ellas la parte buena, su especialidad, y las escondía, las perdía en los pasillos en cuanto asomaba el lado insoportable. Tenía mujeres para todos los momentos. Mujeres para el claro de luna, para oir música con ellas, para apoyar la cabeza en su regazo, para discutir sobre el posible emplazamiento de la Atlántida, para besar en el cuello, para llevar de visita, para guiar el automóvil, para los días de lluvia. Mujeres gratas y confortables en invierno, otras refrescantes para el verano, mujeres de entretiempo. Unas para amarlas en la montaña, otras para amarlas en el mar, otras para perderlas en la ciudad; mujeres de campo y viaje, para reir, para llorar, para tirarlas cosas a la cabeza.

Aquellas 32 girls, compendiaban todas las mujeres del mundo, y Clorato creía a veces haber llegado a la meta de su vida... y, sin embargo, algo le faltaba, algo impreciso.

—La felicidad no es más que ratitos de felicidad—decía—. La felicidad solo dura diez minutos cada vez.

A los tres meses, el amar a las 32 señoritas había dejado de ser un hecho extraordinario. Le parecía haber estado siempre en aquella situación. No había ya inquietud ni interés. Era ya una cosa absolutamente familiar. Una tarde en que iba con ellas, por la calle, vió una mujer parada ante un escaparate, o sea, a dos minutos de ceder.

—Seguid andando; luego os alcanzaré—les dijo—y se quedó mirando a la desconocida, tratando de descubrir qué era un «algo» que emanaba de su silueta, si era el vuelo de la falda, el brillo de las rodillas o el garbo de su talle.

—Por de pronto, me faltaba esta mujer—dijo—. Y se dirigió hacia ella.

IX

ATRACO

Una buena manera de acercarse a una desconocida es haciendo como si no le interesase a uno su ser físico y sólo se tratara de cumplir una misión. La mujer está llena de armas para defenderse de un adorador, pero no le sirven contra otros atacantes.

Clorato, le dijo:

—Señorita, hace un momento que la vengo observando y he creído mi deber abordarla a usted. Soy Clorato de Potasa, descubridor de estrellas.

La mujer sonrió.

—Trabajo en nombre de los estudios asociados en Hollywood, y últimamente he recibido instrucciones de proveerlos de una mujer de su tipo y características, rubia, con ojos de sueño, que luego, en la pantalla, parecen de noche de amor, con bo-

nito cuerpo. Señorita, usted me dirá si le interesa mi proposición.

Luego, sin dejarla contestar, prosiguió:

—Me recuerda usted mucho a Greta Garbo.

Clorato sabía que eso se le puede decir con éxito a cualquier mujer, se parezca o no a la belleza famosa, ya que ella misma, sola ante el espejo, ha sido lo bastante benevolente para encontrarse tal parecido.

También le dijo:

—Se nota que es usted una mujer con mucho temperamento.

Lo cual la hizo ruborizarse llena de agradecimiento y un poquito escandalizada, un poquito nada más.

La alusión al buen temperamento es algo que tampoco falla. Todas tienen una secreta admiración hacia el suyo propio, sin saber, a veces, exactamente lo que es, habiendo mujeres que creen que tener temperamento es tener escalofríos.

Lo llevan recatadamente oculto, íntimo e inefable enemigo. Es el único que las conoce de verdad. Ninguna duda de su existencia y de su poder; se les ha aparecido al volver alguna esquina de la vida, radiantemente pagano. Es el último secreto que confesar.

—¿No es usted una mujer de mucho temperamento?

—Sí lo soy—respondió ella—. Y en verano, más.

Aquella contestación confianzuda los hacía amigos, y Clorato la cogió del brazo y se la llevó calle arriba.

X

LA MAESTRA

Clorato, cada día más ingrávido, se dejaba llevar por todas las corrientes, sobre todo cuando la cosa pretendía ser seria o dramática.

Tuvo una aventura con su profesora de inglés. Aquella mujer cedía al hombre, pero mantenía heroicamente su papel de profesora de idiomas, como el capitán que se hunde con el buque, negándose a salvarse. Aquella mujer, en los momentos finales, cuando Clorato, atropellándola, le decía obscenidades en inglés, gritaba con prurito de purismo. —¡Por Dios, míster Clorato, no emplee usted el gerundio en este caso, además... recuerde... que... *will*... indica siempre... el futuro.

Clorato salía de clase, satisfecho de conocer perfectamente la gramática inglesa.

XI

LA CABALLISTA

Lo que más le molestaba de aquella otra muchacha, era su obsesión de montar a caballo, y de acudir a las citas que le daba Clorato con pantalones de montar.

—Procure venir conmigo vestida de mujer—rogaba Clorato.

Y no es que con ello quisiera indicar ningún prejuicio ridículo contra la igualdad con la mujer en el sport; ni un ataque al feminismo. Era sencillamente que luego, cuando llegaban las efusiones amorosas le era incomodísimo manejarla bien con aquel atavío. Le llenaba de azoramiento tropezar con una prenda tan masculina como el pantalón, que conocía muy bien, pero puesta en él. Echaba de menos los caminos conocidos del indumento femenino, el roce de los encajes.

XII

LUZBEL

Un día le presentaron un joven rubio y rizado.

—El señor Luzbel; el señor Clorato.

—He oído mucho hablar de usted—dijo aquel joven—. Creo que ha dado usted días de gloria al sexo masculino.

Clorato tuvo una risita de canallita de pueblo:

—Se ha hecho lo que se ha podido.

Se fueron dando un paseo por el parque, buscando el lugar donde unos señores viejos jugaban al «croquet».

—¿Y usted es el auténtico Luzbel?—preguntó Clorato.

—Sí, señor—contestó el otro modestamente—. ¿Había usted oído hablar de mí?

—Sí, de pequeño. Cuando estudiaba el catecismo, me deslumbraba siempre la bella eufonía de su nombre.

—Sin embargo, a los niños les enseñan a odiarme. Los grandes me echan la culpa de todo lo malo. ¿Usted no me odió nunca?

—¡Psch!, le diré: yo no soy hombre de grandes odios. Además me parece que fueron algo injustos con usted al expulsarle del cielo; se hablaba de una conspiración; usted, en el fondo, lo que quería es dar una Constitución, allí, donde reinaba el absolutismo.

—Eso es; pero ya ve usted, trabajé en balde. Allí son todos carlistas.

—Debía usted de hacer que se revisara la causa. Tal vez ahora hayan cambiado de manera de ver las cosas.

—No; ¿para qué? A mí lo que me importa es ser rubio, y lo soy.

Luzbel se quitó el sombrero para mostrar a Clorato su hermosa cabellera.

—¿Y no le molesta el rizado natural al peinarse?

—Sí, señor; tengo que usar una brillantina-fijador, que venden en la calle 57, casi esquina a la Quinta Avenida.

Los dos hombres expusieron sus puntos de vista sobre la manera de sujetar el pelo. Cuando llegaron al campo de croquet se sentaron en un banco a presenciar el partido.

De pronto, Luzbel se volvió a Clorato y le preguntó:

—¿Cree usted en mí?

—No.

—¿Por qué no cree usted en mí? Ha habido gentes en todas las épocas que han hecho de mi culto una verdadera religión.

—No creo en usted—dijo Clorato, porque no me aburro, porque no tengo tiempo de aburrirme—. En la antigüedad la gente se aburría tanto, que necesitaba ese género de creencias y de religiones para distraerse. Las épocas en que los pueblos se han divertido más han sido en las cuales han hecho menos caso de sus religiones. Créame, amigo Luzbel, ahora no tenemos tiempo.

—Es posible que prefiera usted el ver jugar al croquet a una buena misa negra.

—No me interesa ni el croquet, ni la misa negra—respondió Clorato—. Sólo me importa el estar de buen humor, el trabajar en cosas que me gusten, el controlar mi capacidad intelectual, el reirme de todo y el caer en tentaciones que realmente me gusten.

—Es usted un demonio—dijo Luzbel riendo—. ¿No piensa usted nunca en el más allá?

—Sí, señor; pero en seguida me pongo a pen-

sar en otra cosa. Y dígame, Luzbel: ¿no intentará usted reconciliarse con su antiguo Señor?

—Tal vez. Yo no le guardo rencor. Me echó, pero nadie está libre de equivocarse. Iré si me llaman.

—No lo dice usted con mucho entusiasmo.

—¡Psch! La tierra no es tan mala como dicen algunos: el clima es bueno, las mujeres también; cuesta mucho dejar esto. Aquello, ¿sabe usted? es más hogar, más para viejos. Lo que más se parece al cielo en este planeta, es una partida de ajedrez en un casino de provincia.

Habían vuelto al centro de la ciudad. Times Square rutilaba de anuncios luminosos.

—Bueno, Luzbel, espero verle una de estas noches. Déjeme su número de teléfono.

—Lo siento, señor Clorato, dijo el Angel Caído, pero me voy mañana a Hollywood. Me han contratado para hacer de «malo» en las películas.

Hubo un apretón de manos y se separaron.

XIII

ODETTE

Poco a poco Clorato iba sintiendo la monotonía de las variaciones sobre un mismo tema. Las últimas aventuras las había tenido sin hacer el menor esfuerzo por tenerlas, sólo por el impulso adquirido anteriormente. Ahora había momentos en que temía comenzar a aburrirse. Era, pues, preciso encontrar un camino nuevo, variar de vida, de ambiente, de situación geográfica. Pero antes de concretarse una idea en él, tuvo un momento de desorientación.

Desde luego, no quería marcharse tan pronto de los Estados Unidos. Comprendía que sólo tenía de ellos la impresión del turista y adivinaba cada día nuevos perfiles al magnífico país.

Una tarde, al volver a su hotel, encontró una tarjeta. Una señora le esperaba en su habitación.

Subió y era Odette.

No había medio de saber en qué había empleado el tiempo aquella muchacha; pero tenía sonri-

sa y expresión de felicidad y además no vertió lágrimas al ver a Clorato, lo cual era prueba de que seguía conservando su equilibrio moral.

No se preguntaron nada indiscreto y así fué muy intensa la felicidad de ambos al volverse a encontrar.

Clorato la enseñó la ciudad, la llevó a los cabarets de negros, en donde bailan hasta los camareros con la bandeja en lo alto, donde el ritmo es contagioso y la ginebra un veneno. La llevó a los Clubs de noche, donde lo mismo se cantan canciones sentimentales que hay un desfile de ombligos. Fueron a Coney Island a perderse entre la multitud, en aquella super-verbena. La llevó a reuniones serias, de burgueses, en donde después de comer mal, resultaba que todos los invitados cantaban y tocaban el piano. Aquellos señores interpretaban canciones de algún otro comensal, a veces de señoras muy mayores y al parecer muy formales, con ciertos bultos en la mitad de su cuerpo, que no se sabía si era el estómago que estaba más alto de lo debido o el pecho que se les había bajado de su emplazamiento natural.

Odette conoció a muchas señoras que habían pintado a la acuarela medio mundo y que contaban aventuras pintorescas de España, de criados que rechazaban propinas, y otras por el esti-

lo. Había alguna que había descubierto allí un pintor muy bueno que se llamaba... ¿Cómo se llamaba?... ¡Ah!, sí, Goya.

Lo mejor del país era la juventud, y cuanto más americana mejor. Cuando la juventud del país se olvidaba de todas las trabas, prejuicios, normas, religiones, tradiciones, etc., etc., traídas del viejo mundo, era cuando resultaba más admirable, cuando daba verdaderamente ganas de darle un abrazo.

Clorato y Odette hicieron planes, sin precisar fechas. Vivirían una temporada juntos, tendrían dos tubos de pasta de los dientes, y se volverían a separar cuando notaran la menor muestra de cansancio.

—La cuestión es aprovechar el día de hoy—decían.

—Y no complicarle la vida al prójimo.

Tenían las maletas a mano; tenían la libertad y no les faltaba la sonrisa; cuando se besaban no se sabía si era que acababan de encontrarse o que se despedían.

Tenían la sonrisa y la felicidad, y estaban dispuestos a seguir todos los caminos, sin freno alguno.

Tenían la sonrisa.

FIN

INDICE

Páginas

DEDICATORIA 5
PEQUEÑA AUTOBIOGRAFÍA 7

PRIMERA PARTE

I.—Aparecen don Clorato de Potasa y algunos de sus amigos 21
II.—El suceso 26
III.—El Arzobispo de Londres 31
IV.—El señor Margarita y el otro 36
V.—Se aclara el caso 40
VI.—Juicio y sentencia 47
VII.—La dama negra 53
VIII.—Ultimas horas 56
IX.—El momento 64
X.—Ascensión 68
XI.—Cambio de nombres 76
XII.—Los tres 80
XIII.—En busca de la felicidad 87
XIV.—El viaje 93
XV.—Clorato se informa 98
XVI.—Despertar 103
XVII.—Edelvina 110
XVIII.—París 124
XIX.—Planes 131
XX.—Nuevos paisajes 136

Páginas

XXI.—Más cursilería ... 143
XXII.—La novia de Gustavo ... 147
XXIII.—La felicidad ... 155
XXIV.—El baile de los artistas ... 159
XXV.—Apunta lo novelesco ... 168
XXVI.—Separación ... 177
XXVII.—Nueva etapa ... 186
XXVIII.—París-Lyon-Mediterráneo ... 195
XXIX.—Hacia el final ... 204
XXX.—Odette ... 214
XXXI.—Final ... 218

SEGUNDA PARTE

I.—Cambio de vida ... 227
II.—New York ... 231
III.—Blancos y negros ... 234
IV.—Semblanzas ... 242
V.—Juego ... 251
VI.—La presidenta ... 254
VII.—Paseos ... 258
VIII.—32 girls 32 ... 263
IX.—Atraco ... 267
X.—La maestra ... 270
XI. La caballista ... 271
XII.—Luzbel ... 272
XIII.—Odette ... 276

BIBLIOTECA NUEVA

CALLE DE LISTA, NUMERO 66.—MADRID

EXTRACTO DEL CATÁLOGO

Obras escogidas de Juan Valera

(ILUSTRADAS POR F. MARCO)

NOVELAS

	Ptas.
I.—Juanita la Larga . . .	5,00
II.—Doña Luz	5,00
III.—Pepita Jiménez . . .	5,00
IV.—El Comendador Mendoza.	5,00
V.—Pasarse de listo. . .	5,00
VI.—Genio y figura . . .	5,00
VII.—Morsamor	5,00
VIII y IX.—Las ilusiones del Doctor Faustino . .	10,00
X.—Dafnis y Cloe	5,00

OTRAS OBRAS

XI.—Cuentos escogidos.	5,00
XII.—Poesías escogidas.	5,00
XIII, XIV y XV.—Ensayos escogidos	5,00

ENCUADERNADOS EN TELA, 7 PESETAS

Obras completas de Gabriel Miró

Del vivir, Corpus y otros cuentos.	5,00
Las cerezas del cementerio (novela)	5,00
La novela de mi amigo (novela)	5,00
El Obispo leproso (novela).	5,00
El libro de Sigüenza (novela)	5,00
Figuras de la Pasión del Señor	7,00
Años y leguas (novela). .	5,00
El abuelo del rey (novela)	5,00

Obras nuevas de Azorín

Félix Vargas (novela) . .	5,00
Blanco en azul (cuentos).	5,00
La bolita de marfil (cuentos).	5,00

Novelas de Ramón Gómez de la Serna

La viuda blanca y negra (novela)	4,00

	Ptas.
El secreto del Acueducto (novela)	4,00
La Quinta de Palmyra (novela)	4,00
La mujer de ámbar (novela).	4,00

Novelas de Rafael López de Haro

¿Y después?	5,00
Ante el Cristo de Limpias	5,00
¡Pero el amor se va! . . .	5,00
Fuego en las entrañas . .	5,00
Entre todas las mujeres.	5,00
La Venus miente.	5,00
Las sensaciones de Julia.	5,00
Un hombre solo	5,00
Todos los amores	5,00
Los nietos de los celtas.	5,00

Colección de grandes novelas humorísticas

ENRIQUE JARDIEL PONCELA

Amor se escribe sin hache	6,00

SANTIAGO RUSIÑOL

La niña gorda	5,00

JUAN JOSÉ DOMENCHINA

La túnica de Neso	5,00

TIRSO DE MEDINA

Mis dos mitades	5,00

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

Un tipo disparatado . . .	5,00

EDGARD NEVILLE

Don Clorato de Potasa .	5,00

Obras completas de Amado Nervo

(ILUSTRADAS POR F. MARCO)

I.—Perlas negras. Místicas	5,00
II.—Poemas	5,00
III.—Las voces. Lira heroica y otros poemas. .	5,00
IV.—El Exodo y las flores del camino.	5,00
V.—Almas que pasan . .	5,00
VI.—Pascual Aguilera. El donador de almas . . .	5,00

	Ptas.
VII.—Los jardines interiores. En voz baja. . .	5,00
VIII.—Juana de Asbaje. .	5,00
IX.—Ellos	5,00
X.—Mis filosofías	5,00
XI.—Serenidad	5,00
XII.—La amada inmóvil. .	5,00
XIII.—El bachiller. Un sueño. Amnesia. El sexto sentido	5,00
XIV.—El diamante de la inquietud. El diablo desinteresado. Una mentira.	5,00
XV.—Elevación	5,00
XVI.—Los balcones . . .	5,00
XVII.—Plenitud	5,00
XVIII.—El estanque de los lotos.	5,00
XIX.—Las ideas de Tello Téllez. Como el cristal.	5,00
XX.—Cuentos misteriosos.	5,00
XXI.—Algunos.	5,00
XXII.—La lengua y la literatura (1.ª parte) . . .	5,00
XXIII.—La lengua y la literatura (2.ª parte). . .	5,00
XXIV.—En torno a la guerra	5,00
XXV.—Crónicas.	5,00
XXVI.—Ensayos.	5,00
XXVII.—El arquero divino	5,00
XXVIII.—Conferencias. Discursos Misceláneas.	5,00
XXIX.—La última vanidad.	5,00

ENCUADERNADOS EN TELA, CADA VOLUMEN, 7 PESETAS

De cada tomo se ha hecho una tirada de cien ejemplares en papel de hilo y lujosamente encuadernados. Precio de cada ejemplar, 35 pesetas.

Obras de Oscar Wilde

	Ptas.
I.—El crimen de lord Arturo Savile (novela) . .	4,00
II.—El retrato de Dorian Gray (novela)	4,00
III.—El ruiseñor y la rosa (novelas).	4,00
IV.—Huerto de granadas (novelas).	4,00
V.—Vera o los nihilistas (teatro).	4,00
VI.—Intenciones (ensayos)	4,00
VII.—La tragedia de mi vida	4,00
VIII.—La duquesa de Padua (teatro).	4,00
IX.—Pluma, lápiz y veneno (ensayos)	4,00
X.—Una mujer sin importancia, El abanico de lady Windermere y La importancia de llamarse Ernesto (teatro). . .	4,00
XI.—Palabras, ideas, crítica.	4,00
XII.—Epistolario inédito.	4,00

FRANK HARRIS

Vida y confesiones de Oscar Wilde (dos tomos).	12,00

Obras de Eça de Queiroz

Una campaña alegre. . .	4,00
San Onofre.	4,00
San Cristóbal	4,00
Cartas de Inglaterra . . .	4,00
El misterio de la carretera de Cintra	5,00
Notas contemporáneas. .	5,00
Ecos de París	4,00
Prosas bárbaras	4,00
Cartas familiares y billetes de París	4,00
Cuentos	5,00

Obras de Remy de Gourmont

Colores (cuentos eróticos)	4,00
Una noche en el Luxemburgo (novela)	4,00
El sueño de una mujer (novela)	4,00
El peregrino del silencio.	4,00
Historias mágicas	4,00

Novelas de Barbey d'Aurevilly

El amor imposible	4,00
Las diabólicas	4,00
Una historia sin nombre.	4,00

Obras inéditas de Vargas Vila

Odisea romántica (Diario de viaje a la República Argentina)	5,00
Dietario crepuscular . . .	5,00
La sonrisa del Beluario .	5,00
La novena sinfonía (novela)	6,00

Obras completas del profesor S. Freud

(PRÓLOGO DE JOSÉ ORTEGA Y GASSET)

I.—Psicopatología de la vida cotidiana. (Errores, equivocaciones, supersticiones, olvidos)	10,00

	Ptas.
II.—Una teoría sexual y otros ensayos	10,00
III.—El chiste y sus relaciones con lo inconsciente	10,00
IV y V.—Psicoanálisis	20,00
VI y VII.—Interpretación de los sueños	20,00
VIII.—Totem y Tabú	10,00
IX.—Psicología de las masas	10,00
X.—La histeria	10,00
XI.—Inhibición, síntoma y angustia	10,00
XII.—Análisis profano	10,00
XIII.—Psicología de la vida erótica	10,00
XIV.—El porvenir de las religiones	10,00

Colección extranjera

LEONIDAS ANDREIEV	
Los siete ahorcados (novela)	4,00
Judas Iscariote (novela)	4,00
La risa roja (novela)	4,00
Memorias de un preso (novela)	4,00
FEDERICO NIETZSCHE	
Epistolario inédito	5,00
VILLIERS DE L'ISLE ADAM	
La Eva futura (novela)	4,00
Nuevos cuentos crueles	4,00
GABRIEL D'ANNUNZIO	
Quizás sí, quizás no (novela)	5,00
EÇA DE QUEIROZ	
Ultimos ensayos	4,00
ALEJANDRO KUPRIN	
El capitán Ribnicov (novela)	4,00
MARK TWAIN	
Narraciones humorísticas	4,00
El diario de Eva (novela)	4,00
¿Ha muerto Shakespeare? (sátiras)	4,00
KNUT HAMSUN (Premio Nobel).	
Pan (novela)	5,00
F. DOSTOIEWSKY	
Tres novelas	4,00
J. y J. THARAUD (Premio Goncourt).	
Dingley, el ilustre escritor (novela)	4,00
Servidumbre de amor (novela)	4,00

	Ptas.
CARLOS BAUDELAIRE	
Páginas escogidas	5,00
TEODORO DE BANVILLE	
Muñecas (cuentos)	4,00
ARTURO SCHNITZLER	
Morir (novela)	4,00
JEAN LORRAIN	
El burdel de Filiberto (novela)	5,00
JULES RENARD	
El viñador de su viña	4,00
GERARDO DE NERVAL	
Las hijas del fuego (novelas)	4,00
FIALHO D'ALMEIDA	
La ciudad del vicio (novelas)	4,00
LEÓN TOLSTOY	
Jadsi Murat (novela)	5,00
CONDE DE L'AUTREAMONT	
Los cantos de Maldoror	4,00
ENRIQUE SIENKIEWICK	
Hania (novela)	4,00
R. L. STEVENSON	
Las tribulaciones de un joven indolente (novelas)	4,00
HENRI DE REGNIER	
Boda de amor (novela)	4,00
Amantes raros (novela)	4,00
PIERRE LOTI	
El libro de la piedad y de la muerte (novelas)	4,00
GIOVANNI PAPINI	
Hombre acabado	5,00
Bufonadas	5,00
Memorias de Dios	5,00
G. APOLLINAIRE	
El poeta asesinado (novela)	4,00
MARIO PUCCINI	
Ser o no ser (novela)	5,00
G. RODENBACH	
En destierro (novela)	4,00
COLETTE WILLY	
Querido (novela)	4,00
O. HENRY	
Picaresca sentimental (novelas)	4,00
JOHN GALSWORTHY	
Flor sombría (novela)	5,00

	Ptas.
G. K. CHESTERTON'S	
La esfera y la cruz. . . .	5,00
TOMÁS HARDY	
Teresa la de Ubervilles (novela), 2 tomos . . .	8,00
LUIGI PIRANDELLO	
El difunto Matías Pascal (novela)	5,00
AQUILINO RIBEIRO	
La vía sinuosa (novela) .	5,00
JULES ROMAINS	
Luciana (novela).	5,00
JAMES JOYCE	
El artista adolescente (novela)	5,00
HENRY DE MONTHERLANT	
Olímpicas	5,00
Los bestiarios (novela). .	5,00

Colección hispana

JOSÉ MARÍA SALAVERRÍA	
Espíritu ambulante. . . .	4,00
El oculto pecado (novela)	4,00
EUGENIO NOEL	
Piel de España	4,00
JOSÉ B. RODÓ	
Páginas escogidas. . . .	4,00
J. LÓPEZ PINILLOS (PARMENO)	
Hombres, hombrecillos y animales.	4,00
CRISTÓBAL DE CASTRO	
Las mujeres (2.ª edición).	4,00
SILVERIO LANZA	
Páginas escogidas e inéditas.	4,00
MANUEL MACHADO	
Un año de teatro.	4,00
EÇA DE QUEIROZ	
La decadencia de la risa (2.ª edición)	4,00
RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA	
Muestrario.	4,00
R. CANSINOS ASSENS	
El divino fracaso.	4,00
ANTONIO DE HOYOS Y VINENT	
El secreto de la ruleta (novelas).	4,00

	Ptas.
R. BLANCO-FOMBONA	
Dramas mínimos	4,00
SOFIA CASANOVA	
La revolución bolchevista. (Diario de un testigo)	4,00
ALFONSO REYES	
El cazador.	4,00
ALBERTO INSÚA	
Juventina la bella (novela)	4,00
FEDERICO GARCIA SANCHIZ	
Cosmopolita (novelas). .	4,00
M. DÍAZ RODRÍGUEZ	
Peregrina (novela). . . .	4,00
EDUARDO ZAMACOIS	
La virtud se paga (novela)	4,00
EDUARDO MARQUINA	
Almas de mujer (novela).	4,00
JOSÉ M.ª DE ACOSTA	
Niñerías (novela). . . .	4,00
E. RAMIREZ ANGEL	
La villa y corte pintoresca	4,00

Colección histórica

J. GARCÍA MERCADAL	
España vista por los extranjeros (3 tomos). . .	12,00
E. GONZÁLEZ-BLANCO	
Historia del periodismo .	4,00
CARLOS PEREIRA	
La obra de España en América	4,00
B. RODRÍGUEZ SOLÍS	
Historia de la prostitución	5,00
P. OTERO Y SÁNCHEZ	
España, patria de Colón.	4,00

Colección política

ANTONIO MAURA	
Treinta y cinco años de vida pública (2 tomos).	8,00
V. RUIZ ALBENIZ	
Ecce Homo. (Las responsabilidades del desastre.) Epílogo del general Berenguer	6,00
ALBERTO MOUSET	
La política xterior de España.	3,50

Ptas.

ALVARO DE ALBORNOZ
El partido republicano . . 3,50

JUAN JOSÉ MORATO
El partido socialista . . . 3,50

N. MORENO RECIO
Los partidos políticos europeos. 4,50

ENRIQUE FAJARDO (FABIAN VIDAL)
Crónicas de la gran guerra. 6,00

Ensayos

JUAN MONEVA Y PUYOL
Primores ciudadanos . . 3,50

LUIS DE ZULUETA
La oración del incrédulo. 3,50

WALTER RATHENAU
La triple revolución . . . 4,00

G. MARAÑÓN
Tres ensayos sobre la vida sexual. (4.ª edición, con prólogo de R. Pérez de Ayala). . . 5,00

G. R. LAFORA
Don Juan, los milagros y otros ensayos 5,00

QUINTILIANO SALDAÑA
El hombre de toga 4,00

R. NOVOA SANTOS
La mujer, nuestro sexto sentido y otros esbozos. 5,00

Ideario español

Ideario de LARRA (Prólogo de Gabriel Alomar 5,00
Ideario de COSTA (Prólogo de Luis de Zulueta) 5,00
Ideario de GANIVET (Prólogo de Cristóbal de Castro) 5,00

Los grandes cuentistas

Cuentistas húngaros. . . 4,00

Teatro selecto contemporáneo

FRANK WEDECKIND
Despertar de primavera . 2,00

Ptas.

LEONIDAS ANDREIEV
Hacia las estrellas 2,50
La vida del hombre . . . 2,50

JOHN GALSWORTHY
La huelga 2,50

BJORNSTJEROE BJERNSON
Laboremus 2,50

M. ARTZIBACHEV
Celos 2,50

Las nuevas doctrinas sociales

N. LENIN
El Estado y la Revolución proletaria (3.ª edición). 4,00
Ideario bolchevista . . . 4,00
El comunismo de izquierda 4,00
La victoria proletaria y el renegado Kautsky . . . 4,00
El capitalismo de Estado 4,00

CARLOS PEREYRA
La Tercera Internacional. 4,00

KARL KAUTSKY
Terrorismo y comunismo. 4,00

N. TASIN
La revolución rusa (2.ª edición) 4,00
La dictadura del proletariado) 4,00
Héroes y mártires de la revolución rusa 4,00

A. R. ORAGE
Socialismo gremial . . . 5,00

L. TROTSKY
El triunfo del bolchevismo (2.ª edición) 4,00
Terrorismo y comunismo, o el Anti-Kautsky. 4,00

S. ZAGORSKY
La república soviética: Su obra 5,00

ENRICO LEONE
El sindicalismo 4,00

A. KERENSKY
El bolchevismo y su obra 4,00

VARIOS
El sindicalismo revolucionario 4,00

Ptas.

E. TORRALBA BECI

Las nuevas sendas del comunismo. (Tesis y acuerdos del III Congreso de la Internacional comunista). 4,00

Varios

J. J. BROUSSON

Anatole France en zapatillas (Charlas e intimidades) 5,00

CARMEN DE BURGOS (COLOMBINE)

Los anticuarios (novela) . 4,50

FEDERICO CARLOS SAINZ DE ROBLES

Mario, en el foso de los leones 5,00

La decadencia de lo azul celeste (novela) 5,00

ARTURO GARCIA CARRAFFA

La política pintoresca. (Más de cien anécdotas de hombres públicos) . 3,50

RAFAEL ALBERTI

Marinero en tierra. (Poesías.) (Premio Nacional de Literatura.) 5,00

J. DE LA LUZ LEON

Amiel o la incapacidad de amar. (Prólogo de Salvador Madariaga.) . . . 5,00

RODOLFO REYES

De mi vida (Memorias políticas) 5,00

R. LÓPEZ DE HARO

Ser o no ser (3 comedias). 5,00

JOSÉ BERGAMÍN

Enemigo que huye (novela) 5,00

FELIPE XIMENEZ DE SANDOVAL

Robinsón 4,00

Ptas.

E. GIMÉNEZ CABALLERO

Yo, inspector de alcantarillas. 5,00

RODOLFO NERVO

Voces amigas (Poesías) . 5,00

Biblioteca del Más Allá

PAUL GIBIER

El espiritismo (con ilustraciones) 5,00

RODOLFO STEINER

La Teosofía 4,00

ELIPHAS LEVI

Historia de la magia (con ilustraciones) 6,00

ARTEMIDORO DE DALCIS

Interpretación de los sueños 4,00

H. P. BLAWATZKY

Doctrinas y enseñanzas teosóficas 4,00

RAFAEL URBANO

El diablo: Su vida y su poder (con ilustraciones) 5,00

NORMAN VALLAGE

Las más curiosas sesiones de espiritismo . . . 4,00

LAUREL & NAGOUR

La magia y el amor . . . 4,00

GURNES, MYEWR & PODMORE

La telepatía 4,00

PAPUS

Tratado de ciencia oculta (con ilustraciones). . . 6,00

FRANZ SPUNDAS

La reencarnada (novela ocultista). 5,00

A CONAN DOYLE

El espiritismo (un tomo en cuarto) 15,00

LA «BIBLIOTECA NUEVA» TIENE EN PREPARACIÓN OTRAS MUCHAS E INTERESANTES OBRAS DE LOS MEJORES AUTORES ESPAÑOLES Y EXTRANJEROS.

Precio: 5 pesetas.

TVERSITY OF NORTH CAROLINA CHAPEL HILL
00001781762